ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON



EL CASO DE LA PROMETIDA CELOSA

Cuando Arthur Cushing, un notorio playboy, es asesinado, Belle Adrian sospecha que su hija, Carlota, es quien lo ha asesinado, y Carlotta sospecha que su madre cometió el crimen. Mason se hará cargo de la defensa de Belle.



Erle Stanley Gardner

El caso de la prometida celosa

Perry Mason # 38

ePUB r1.1
Ronstad 23.06.2013

Título original: *The case of the angry mourner*
Erle Stanley Gardner, 1951
Traducción: C. Unterlohner

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ADRIAN Belle: Madre amantísima, dispuesta en todo momento a sacrificarse por su hija.
ADRIAN Carlotta: Linda joven de veintiún años, que gusta de los hombres atrevidos.
BURRIS Sam: Individuo de sueño ligero, que creyó posible muchas ventajas financieras.
BURRIS Betsy: Que duerme como un tronco. Esposa del anterior.
CUSHING Arthur: Persona cuyo carácter ofrece múltiples facetas.
DELANO Harvey: Joven abogado, todavía sin práctica ni experiencia. Enamorado de Carlotta. Gusta vestir como un vaquero.
DRAKE Paul: Joven listo y escurridizo, dueño de una agencia de investigación.
ELMORE Bert: Sheriff del condado de carácter algo obtuso, pero fiel cumplidor de su deber.
FLEMING Nora: Sirvienta lacónica de Arthur Cushing, que también adorna su casa.
HALE Darwin: Vengativo fiscal del distrito. Fácil objetivo para Perry Mason.
JEFFREY Dr. Alexander: Médico de Arthur Cushing.
KEATS Marion: Morena y atractiva. Para Arthur Cushing, algo más que una amiga fiel.
LANSING George Henry: Abogado de ideas conservadoras, que representa a Marion Keats y en bastante desacuerdo con su cliente.
MASON Perry: Abogado criminalista incansable, a quien pocas cosas se le ocultan por mucho tiempo.

NORWOOD Juez: Su mayor interés y esfuerzo consiste en mantener la dignidad del tribunal que preside.

PERRIS Hazel: Esposa del carnicero del pueblo y muy interesada en el estudio de los caracteres humanos.

STREET Della: Secretaria eficiente y de absoluta confianza. Vive en su mundo personal.

Prólogo

Hace algún tiempo, un automovilista conduciendo su coche por una carretera del estado de Massachusetts durante la noche, vio, o cuando menos así lo creyó, cómo de pronto un coche que marchaba delante del suyo desaparecía de la carretera.

Sin duda recibió una impresión como la de aquel que sufre un espejismo, algo que luego se explica diciendo que creyó ver lo que en realidad no existió, pero aquel conductor quedó tan asombrado por la súbita desaparición de aquel coche que unos instantes antes rodaba ante él, que se detuvo en el lugar donde se había producido el extraño fenómeno. Se apeó de su coche y acercándose al borde de la carretera observó que formaba un talud empinado y cubierto de hierba que moría en las rápidas aguas de un río.

Avanzó unos pasos por la orilla y vio, completamente sumergida en el agua, la luz piloto posterior de un coche.

Avisó a la policía y ésta, con la ayuda de una grúa, sacó aquel coche del lecho del río. En su interior hallaron el cuerpo del conductor, muerto, ahogado probablemente al hundirse el coche en el agua.

El doctor Richard Ford, director de la Escuela de Medicina Legal de Harvard y médico forense de la región de Boston, practicó la autopsia. La muerte había sido por ahogo en la inmersión y, al parecer, sin otras causas ajenas a qué atribuirla. No halló ningún síntoma de lesión cardíaca o cualquier otro al que achacar que le sobreviniera mientras conducía. Pero en el curso de la encuesta surgieron ciertos detalles que daban pie a la sospecha de que aquel conductor cometiera suicidio, pero en forma tal que apareciera «accidente casual» y, en consecuencia, que sus herederos pudieran reclamar doble indemnización.

Pero el doctor Richard Ford rechazó de pleno la teoría del posible suicidio, a pesar de que habían surgido ciertas evidencias circunstanciales que lo indicaban, a la par que descartaban cualquier otra causa que la de la caída al río. Se comprobó que el mecanismo de dirección del vehículo estaba en perfecto estado y, por lo tanto, no era posible achacar a su defecto lo ocurrido.

Los que sustentaban la teoría del suicidio criticaron con acerbadamente la firme negativa del doctor Ford de aceptar este supuesto.

Mas hay que destacar que el doctor Ford, como verdadero científico, no se deja influir por opiniones ajenas, sean de elogio o bien de crítica. Examina y analiza conforme a su mejor bien saber y a su conciencia, prescindiendo de la opinión pública en lo que concierne a sus dictámenes.

Seis meses más tarde, otro conductor vio cómo un coche que rodaba ante el suyo de pronto se apartaba hacia la derecha y caía al río por el mismo lugar, metro más o menos, que el anterior.

La policía intervino de nuevo, y otra vez la grúa sacó a la superficie el coche hundido, cuyo mecanismo luego de escrupuloso examen se comprobó que estaba en condiciones perfectas; del interior se extrajo al conductor ahogado.

De nuevo y con mejor razón y más ahínco, se emprendieron nuevas investigaciones concernientes a lo ocurrido, resultando lo siguiente: En aquel lugar y en dirección contraria había la entrada de una planta embotelladora. Cuando, por la noche, un camión giraba para entrar, por unas circunstancias fortuitas enfocaba por un instante sus faros en la dirección contraria. Si en aquel momento llegaba un coche, creyendo éste que el vehículo aquél se precipitaba contra él, se desviaba hacia la derecha y antes de que pudiera rectificar, caía al río. La hierba alta que abundaba al borde de la carretera y ocultaba el peligroso acantilado, contribuía a que surgiera la tragedia.

La investigación personal del doctor Ford en el lugar de los accidentes ocurridos, permitió determinar las causas de aquéllos. Una valla de seguridad colocada al borde de la carretera evitó nuevas desgracias.

He mencionado este caso como un ejemplo de la labor que lleva

a cabo el doctor Richard Ford, porque si cabe afirmar que hay una aristocracia intelectual americana, el doctor Ford es sin duda uno de sus mejores representantes.

Su padre es una de las personas más eruditas que he conocido, mas sin envanecimiento alguno. Llano y afable, cordial y amigo sincero, cabe afirmar que posee en las puntas de sus dedos más conocimientos que la mente mejor desarrollada puede concebir. Su madre es una dama de la Nueva Inglaterra[1], y para los que conocen aquel país, sobra que me extienda en mayores consideraciones.

El doctor Richard Ford es un científico en todo lo que pueda comprender esta denominación y uno de los patólogos más destacados del país. Cuando he preguntado a sus colegas su opinión acerca de su persona, me han ensalzado su lealtad, tanto por lo que concierne a la amistad, a la profesión y a la ciencia.

Tuve la fortuna de serle presentado en el curso de una de las reuniones convocadas en la Escuela de Medicina de Harvard para la investigación de homicidios y dirigidas por el capitán señora Francés K. Lee, esa mujer que tanto ha contribuido al desarrollo de la medicina legal y a la investigación de la criminología y que ahora comienza a recoger los frutos del reconocimiento por sus esfuerzos.

Observar al doctor Ford en una autopsia, es algo fascinante. Sus manos se mueven con tanta habilidad y delicadeza, que el observador acaba preguntándose si acaso poseen un cerebro propio. Sabe en todo momento qué es lo que busca, dónde ha de mirar para hallarlo y cómo debe calificar lo que encuentra. No cabe duda que es una de las mentes más brillantes de las que dispone hoy la medicina legal.

Personalmente opino que su obra de mayor importancia estriba en la magnífica colección de diapositivas en colores que está formando, y que la utiliza cuando se le llama a consulta para que informe acerca de algún extremo dudoso.

Por ejemplo, si un fiscal desea saber si determinada herida puede mostrar alguna forma peculiar debido a la expansión de gases, el doctor Ford puede mostrarle una colección de diapositivas en colores que expondrán los efectos peculiares exactos de aquella violencia exterior. Si se desea constatar la evidencia exterior e

interior de una herida estrecha pero penetrante que un pico para el hielo, por ejemplo, produce en un cuerpo, el doctor Ford proyectará inmediatamente una colección de fotografías en colores que reproducirá cada fase de una lesión semejante.

Éstas serían las diapositivas que mejor comprendería el profano. Mas también puede ocurrir que un fiscal desee ver qué cambios de apariencias ocurren en la estructura de un riñón en contacto con bicloruro mercúrico o bien si debe comprobar la presencia de cianuro potásico administrado mediante una cápsula. El doctor Ford mostrará diapositivas que expondrán las condiciones y resultados exactos.

Textos o libros de medicina legal, por lo general no se admiten como pruebas tendentes a la evidencia, pero diapositivas mostrando las condiciones o apariencias resultantes de un caso dudoso, pueden ayudar a formar una opinión.

En la narración «El caso de la prometida celosa» expongo un ejemplo de evidencias circunstanciales, pruebas que no gozan de la simpatía popular, pero que no cabe negar que son producto de la más exacta deducción de que es capaz la mente humana.

Hay que admitir que la evidencia circunstancial es infalible «si» es posible comprobarla en todos sus extremos. Lo que le ha dado tan mala fama es su errónea interpretación, y cuando esto ha ocurrido ha sido por negligencia o poco cuidado de los agentes encargados de la investigación, que también puede ser un resultado o producto de un personal poco competente o bien mal adiestrado, que no sabe calificar o catalogar debidamente «todas» las piezas o circunstancias productoras de la evidencia circunstancial.

Sucede con frecuencia que un agente de la policía cuando se halla en el lugar donde se ha cometido el crimen llega a una conclusión e inconscientemente busca sólo las evidencias que coadyuvan a la teoría o concepto que se ha formado.

La justicia se fundamenta en evidencias, y éstas, a su vez, en los hechos. La obra que lleva a cabo el doctor Ford es de tal importancia que he escrito este prólogo como prueba de mi aprecio, al mismo tiempo que le dedico este libro como amigo personal, a:

RICHARD FORD M.D.

Director de la Escuela de Medicina Legal de la Universidad de Harvard.

Jefe médico forense del condado de Suffolk (Massachusetts).

Erle Stanley Gardner

Capítulo 1

Belle Adrian despertó con la sensación de que sucedía algo desagradable.

Por la ventana del dormitorio entraba a raudales la luz de la luna llena, recortando el cuadrilátero de la ventana sobre la alfombra y sumiendo el resto de la estancia en una suave penumbra. Por la sombra proyectada por el moblaje, la señora Adrian dedujo que era bien pasada la medianoche.

Volvióse de lado, intentando conciliar el sueño de nuevo, pero no podía apartar de su mente a Carlotta.

Era en vano que se dijera una y otra vez que aquella aprensión que había hecho presa en ella era algo inmotivado. Carlotta ya era una chica de veintiún años y, por la edad y por su carácter, se sentiría contrariada si intentaba ejercer una supervisión maternal. Además, Carlotta o bien estaba ya acostada o todavía estaría en la quinta de Arthur B. Cushing, situada a unos centenares de metros de su casa.

La señora Adrian reprimió el vehemente deseo que sentía de comprobar si Carlotta estaba en su alcoba, porque si al mirar en ella la despertaba, la muchacha se sentiría herida en su orgullo por aquella vigilancia. No toleraba aquello que denominaba tratamiento de niña, porque ya no lo era. Belle Adrian libraba una batalla íntima, consigo misma, desde hacía tres años porque su instintivo cuidado maternal se resistía a ser echado de lado.

Carlotta a los diecisiete años fue una muchacha atenta y obediente; a los diecinueve, de tolerancia sonriente; pero, a los veinte, comenzó a impacientarse. Ahora, con veintiuno, no desperdiciaba ocasión para manifestar que su independencia era algo real y definitivo. Era una mujer para la que la madre podía

significar la mejor amiga, una compañera sin igual, mas nunca un mentor o bien una vigilante.

Pero Belle Adrian, muy a pesar suyo, no se avenía fácilmente a aquel cambio de situación, de conceptos. Desde luego, conseguía evitar las manifestaciones exteriores de sus sentimientos, pero en su sentir íntimo, Carlotta, con sus veintiún años, continuaba siendo su chiquilla a quien debía proteger de todo mal.

Revolviéndose en su lecho, la madre se preguntó qué hora podía ser, cuando de pronto le asaltó una idea. Con echar una ojeada al garaje, sabría si su hija estaba ya en casa.

Se levantó de la cama, se puso una bata, calzó las zapatillas y por la puerta trasera, salió al jardín. La puerta abierta del garaje le mostró el interior vacío, como el de una caverna oscura. Consultó el reloj a la luz de la luna y al comprobar lo avanzado de la hora, sintió de nuevo como la ansiedad oprimía su garganta. Le pareció que aquella ominosa oscuridad del garaje le predijera alguna desgracia.

Dobló lentamente la esquina de la casa y desde la parte posterior miró hacia aquella caleta en el lago, donde Arthur Cushing pasaba la última semana de sus vacaciones involuntarias. Diez días antes, esquiando con Carlotta, cayó, rompiéndose un tobillo, lo que le obligó a permanecer en aquella casita. Aquel accidente ocurrido en las empinadas laderas nevadas de la Bear Mountain indujo a la joven a visitarle con cierta frecuencia, pues se sentía hasta cierto punto algo responsable de lo sucedido.

Ahora, casi en víspera de que Arthur Cushing regresara a la ciudad, nada de extraño tenía el que invitara a Carlotta a cenar y luego a contemplar aquellas películas de dieciséis milímetros en colores, filmadas durante aquella excursión y que desde la ciudad se las habían enviado de nuevo ya reveladas.

La señora Adrian se esforzó en convencerse que teniendo presente los tiempos actuales y costumbres inherentes, aquella hora todavía no podía considerarse como demasiado tardía. Intentó burlarse de sus propias aprensiones, pero desde luego no pudo librarse de ellas.

El suave cabrilleo de las frías aguas del lago a la luz de la luna, reflejaron las luces de las ventanas de la quinta de los Cushing.

Aquellas luces le parecieron algo cálido y tranquilizador. Sin duda alguna que todo seguía su curso normal y en cualquier próximo instante aparecerían lo focos de las luces anteriores del coche de Carlotta hendiendo la oscuridad del camino, en su regreso para casa a descansar.

El frío la hizo estremecer. Decidió que lo mejor era que se acostara de nuevo y tratara de dormir. Si continuaba rondando por allí, sólo conseguiría un resfriado. En resumidas cuentas, tenía que aceptar la realidad de que Carlotta ya no era una niña y que era ella, Belle Adrian, quien debía imponerse una disciplina, una regla de comportamiento para con su hija, por lo tanto…

Desde algún lugar del lago llegó hasta ella el lejano grito de una mujer. Aunque debilitado por la distancia, bien claro dejaba traslucir el terror que lo había motivado. Había sido algo de nota prolongada, estridente.

Tensa y temblando al mismo tiempo, la señora Adrian se irguió esperando que acaso se repitiera aquel alarido, mas de pronto, impulsada por una fuerza invisible, corrió a su alcoba, donde con mano temblorosa se despojó de la ropa de cama, se vistió con las prendas que halló a mano y, sin ponerse medias, calzó los primeros zapatos que encontró, saliendo inmediatamente de la casa.

Un brazo del lago la separaba de la quinta de los Cushing. Dejó la carretera y enfiló un sendero que siguiendo la orilla acortaba el camino. Quintas y cabañas para el fin de semana bordeaban el lago, cuyas tierras alrededor hasta entonces sólo se dedicaban a la agricultura, pero que desde hacía algún tiempo iban aumentando de valor desde que el lugar había cobrado alguna fama como sitio apropiado para los deportes invernales. Más adelante, cuando el lago estuviera helado por completo, se vería muy concurrido por los amantes del patinaje sobre hielo y en sus orillas brillarían las fogatas con las humeantes cafeteras. Mientras tanto, en las laderas circundantes, los esquiadores practicaban su deporte favorito.

La altitud del lugar, a unos dos mil metros encima del nivel del mar, ocasionaba cierta fatiga al caminar de la señora Adrian, pero se esforzó en mantener su rápido paso determinada en averiguar qué es lo que había originado aquel grito de espanto, sin importarle los posibles reproches que pudiera recibir de Carlotta, porque

estaba segura que lo había oído procedente de la dirección donde se hallaba la casa de los Cushing, claro y distinto a través del silencio de la noche.

La escarcha había extendido una blanca sábana que centelleaba a la luz de la luna y las ramas bajas de los matorrales soltaban sus cristales de hielo al golpear por la estrecha senda. Por fin, casi sin aliento, llegó junto a la quinta de los Cushing.

El banquero Dexter C. Cushing mantenía abierta aquella vivienda durante todo el año, pero su hijo Arthur era quien la ocupaba con mayor frecuencia. El edificio, que se alzaba en una pequeña lengua de tierra, estaba muy bien situado. A un lado, junto a la orilla, estaba el cobertizo donde guardaban la canoa y junto al agua había varios lugares dispuestos para barbacoas. Frente al garaje se extendía una explanada propia para aparcar los coches.

Belle Adrian observó que las cortinas cubrían las ventanas principales. Sólo las ventanas laterales aparecían descubiertas. La luz del interior de la vivienda formaba cuadriláteros oblongos sobre el suelo cubierto por la escarcha. Las sombras de las guirnaldas de Adviento se destacaban nítidas en los cuadrados de luz trazados sobre el piso.

La señora Adrian subió corriendo los escalones que conducían a la casa y, ya en el porche, sin dudar un instante, pulsó el timbre. Aquello provocó en ella una reacción. ¿Qué diría? ¿Cómo explicaría su venida? ¿Debía mencionar aquel alarido? ¿Cuál? ¿Cómo sabía que procedía de allí?

En su mente surgió la escena que se produciría inmediatamente. Vio el gesto atento, pero burlón, de Cushing escuchando sus explicaciones y, por encima de su hombro, el rostro de Carlotta lanzándole miradas iracundas por su intrusión. Además, Arthur Cushing quizá no notara o bien concediera escasa importancia a su atavío, pero Carlotta sí que se daría cuenta de ello y aquello aumentaría su irritación.

La iluminación aquélla sugería una estancia cómoda y segura, respetable, marco adecuado para la amistad existente en dos jóvenes de ambos sexos, sentados ante la chimenea y charlando plácidamente. La intromisión de una madre desgreñada balbuciendo explicaciones incoherentes, desatinadas por la ansiedad, cabría

calificarla por lo menos de ridícula.

En su ansiedad buscó refugio en la huida. Se apartó rápidamente de la puerta y, doblando la esquina de la casa, se dirigió hacia las sombras protectoras de la parte posterior, confiando en que Arthur Cushing atribuiría la llamada a algún contacto ocasional o bien a que fuera imaginativa. Acurrucada en la sombra aguardó, conteniendo incluso el aliento, a los pasos que oiría seguidamente y el abrir de la puerta.

Pero nada de lo que esperaba ocurrió. Todo continuó en silencio.

Ya que estaba allí, se dijo, podía cerciorarse de si el coche de Carlotta estaba aparcado en las inmediaciones, mas no lo vio en todo el espacio que alcanzaba su vista.

Pero sí halló algo inesperado que hizo surgir de nuevo sus temores, ahora ya casi rayando en terror. La ventana orientada al norte, en la parte posterior, iluminaba vivamente el suelo del patio, cubierto por la escarcha, que brillaba con destellos fríos y metálicos. Pero también habían otros destellos que los de escarcha. Eran los que reflejaban partículas de vidrio esparcidas por el piso, y también observó la existencia de dos roderas trazadas por los neumáticos de un coche que hasta hacía pocos minutos debía de haber estado en aquel lugar, porque formaba dos surcos negros en la escarcha que se perdían a lo lejos.

La señora Adrian avanzó lentamente y con suma precaución, intentando adivinar lo ocurrido.

Aquellos añicos de vidrio eran de cristal azogado, al parecer los restos de algún espejo grande y grueso que quizás hubiera sido lanzado contra la ventana y hubiera dado contra su marco. El vidrio de la ventana estaba roto también y sus fragmentos habían caído al exterior mezclados con los del espejo.

Desde donde se hallaba, no podía ver el interior de la estancia, pero el boquete abierto en el vidrio rajado de la ventana, los añicos de cristal azogado y los fragmentos de vidrio, esparcidos en el suelo, daban cuenta detallada, si bien silenciosa no menos expresiva, de algo que había ocurrido y que en su ansiedad expresó en una exclamación de pánico al gritar ya sin miramientos:

—¿Sucede algo?

Mas fue solamente el eco de su propia voz la respuesta que oyó.

Corrió de nuevo alrededor de la casa, esta vez abalanzándose sobre el pulsador del timbre de la puerta principal, apretándolo repetidas veces con gestos convulsivos, dando con los nudillos sobre la puerta para acabar golpeándola frenéticamente con ambos puños y con todas sus fuerzas. Pero nadie respondió a sus desesperadas llamadas, la puerta permanecía cerrada.

Con el corazón palpitante, acongojada, volvió a la puerta posterior y sin llamar giró la manija. La puerta giró silenciosamente sobre sus bien engrasados goznes. Vacilante, dudando de lo que tenía que hacer, desde el umbral llamó repetidas veces en voz alta:

—¡Carlotta! ¡Carlotta! ¡Arthur! ¡Señor Cushing!

Al no oír contestación ni rumor alguno, entró en la cocina y se adentró en la vivienda abriendo las puertas nerviosamente, presa del pánico, hasta llegar a una estancia que al parecer servía de estudio y de comedor.

A lo largo de las paredes había esquís, banderolas y trofeos, escopetas que colgaban de estaquillas, sables y pistolas, una colección de fotografías con dedicatorias y enmarcadas, una cama y, en el centro, una silla de ruedas.

En el suelo, esparcidos alrededor de aquella silla, se veían muchos trozos de vidrio rotos. Un cuadro caído y destrozado aparecía como tirado en un rincón, junto a la ventana.

En la silla de ruedas, hundido en ella, estaba Arthur B. Cushing, muerto, ligeramente doblado hacia adelante, en una postura grotesca. Algo rojo formaba una mancha sobre la pechera de su camisa de seda y en el centro de aquella rosa siniestra veíase un orificio negro y ominoso. Sobre el piso aparecían también algunas gotas rojizas.

También había algo brillante que reflejaba la luz. Era una polvera abierta, con el espejo interior roto y el polvo facial que se había desprendido de ella, que casi llegaba a los pies del muerto.

Belle Adrian conocía muy bien aquella polvera, no necesitaba comprobar la dedicatoria grabada en su tapa de oro. Era el presente que regaló Arthur a Carlotta en su último cumpleaños.

Durante unos instantes la señora Adrian contempló aquel cuerpo inerte, con la mandíbula ligeramente caída, desplomado en la silla de ruedas, miró hacia la ventana y a la polvera rota que yacía en el

suelo y comenzó con calma y metódicamente, como si estuviera ordenando de nuevo su cocina después de una comida, a recoger todo cuanto pudiera relacionar a Carlotta con la muerte de Arthur B. Cushing.

Capítulo 2

Sam Burris se dispuso a despertar a su esposa. Tarea difícil.

Sacudiéndola por el hombro, le preguntó repetidas veces:

—¿Has oído lo que acabo de oír?

Por toda respuesta recibió un ronquido sonoro. Sam Burris la sacudió de nuevo, hasta que la mujer comenzó a murmurar palabras ininteligibles. El esposo continuó moviéndola, hasta que la mujer, que tenía el sueño muy pesado, abrió los ojos preguntando:

—¿Qué…? ¿Qué sucede? ¿Qué dices?

—¡Que si has oído ese ruido, ese grito!

—No —contestó ella cerrando los ojos de nuevo.

Burris persistió en su afán, diciendo al mismo tiempo:

—¡Por ahí ocurre algo! ¡He oído ruido de vidrios rotos y un disparo!

Aquello desveló a la señora Burris, que continuamente se sentía interesada por todo cuanto concernía a la colonia de forasteros que moraban alrededor del lago. Consiguió sentarse sobre la cama al tiempo que preguntaba con interés:

—¿Dónde…? ¿Dónde ha sucedido eso?

—Por ahí… Me pareció que venía del lado de la quinta de los Cushing. Es la única que tiene las luces encendidas. Me he asomado a la ventana, pero no he visto a nadie.

La señora Burris ya estaba despierta por completo y dispuesta a lo que fuera.

—A ver… Dame la bata —pidió a su marido.

Éste, delgado, ligero y activo, alcanzó el grueso salto de cama a su esposa y sabiendo que a ella nada le pasaría por alto, volvió a arrebujarse. Si ella observaba algo que valiera la pena, ya le avisaría. La señora Burris consiguió, después de algunos esfuerzos,

ponerse la bata y acompañada por los crujidos del somier, se levantó de la cama. En aquel momento oyóse un grito de mujer, un alarido prolongado, que sin duda alguna venía de la quinta de los Cushing.

—¡Qué gente esa! —rezongó Burris, por encima del embozo—. ¡Maldita sea la hora que los conocí!

Le dolía recordar que un día fue el propietario de toda aquella parte del lago, hasta que el viejo Cushing lo convenció para que le vendiera doscientos acres de tierra.

—Te pagó el precio que le pediste —le replicó su mujer con tono ácido—. Si no sacaste más, tuya fue la culpa ¿Qué debe haber sucedido ahí fuera?

—Seguramente lo de siempre. ¿Lo del terreno? Bien sabes que siempre creí que lo decía por hablar. Por eso le pedí cuatro veces más de lo que valía entonces…

—Y te convertiste en el hazmerreír de todos —le interrumpió su mujer—. Todavía se carcajean a tu costa. Pero la cosa ya no tiene remedio. Ahora son nuestros vecinos y… hay que pasar por ello.

—Esos no son vecinos nuestros —afirmó Sam—. No, señor. Son alguien que tienen una propiedad lindante con la nuestra. Eso es todo.

—Como quieras, Sam, pero de todo tú tienes la culpa… ¡Oye, acabo de ver una luz en esa casita que habitan esa señora!, ¿cómo se llama? y su hija.

—¿La señora Adrian? —preguntó Burris con interés súbito—. Los prismáticos están ahí, sobre la repisa de la ventana. Echa un vistazo.

Tomando los anteojos, la señora Burris comentó:

—Quizá los Adrian hayan oído ese grito…

—Es probable —rezongó de nuevo su esposo y agregó—: Mira, lo mejor que puedes hacer es acostarte. Hace frío y vas a resfriarte. Lo que sea, si es que hay algo, ya sonará.

Sin hacer caso a su marido, la señora Burris enfocó los prismáticos. Aquello le olía a probable escándalo y ningún poder en la tierra la apartaría de la ventana y de los anteojos, mientras proseguía:

—Desde luego que por ahí en el lago jamás se había visto cosa

igual. ¡Hay que ver! Ese chico de los Cushing tiene en la casa mujeres hasta pasada la medianoche. ¡Qué tiempos! Cuando recuerdo que durante nuestras relaciones de noviazgo, a lo más que te atrevías era a llevarme por el lago, en pleno día, con aquel bote de color verde que tenía tu padre, que en paz descanse…

—Mira, no seas anticuada. De eso del noviazgo se dice cortejar y ahora ya no se estila. ¿El bote aquél? Recuerdo que hacía agua… Oye, métete en la cama, que vas a coger una pulmonía, Betsy.

La aludida ignoró las recomendaciones de su esposo y continuó sentada ante la ventana, sin apartar los prismáticos de sus ojos. En silencio transcurrieron unos quince minutos, hasta que rompió a hablar, diciendo:

—Me parece… diría… que hay una ventana rota, Sam. Y… alguien va de un lado a otro. Pero… ¿qué fue lo que oíste?

La voz de un Sam Burris medio dormido respondió:

—Pues no lo sé… francamente. Desperté habiendo oído algo… como un disparo o quizás el estampido del escape de un motor de algún automóvil, mezclado con el ruido de vidrios rotos… vete a saber…

La señora Burris, de siempre gran conversadora, ya estaba despierta por completo y dispuesta a pasar el resto de la noche charlando.

—¿Recuerdas aquella ocasión en que fuimos a pescar y nos cogió aquella tempestad? íbamos en aquel bote viejo y fuimos a refugiamos en el viejo granero de los Mosby. Olvidaste de girar quilla arriba el bote y se llenó de agua.

—No es verdad —protestó el marido con voz cansada—. Es que era demasiado pesado y, ¿quién iba a suponer que llovería tanto?

—Desde luego, lo hizo a mares. ¿Recuerdas cuando…?

Un sonoro ronquido de Sam interrumpió la pregunta, pero a los pocos instantes, su mujer le despertó de nuevo llamándole con voz excitada:

—¡Sam! ¡Sam! ¡Ven! ¡Ven pronto! ¡Mira!

Cesaron los ronquidos de Sam, quien, ya espabilado otra vez, preguntó:

—¿Qué sucede ahora?

—¡Ven en seguida! ¡Corre!

Ante el tono perentorio de su esposa, Sam se decidió a salir del lecho y acercarse a la ventana.

—¡Mira hacia la ventana! —urgió la esposa.

Ambos miraron hacia la quinta de los Cushing a través de la transparente noche, en la que se veía perfectamente la ventana iluminada de aquella casa.

—Desde luego que hay alguien que va de un lado para otro —admitió Sam y añadió—: Bueno, ¿y qué tiene de particular?

Alzando los prismáticos, Betsy Burris afirmó:

—Es Belle Adrian, la madre de Carlotta. Sólo nos faltaba esto. ¿Te parece bien que una mujer de su edad merodee a estas horas en la vivienda de un soltero? ¿Cabe imaginarse algo semejante? Arthur Cushing saliendo con Carlotta y ahora su madre…

—¿Pero tú sabes lo que dices? —le interrumpió el señor Burris haciendo ademán de cogerle los prismáticos.

—¡Claro que sí! —exclamó la esposa, rechazando su mano porque no quería dejar de mirar—. ¿Acaso dirás que no la conozco? ¡Ahí está! ¡Frente a la ventana rota! ¡Ahora camina por la habitación…!

Sam Burris le arrebató los prismáticos con brusco ademán y sin prestar atención a las protestas irritadas de su esposa, los enfocó hacia la casa de los Cushing, mientras la mujer le increpaba airada:

—¿Pero qué modales son éstos? ¿Qué te has creído? ¡Eres un bruto…!

—¡Cállate de una vez! —le ordenó su marido con voz autoritaria—. ¡Que te calles te digo! ¡Déjame mirar con tranquilidad, porque esto puede ser muy serio!

—¡No me da la gana de callarme! —prosiguió la mujer—. ¡No señor! ¡Porque…!

—Desde luego, pues es verdad… —murmuró Sam Burris, intentando aplacar a su esposa—. Mujer, es que… ¿quién lo iba a decir? La veo perfectamente…

Aquella aceptación de sus afirmaciones suavizó a Betsy.

—¡Claro que es verdad! ¿Acaso supones que no tengo ojos? ¿Qué hace ahora?

—Desde luego, no cabe duda. Es la señora Adrian. Parece como si cogiera algo del suelo… ¿Por qué han roto el vidrio de la

ventana? No veo a Arthur Cushing… Al parecer, no está allí… No sé si sería conveniente que me llegara hasta allí… quizás ocurra algo… ¿Qué hora es?

—¿Cómo voy a saberlo? El reloj está en la cocina. Vete allá y lo sabrás.

—¿Por qué no vas tú? Yo continuaré vigilando…

—Es mejor que vayas tú y vigile yo.

Sam Burris devolvió los prismáticos a su esposa diciendo:

—Creo que deberíamos hacer algo. Quizás haya ocurrido un accidente… ¿Qué te parece?

Pero sin aguardar a su respuesta comenzó a vestirse. Su esposa, sosteniendo los anteojos, observó:

—Vete a saber… a lo mejor, una de esas chicas le ha dado su merecido a ese tipo…

—Tendríamos que saber qué hora es —insinuó Sam.

—¿Para qué? —y viendo que su marido ya casi estaba vestido, preguntó—: ¿Pero es de veras que vas allá?

—Creo que es lo mejor… que debo ir…

—Quizá a Cushing no le guste…

—Mujer, es igual que le guste o que no. Una ventana rota, un grito de mujer a estas horas… significan algo…

—Fue Belle Adrian la que gritó.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Pues quién si no? Mira, Sam, esa mujer no se porta conforme debe hacerlo una persona decente. No, señor.

—Pues yo creo que quien gritó fue la hija… y a lo mejor ahora su madre… intenta protegerla…

—Déjate de suposiciones y vete a mirar qué hora es.

Sam, obediente, tomó una linterna, salió al comedor, entró en la cocina y regresó diciendo:

—Pues más de las dos y media. Estoy decidido. Voy para allá.

—Como tú quieras, pero creo que lo mejor sería…

—Oye —interrumpió Sam a su esposa, diciéndole—: Nada a nadie de todo esto. Sobre todo cállate acerca de que hayamos visto a la señora Adrian…

—¿Y por qué he de callármelo, si es verdad? —le interrumpió Betsy a su vez preguntando.

—Mira, son gente simpática. A lo mejor su hija estuvo antes y quizá sobrevino una discusión… un incidente… vete a saber… y tú no sabes tener la lengua quieta.

—¡Vamos, esto sí que me gusta! ¿Cómo te atreves a decirme esto? Supongo que si esa mujer es tan ligera de cascos como para tontear con un hombre diez años, por lo menos, más joven que ella, es decir, pisarle el terreno a su propia hija, tengo perfecto derecho a comentarlo con quien mejor me plazca y con mayor razón si lo he visto con mis propios ojos… ¿O acaso no es así?

—Mira, en realidad no sabemos nada de nada y por aquí las maledicencias corren más que el viento.

—¡Vamos, Sam! ¿Pero recuerdas con quién hablas o bien tienes presente lo que estás diciendo?

—Te repito que los Adrian son buena gente —repitió Sam, terco.

—¡Pero si tú mismo has afirmado que oíste un disparo!

—Oí algo parecido a un disparo… por eso… ¿Crees acaso que si hubiese habido un disparo la señora Adrian estaría allí tan tranquila?

—Sam en todo esto nada hay de casual. Si la hija de la señora Adrian ha estado allí por la noche, sabiendo como todo el mundo sabe el tipo que es Arthur Cushing…

—Pero mujer, ¿qué cuesta concederles alguna duda? Hasta ahora, todo lo que sabemos de Arthur Cushing y de lo que haya podido ocurrir allí es acerca de la hora en que *alguien* hizo algo…

—Oye, déjate de discursear y llégate hasta allí. Quizá resulte que halló a su apasionado amante embelesado con su hija y que en realidad haya ocurrido algo serio.

Con evidente desgana, Sam Burris sacó del armario un abrigo grueso, un gorro y unas orejeras. Cuando ya preparado se disponía a abrir la puerta, su mujer desde la ventana le anunció, con ácido tono:

—Hala, ya puedes ir tranquilo, porque ella acaba de irse.

Capítulo 3

La señora Adrian, palpitándole todavía el corazón por todo cuanto había ocurrido en el transcurso de la última hora, llegó hasta el lugar donde comenzaba el sendero desde la carretera y siguiéndolo llegó a su morada.

El garaje continuaba vacío.

La sorpresa paralizó sus pasos, por cuanto suponía que Carlotta debió abandonar la casa de los Cushing inmediatamente después de que aquel terrible alarido cortara el silencio de la noche fría. Lo acostumbrado era que entrara el coche en el garaje, cerrara la puerta y se acostara seguidamente. Aquel vacío tan negro sólo podía significar que… Carlotta había huido… la mayor de las locuras que podía cometer.

La huida era sin duda un sentimiento de culpabilidad, todo el mundo lo entendería así, nadie dudaría de ello, porque la policía inmediatamente averiguaría que Arthur B. Cushing había cenado con Carlotta y su primer paso sería interrogarla. Cuando constataran que había desaparecido, la considerarían inmediatamente como el «sospechoso número uno». Luego ni el abogado más sagaz y astuto sería capaz de urdir una narración de lo sucedido que justificara aquello ante un jurado.

De pie, allí en la oscuridad, hizo un rápido repaso mental de la situación. La fuga de Carlotta había que transformarla en un acto normal y corriente, algo que apareciera como si ya desde días antes hubiese estado previsto… eso es… una escapada a la ciudad próxima para ir de compras.

Esto significaba que la señora Adrian debía localizar a Carlotta antes que la policía la hallara, por que ésta inmediatamente ordenaría la busca y captura del invitado que Arthur Cushing había

tenido para cenar. Tenía que preparar algún equipaje para Carlotta, por lo menos un «fin de semana» que diera aire de veracidad a aquel inopinado viaje.

La señora Adrian irrumpió en la alcoba de Carlotta, dirigiéndose rápidamente hacia el ropero… de pronto algo le impidió avanzar, quedando rígida por la sorpresa al ver ante sí, iluminado por la luz de la luna el lecho de Carlotta y, en él, a su hija medio incorporada ahogando, al reconocer a su madre, a duras penas el grito de terror que pugnaba por salir de su garganta.

—¡Pero… mamá! ¡Qué susto! ¿Qué te ocurre? —preguntó la hija, asombrada.

—¡Tú! ¿Tú aquí? —exclamó en respuesta su madre, no menos sorprendida.

Ya despierta del todo y dueña de sí misma, Carlotta repuso:

—¡Claro que estoy aquí! ¿Dónde debía estar, si no? ¿A quién esperabas encontrar en mi habitación?

—¡Santo cielo! ¿Y desde cuándo estás aquí?

—¿Desde cuándo? Pues no lo sé, pero ya debe haber transcurrido bastante tiempo desde que llegué. ¿Por qué lo preguntas?

—El coche no está en el garaje…

—Tuve un pinchazo a medio camino. Lo dejé allí y me vine andando. Pero ahora dime por qué pareces tan alarmada, rondando por mi cuarto…

—Oye, que no curioseaba nada.

—Mamá, que no he dicho eso, sino rondando.

—No importa, pero era esto lo que querías decir.

—Ya volvemos a discutir sobre lo mismo, mamá —arguyó Carlotta, con tono ligero—: Por favor, no seas tan anticuada y deja de adoptar el papel de mártir, porque no hay motivo. Comprendo que una madre siempre ve a su retoño como cuando era un niño… pero, no hay para tanto.

La señora Adrian, en lugar de contestar a su hija, encendió las luces de la alcoba y preguntó:

—Dime… ¿Te ha sucedido algo? ¿No te ha ocurrido algún… incidente, digámoslo así?

—Mira, mamá, prefiero no hablar de ciertas cosas.

La madre, sin hacer ningún comentario, tomó de la silla donde yacían las ropas que había dejado Carlotta al desnudarse, la blusa colorada que su hija había llevado para ir a la cena con Arthur Cushing. La prenda estaba desgarrada en toda la pechera.

Carlotta miró un instante a su madre y sonrojándose ligeramente, observó, intentando sonreír:

—Ahora sí que no negarás que estás curioseando…

Con voz baja, como si temiera ser oída, su madre dijo:

—¡Carlotta… yo… quiero saber qué es lo que ha ocurrido!

Rabiosa, con los ojos indignados, la interpelada respondió:

—¿Conque quieres saberlo, eh? ¡Pues puedes imaginártelo! Eso es… No estoy mal formada, ¿verdad?, y a los hombres parece que les causo… efecto. Eso es. Me parece que nadie va a cambiar su naturaleza, mamá. ¿Qué le ha pasado a esa blusa? Puedes imaginártelo, si bien supongo que tu inquietud maternal disminuiría si vieras la blusa sin ese desgarrón…

—No se trata de la blusa ni del desgarrón, Carlotta —le interrumpió su madre y prosiguió, recalcando sus palabras—: Lo que quiero saber es… qué es lo que tú hiciste.

—¿Lo que hice? Decirle con suavidad «no» a sus insinuaciones y cuando quiso emplear la fuerza, lo rechacé con cierta violencia y me marché… y me vine a casa.

—¿Lo abofeteaste?

—¿Abofetearlo? No sé cómo calificarás el que la palma de mi mano fuera a chocar con cierta violencia contra su mentón. Mira, francamente, no me desagrada que los hombres se me insinúen, incluso te confieso que me gusta que sepan apreciar lo que ven, pero también que entiendan lo que significa una negativa. Ahora, si ya estás bastante enterada de mis asuntos particulares, sugiero que nos acostemos de nuevo e intentemos conciliar el sueño otra vez, aunque por lo que a mí atañe… creo que no lo conseguiré.

Mirando fijamente a su hija, la señora Adrian sacó del bolsillo de su abrigo la polvera rota y, mostrándosela, dijo con calma:

—Aquí tienes la polvera que dejaste allí.

Con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa, Carlotta se levantó de un salto y cogiendo la bata que estaba sobre la cama, mientras se la ponía preguntó:

—Pero… ¿de dónde la has sacado?

—De la casa de los Cushing.

Demudada por la sorpresa, Carlotta balbució:

—¡Mamá! ¿No irás a decirme que estuviste allí?

La señora Adrian asintió en silencio.

Su hija la miró unos instantes con los labios apretados y mirada iracunda antes de decirle con furia mal contenida:

—¡Pues ya está bien! ¡Incluso para una madre!

Con calma, la madre repuso:

—Hallé a tu amigo sentado en aquella silla de ruedas, mostrando en su pecho un orificio de un disparo, y es de suponer que el proyectil en su cuerpo, tu polvera en el suelo a sus pies, una ventana rota y…

—¿Qué dices? ¿Un orificio de bala? ¿Un disparo? —interrumpió asombrada Carlotta.

—Eso es.

—¿Quieres decir…?

—Muerto.

—¿Qué hiciste entonces?

—Cogí todo cuanto podía demostrar tu presencia en la casa. Por lo menos, así lo espero.

—¡Cielo santo! —exclamó Carlotta, y seguidamente prosiguió—: Apaga inmediatamente las luces. No es necesario que toda la vecindad se entere de que estamos levantadas a estas horas. Acuéstate conmigo y hablaremos de todo.

Capítulo 4

Un frío y escarchado amanecer se extendía sobre las aguas grises del lago, hasta destacar contra el cielo las siluetas recortadas de las montañas con sus laderas de un verde sombrío con las oscuras barrancas.

El timbre de la entrada de la casa de los Adrian sonó con seco repiqueteo.

En el interior de la vivienda, la señora Adrian apretó el pulsador de la linterna eléctrica que sostenía con la mano izquierda, mientras con los dedos de la derecha cubría la lente reflectora dejando surgir sólo un débil rayo de luz a cuya claridad ambas mujeres se miraron consternadas.

—Carlotta… sin duda es la policía —murmuró la madre—. Creía… esperaba, que tendríamos tiempo para hacer el equipaje…

—No era posible, mamá. El coche está ahí abajo con un reventón…

—Recuerda cuanto te he dicho —apremió la madre con un murmullo—. Tuviste una discusión con Arthur casi inmediatamente después de marcharse la criada. Te viniste en seguida a casa, dejándolo sentado en la silla de ruedas… ni te acompañó hasta la puerta. Estaba enojado, eso es. Tomaste el coche y en el camino te ocurrió el reventón. Dejaste el coche y llegaste hasta aquí andando. Para esta mañana tenías pensado irte…

—Pero, mamá, recuerda que ya están aquí. ¿No sería mejor no decir nada del viaje?

—Recuerda que las maletas ya están dispuestas…

—Podemos meterlas, esconderlas en cualquier lado.

—Registrarán la casa.

El timbre sonó de nuevo con repiqueteo insistente.

—Si pudiéramos conseguir que Harvey no se enterara de nada… —observó Carlotta.

—¿Por qué? Es abogado. Puede ser una ayuda —objetó la madre.

—Creo que no entiendes, mamá. Mira… las intenciones de Harvey son… buenas pero remotas, y francamente, lo amo. Arthur Cushing era un… pasatiempo, eso que llaman un «playboy». Sus, digamos intenciones, eran inmediatas, pero deshonestas. Quizás he jugado con fuego pero… creo que hemos de cambiar de ropa, mamá. No podemos ignorar esos timbrazos malditos.

Belle Adrian se descalzó, mientras decía a su hija:

—Desnúdate y acuéstate.

Seguidamente se acercó a la puerta y esforzándose en hablar con voz somnolienta, preguntó:

—¿Quién llama?

La respuesta fue un nuevo timbrazo.

—¡Ya va! ¡Déjenme ponerme algo! —exclamó la señora Adrian con voz cansada.

Regresó a su alcoba mientras con mano nerviosa se desabrochaba el vestido. Se quitó las medias y poniéndose una bata, volvió a la puerta, dio la luz del porche y abrió.

Ante ella estaba Sam Burris con las orejas y la punta de la nariz enrojecidas por el frío y en actitud de paciente espera.

Fingiendo ahogar un bostezo y mostrando sorpresa, la señora Adrian exclamó:

—¡Pero… si es Sam Burris! ¿Pasa algo, señor Burris? ¿Algún percance?

—Señora, deseo hablar con usted —contestó el interpelado.

—¿Pero ahora? ¿A estas horas?

—Es de suma importancia.

—Si es como dice… Pase usted y siéntese, por favor. Voy a vestirme y en seguida le atenderé.

Sam Burris entró y murmurando excusas se sentó en la silla que le había indicado la dueña de la casa. Ésta, como si la curiosidad le dominara, se ciñó la bata y preguntó:

—Bien, ¿qué ocurre?

—Verá… —comenzó a decir Burris, mirando al suelo como si

buscara las palabras—. Pues… no sé cómo comenzar…

—Pues hágalo como mejor sepa, señor Burris. No dudo que para sacar a la gente a estas horas de la cama, tendrá algo verdaderamente importante que decirme.

—Desde luego, desde luego. Bien… como usted sabe, vivimos ahí… arriba, ¿eh…?

—Sé dónde viven ustedes, ¿y qué más?

—Es que desde nuestra ventana, la de la alcoba, podemos ver la casa de los Cushing mejor, donde acostumbra a permanecer Arthur…

—¿Pero qué me dice? ¡Si hay un buen trecho entre ambas casas!

—No tanto, señora Adrian, no tanto. No será más de cien metros, seguramente menos de cien metros y además de noche… se ve todo el interior si las persianas no están tiradas o corridas las cortinas. Y los ruidos, los ruidos se oyen perfectamente. Eso es, muy claros, distintos…

—Por favor, señor Burris. ¿Todo esto adónde va a parar?

—Es que, señora… pues, no me gustaría que una hija mía frecuentara ese Arthur Cushing, no señor. No me gustaría.

—Agradezco su… opinión —replicó la señora Adrian con tono agrio y prosiguió—: Pero permítame decirle que en nuestros días, nuestras hijas se sienten inclinadas a vivir su propia vida y además, por lo que a mí atañe, crea que no me alegra el que me haya despertado tan temprano para prevenirme acerca de los amigos de mi hija, que es lo que, al parecer, usted quiere decirme.

—Es que hay algo más, señora. Es que… Arthur Cushing está muerto.

—¿Muerto? ¿Muerto dice usted? ¿Que Arthur Cushing ha muerto? —preguntó, exclamando, la señora Adrian.

Su interlocutor asintió en silencio.

Ella le miró fijamente, incapaz por unos instantes de coordinar sus ideas, angustiada, preguntándose cuánto sabría aquel hombre de lo que había acontecido horas antes. Tenía que inducirle a que le dijera todo cuanto pudiera, sonsacarle toda la información posible. Pero tenía que hacerlo con disimulo, ocultar su ansiedad, que no advirtiera su afán en averiguar todo lo que él supiera.

Continuando en su fingido asombro, prosiguió:

—¡Qué desgracia! ¡Debe de haber sido algo muy rápido! Lo digo porque mi hija cenó con él anoche. Querían aprovechar la velada para ver unas películas… como Arthur Cushing a causa de su pierna no salía de casa. Regresó temprano…

—Señora, no tiene que darme explicación alguna, por favor. Es lo que intento explicarle.

—Quizá sería mejor que me dijera de una vez qué es lo que le ha traído. Por favor, no se sienta cohibido. Se lo ruego, señor Burris, dígame en seguida lo que sea. ¿De qué se trata?

—Vaya, señora. Arthur… Arthur Cushing gustaba de mostrarse como un caballero muy amable… eso es, muy amable, muy bien educado… si conseguía lo que quería… pero si no… era bastante desconsiderado… un bruto, en una palabra.

La señora Adrian, que ya había conseguido dominar sus nervios, se mantenía sentada, enhiesta, sin interrumpir al visitante, que prosiguió:

—Pues es el caso que mi mujer y yo, desde casa hemos visto allí muchas cosas, que prefiero no mencionar. Pero también hemos oído gritos incluso de mujeres, sí, señora… Es que Arthur Cushing ni se preocupaba de bajar la persiana. Seguramente creía que nadie podía ver lo que pasaba allí dentro…

La señora Adrian persistió en su silencio y Burris continuó:

—Pero es el caso, que… claro… pues… el lago, sí, eso es… desde toda la vida que poseemos un prismático, muy bueno por cierto, de treinta aumentos.

—¡Un prismático! —repitió como un eco la dueña de la casa intentando ocultar la ansiedad que denotaba su exclamación.

Sam Burris asintió con un gesto.

—Desde luego, señora, no vaya a creer que perdamos el tiempo en curiosear o bien espiar lo que sucede en los alrededores, ni mucho menos, pero claro, como usted sin duda comprenderá, si por la noche se oye gritar a una mujer y además se ve a dos personas enzarzadas en una pelea, pues, es lo que yo digo, antes de volver a la cama, uno quiere cerciorarse de que nada ha ocurrido.

Belle Adrian asintió en silencio y con los labios apretados.

—Yo… tengo el sueño muy ligero. Cualquier cosa me despierta y quedo desvelado. Mi mujer, no. Por el contrario, duerme como un

tronco. Para despertarla, hay que zarandearla de un lado para otro… incluso con cierta violencia. Si no es así, no abre un ojo. Además, es como suelen ser las mujeres de por aquí, que charlan por los codos. Por esto, no le he contado todo lo que he visto desde la ventana ni tampoco lo que veo en otras partes. La vez primera que vi lo que vi, la desperté y quiso convencerme de que debía ir hasta allá e intervenir. Pero resultó que mi intervención hubiese sido innecesaria.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que aquella chica, la que estaba con Arthur, sabía cuidarse de sí misma ¡y cómo! Le atizó con fuerza unos cuantos puñetazos y se largó sin despedirse…

—¿Cuándo ocurrió… eso?

—Hará unos dos o tres meses.

—¡Ah! —exclamó Belle Adrian involuntariamente y enojándose consigo misma por haber dejado escapar aquella interjección con acento de alivio.

—La segunda vez, fue distinto.

—¿Cómo?

—Quiero decir que la chica entabló una lucha con Arthur. Como no tenemos teléfono, me vestí para avisar al sheriff. Cuando iba a salir, vi cómo se habían reconciliado, se besaban frente a la ventana… francamente, es algo muy desagradable y triste, sí señora, ver cómo hay chicas que no tienen ni pizca de vergüenza…

—Sí, claro, siempre hay algunas. Claro que a lo mejor… vete a saber… ¿La reconoció usted, acaso?

—No. Pero con los prismáticos la vi perfectamente. Era una joven bien parecida, me pareció que tenía el cabello negro… Pero, le repito, no crea que espiamos a la vecindad… lo que sucede es que no me gusta tener como vecinos a tipos semejantes… a Arthur Cushing.

—Pero usted lo trajo, señor Burris. Quiero decir, que le vendió el terreno.

—Desde luego, desde luego, y confieso que cometí una tontería —admitió Sam Burris y prosiguió, queriendo justificarse—: Verá… tenían un agente de fincas que no me dejaba en paz… me aturdió con su charla. Todo mentiras, se lo aseguro. Una y otra vez me

repitió que tenía un cliente que deseaba establecer una granja de labor, algo en que meter dinero, incluso con pérdidas, pero que le permitiera descontar el capital invertido y los gastos consiguientes de los impuestos de sus negocios. De los beneficios, quiero decir. Me dije que si lo que quería era perder dinero, sí podía ayudarle. Pedí por los cien acres un precio cuatro veces mayor que el que en aquel entonces valían las tierras e incluso convine una opción para el resto de mi propiedad, también por un precio cuatro veces más alto que el mejor que hubiese podido conseguir… desde luego para tierras de labor agrícola.

—Y luego resultó que el agente actuaba a las órdenes de Dexter Cushing, ¿no fue así?

—Así fue, sí, señora. No quería el terreno para ninguna granja o casa de labor. ¡Qué va! Lo que quería era construir un hotel de temporada, para eso que llaman deporte. Sea lo que fuera, construyeron esa casa, mientras anunciaban a bombo y platillo la construcción del gran hotel para deportistas.

—Pero la propiedad que usted todavía tiene ha aumentado de valor.

—¿Aumentar? Claro que ha aumentado… por lo que atañe a los impuestos… que me ahogan, y, además, tienen la opción de comprarme la propiedad cuando les plazca. Pero dejemos estar todo esto. Si lo he contado, es porque usted ha dicho que yo los traje aquí. Pero, será mejor que le diga lo que vi anoche… cuando la vi a usted…

La señora Belle Adrian, que ya esperaba oír aquellas palabras o bien otras semejantes y estaba preparada, contestó con acento frío, denotando incredulidad:

—¿Que usted me vio? ¿A mí?

—Señora, por favor, no tome a mal mis palabras —casi imploró Sam Burris—. Nosotros… pues los apreciamos mucho. Son gente muy buena, amable. Usted y su hija Carlotta. Son de lo mejor que ha llegado aquí…

—Gracias, es usted muy amable —le interrumpió Belle Adrian, secamente.

—Claro… era casi de prever lo que sucedería, porque a ese Arthur Cushing cualquiera lo detenía… Pues bien, me dije, si

alguien va a ver a la señora Adrian y le dice algo… pues eso… sabría de qué va…

—Repito que es usted muy amable y se lo agradezco. Pero lo que no comprendo es su afirmación de que me vio a mí en la casa de los Cushing. Carlotta estuvo allí, desde luego, y…

—Vimos a Carlotta —le interrumpió Sam Burris—. Luego nos acostamos… Fui yo quien desperté, al oír la rotura de cristales y el disparo, luego gritó una mujer… Total, que nos levantamos para ver qué es lo que había sucedido.

—Si ha ocurrido algo y usted lo sabe, tiene el deber de ponerlo en conocimiento de la autoridad…

—Señora, ya lo he hecho —afirmó Sam Burris, interrumpiéndola de nuevo, y prosiguió—: Por esto no pude venir antes.

—¡Ah, ya! —musitó la señora Adrian.

—Ahora, señora, si quiere usted escucharme permita que me explique. No tenemos mucho tiempo y desearía que usted me oyera.

—Muy bien, explíquese.

—Señora, para un hombre de mi condición no es fácil hablar a una dama como usted y decirle lo que quiero explicar —dijo Burris con embarazo—, pero ya me imagino que usted estará predispuesta contra mis afirmaciones. Su hija mató a Arthur Cushing y éste lo tenía merecido. Usted oyó el grito de ella y el disparo. Fue hasta allí y halló lo que halló. Entonces ayudó a su hija a borrar todo cuanto pudiera denunciar su presencia. Ahora, desde luego, no sé qué es lo que hallará… quiero decir evidencia… el sheriff, pero tenga la seguridad de que ni yo ni mi mujer diremos una palabra. Carlotta es una chica muy simpática; ese Arthur Cushing, la hez de la tierra y… en resumen, que cuenten con nuestra buena vecindad…

—Señor Burris —afirmó la señora Adrian, cortándole la palabra —, está usted completamente equivocado en sus deducciones. Carlotta regresó anoche a primera hora y…

—No tiene por qué darme explicación alguna, señora. Yo sólo deseo hacerle saber lo que yo sé… de cómo están las cosas. Los periódicos beben los vientos por sucesos como éste y la joven que está comprometida en algo semejante, queda marcada para toda su vida.

»Le repito que sé todo cómo ocurrió. Sé que la rotura de los

cristales, el disparo y el grito de aquella mujer se produjeron antes de que llegara usted para averiguar qué había sucedido.

»Como ya le he dicho, mi mujer con frecuencia no sabe mantener la boca cerrada, pero esta vez… sí lo hará. Puede usted contar con ello.

—Pero usted le habrá dicho al sheriff…

—Claro que sí que se lo he dicho —afirmó Burris—. El sheriff me hizo muchas preguntas. Por ejemplo, me preguntó si había visto a alguien salir de la casa. Contesté que no y no mentí, porque en verdad no vi a nadie que saliera. Luego le dije que en primer lugar había oído una rotura de cristales y luego un disparo y que es de suponer que fue lo que causó la muerte de Arthur. Que el disparo se produjo un poco después de oír el grito que fue posterior a la rotura de los vidrios, que miré en aquella dirección y que no vi nada. Desperté a mi mujer y fue entonces cuando oímos el grito aludido, pero que tanto ella como yo nada vimos al acercamos a nuestra ventana.

»Claro que nada le dije acerca de que luego estuvimos mirando por la ventana de nuestra alcoba y durante un buen rato la vimos a usted por allí. Nada le he dicho de esto porque opino que no es de su incumbencia.

Con palabra y gesto que no aceptaba réplica, la señora Adrian afirmó:

—Carlotta ya estaba en casa y acostada mucho antes de la medianoche.

—Señora, le repito que no necesita explicarme nada. Lo que sí deseo es asegurarle que tratamos de ser unos buenos vecinos.

—Desde luego —admitió la señora Adrian con amargura—. No dudo de su buen deseo, pero en su interior, en su conciencia, están convencidos de que mi hija mató a Arthur Cushing.

Mirándola fijamente a los ojos, Sam Burris respondió lentamente y con voz baja:

—Y usted, también.

La afirmación había sido tan inesperada y súbita como sincera, que la señora Adrian tuvo que apartar los ojos de la mirada de su interlocutor.

Sam Burris se levantó, diciendo:

—Bien, señora. Esto es todo lo que quería decirle. Es más que probable que el sheriff venga aquí y les haga sus preguntas, particularmente deseará hablar con su hija. Puede decirle que Carlotta ya estaba en casa antes de la medianoche, y dígale también que yo he estado aquí y he hablado con usted…

—¡De ninguna manera! ¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea?

—Debe decírselo, señora. Si intenta mostrar sorpresa, no dude que se traicionará… al igual que le ha sucedido conmigo cuando le he dicho que Arthur Cushing estaba muerto. Señora, usted se excedió ligeramente. La gente del campo no hablamos tan bien como los de la ciudad, pero observamos y vigilamos mejor. Por lo que a mí atañe no sabría decirle cuál fue el error de usted, como seguramente tampoco podría decírselo el sheriff, pero no dude de que usted procedió equivocadamente.

»Nuestro sheriff es muy eficiente cuando se trata de estos asuntos y le gusta acorralar a la gente, encerrándola como en una trampa. Por lo tanto, dígale que he estado aquí como buen vecino y que le he dicho que Arthur Cushing ha muerto de un disparo.

—¿Pero cómo quiere que le diga que ha venido a verme a esta hora tan temprana? Eso llamaría la atención… a cualquiera.

—…porque yo sabía de que su hija había cenado con Arthur Cushing —le interrumpió Burris con terquedad y prosiguió—: Quería cerciorarme de la hora en que su hija había regresado a casa.

»Creo que debería usted mostrar cierto pesar por lo ocurrido y algún desconcierto por haberla despertado tan de mañana. Claro que en el campo la vida transcurre en forma distinta a la de la ciudad, quiero decir el horario. Puede decirle que aparecí muy excitado, que me mostraba ansioso de charlar con alguien de todo cuanto sabía. Creo que esto que le sugiero es mucho mejor que el intentar aparecer sorprendida o algo semejante, porque con facilidad la harían contradecirse.

Sam Burris se fue hacia la puerta y ya junto a ella, dijo:

—Señora, creo que esto era todo cuanto tenía que decirle.

Belle Adrian le tendió la mano en silencio.

Burris, estrechándola un instante contra su palma callosa, prosiguió:

—Verá… siempre he deseado ser lo que ustedes denominan un caballero, quiero decir alguien capaz de expresar sus ideas con las palabras adecuadas, pero después de ir a la escuela cuatro años tuve que dejarla para ponerme a trabajar y desde entonces… así ha sido mi vida, un trabajo duro y continuo. Hemos visto por aquí a mucha gente de la ciudad y hemos aprendido a distinguir a las personas decentes de las que no lo son. Por desgracia la mayoría son de estos últimos, pero alguna que otra vez hay personas honradas, como se debe ser. A ustedes, es decir a usted y a su hija, les consideramos de éstos. En fin, no sé cómo expresar mi pensamiento. Lo que decía, la escuela…

—Creo que difícilmente cabe expresarse mejor de como usted lo ha hecho —le interrumpió su interlocutora con suave acento.

—Gracias. Volviendo a lo de antes, creo que sería conveniente que se entrevistara con un buen abogado. No es preciso que se lo diga el sheriff, pero…

—Desde luego que es una buena idea, y ahora recuerdo que Perry Mason, el célebre abogado, está pasando aquí unos días de descanso…

—Ya había pensado en él —admitió Sam Burris—. Pero creo que sus servicios son…

—Tengo dinero —le interrumpió ella.

—Pues no lo dude un instante. Es lo mejor que puede hacer, porque por lo que he oído es de lo mejor que hay para estos casos. Además, no creo que el sheriff le haga demasiadas preguntas. Sabe muy bien la buena opinión que nos merecen usted y su hija…

—Jamás hubiese imaginado que fuéramos ambas tan… populares entre ustedes.

—Pues así es. Los que vivimos aquí y somos de este país, que siempre hemos comido de la tierra que trabajamos, hemos observado día a día a la gente que ha ido viniendo y la hemos catalogado. No acostumbramos equivocamos. Bien, señora Adrian, he de irme. Si en alguna cosa puedo servirla, ya sabe usted que puede contar conmigo.

Mas antes de abrir la puerta, volvióse de nuevo hacia la señora Adrian, diciendo:

—Su hija lo mató e hizo muy santamente. No le haga

demasiadas preguntas y no permita que el abogado la aturda con ellas. Por aquella casa pasaron muchas otras chicas y si su abogado sabe manejárselas, su hija saldrá incólume del apuro éste. Usted sabe lo que sabe y yo sé lo mío… pero ambos, que su hija es la sal de la tierra, una joven muy simpática y muy buena. Vamos a ver si la sacamos de este tropiezo.

Sin añadir otra palabra, abrió la puerta y salió al aire frío de la mañana gris cuya luz ya iluminaba todo el paisaje.

Cuando la puerta se hubo cerrado, la señora Adrian permaneció unos instantes contemplándola y resumiendo sus pensamientos. Seguidamente, ahogando un suspiro, entró en el dormitorio de Carlotta.

—¿Qué ha dicho, mamá?

—Poca cosa en resumen. Total, que Arthur Cushing ha muerto.

—¿Cómo lo averiguó?

—Oyó lo de la rotura de los vidrios de la ventana y el disparo.

—¿Pero cuándo?

—Cuando ocurrió. He entendido que fue hacia las dos de la madrugada.

—Mamá… ¿Miraban acaso por la ventana? ¿Vio a alguien?

Con una risa ligera su madre respondió:

—¿Y qué si así hubiese sido? Hay una buena distancia entre ambas casas. Más o menos cien metros.

El rostro de Carlotta mostró la satisfacción con que recibía aquella seguridad, que la impulsó a decir:

—Claro, desde luego. Tú misma no serías capaz de reconocer a alguien a tal distancia, ¿no es así, mamá?

—Ni por asomo. Pero, por si acaso, no es que tema nada, pero voy a saludar a Perry Mason, el abogado. Le expondré lo ocurrido y a ver qué opina.

Capítulo 5

Perry Mason, envuelto entre las mantas que lo protegían del frío ambiente de aquella alcoba sin calefacción de la cabaña de fin de semana donde se había refugiado para pasar unos días de descanso, contempló el vapor de su aliento cómo se diluía en la luz del gris amanecer, que paulatinamente penetraba en el interior de la habitación.

La edificación pertenecía a un antiguo cliente y Mason había aceptado su sugerencia y oferta de pasar allí unas vacaciones, que buena falta le hacían. Pero con el disgusto consiguiente observó que luego de cinco horas de dormir se desvelaba y lo único que se le ocurría era meditar acerca de los asuntos que tenía pendientes en el bufete.

Ya lo había intentado todo. Hacía cuanto ejercicio corporal podía, como por ejemplo, andar, cabalgar, subirse a los montes y esquiar, remar por el lago… Al parecer, todo inútil, porque se despertaba a primera hora de la madrugada y luego de revolcarse de un lado para otro, harto también del frío que reinaba en la habitación, se levantaba para ir al salón-comedor donde una estufa con termostato mantenía la calefacción a veintidós grados de temperatura.

¿Cómo matar el tiempo? Pues, medio tendido en su sillón iba leyendo los boletines oficiales de la magistratura que daban cuenta de las sentencias recaídas en las causas vistas ante el tribunal supremo del Estado y en los tribunales de apelación de los diversos condados. Comenzaba a embeberse en el estudio de los considerandos que fundamentaban las decisiones, anotaba los nombres de los magistrados que las habían dictado, aprobándolas mentalmente en la mayoría de las veces o bien releyéndolas de

nuevo con suma atención con las cejas fruncidas e incluso, en alguna ocasión, moviendo la cabeza en forma negativa en señal de desaprobación.

Soñoliento de nuevo o por lo menos así imaginándoselo, al cabo de dos o tres horas tomaba al lecho y al aire frío del dormitorio, se deslizaba debajo de las mantas, se envolvía en ellas y algunas veces conseguía conciliar el sueño hasta que amanecía.

El abogado sabía de sobra lo que ocurría. Estaba tan ligado a los asuntos de su despacho que su mente no se acostumbraba a pensar en otra cosa. Aquello era lo que le echaba a perder el descanso que debían significar las vacaciones. Della Street, su secretaria de confianza, había sido advertida para que sólo en un caso excepcional la llamara por teléfono y la secretaria ya hacía cuatro días que cumplía las instrucciones, porque el timbre del aparato no había repiqueteado ni una sola vez.

Pero aquel amanecer correspondía al domingo y Della llegaría durante la mañana con una cartera repleta de asuntos que requerían su propia decisión.

Tendido en la cama, contemplando el techo, en aquellas primeras horas de la fría mañana se preguntaba qué debía hacer. El aliento que se disolvía pareció darle la respuesta. Aquella vida no era para él. Decididamente, regresaría por la tarde con Della a la ciudad. Era mejor volver al trajín de su oficina que consumirse de impaciencia entre aquellas montañas. Una mente habituada a rápidos reflejos e inmediatas decisiones, no podía alterar su ritmo acostumbrado de la noche a la mañana. Es algo semejante al volante de compensación de un motor, que no puede pararse súbitamente.

Tomada la determinación de regresar, Mason se sintió aliviado. Bostezó, estiró los brazos, se sentó al lado de la cama, metió maquinalmente sus pies en las zapatillas, se levantó y se puso la bata. Cuando iba a entrar en el cuarto de baño, oyó en el exterior unos pasos rápidos y seguidamente un nervioso repiqueteo en la puerta.

Con un ligero estremecimiento de frío cruzó el amplio salón-comedor decorado con alfombras de los indios navajos, sillas de brazos y todo lo demás propio para crear un ambiente rústico y

abrió la puerta, para hallarse ante Belle Adrian, que le miraba fijamente.

Belle vio ante sí la alta figura del abogado, su cabello corto y crespo, las perneras del pijama que asomaban por debajo de la bata y las zapatillas que calzaban sus pies. Con palabras entrecortadas, lo saludó diciendo:

—Lo siento, lo siento mucho… el haberlo sacado de la cama a hora tan temprana… no he contado con ello… usted perdone, pero…

—¿Quién es usted?

—Me llamo Belle Adrian. Somos casi vecinos, así puede decirse. He oído hablar mucho de usted, señor Mason, si bien supongo que usted no nos conoce. Poseemos esa casita que está encima de la bahía del lago y me hallo en un apuro. Es algo horrible…

Mason alzó las cejas con gesto interrogante al mismo tiempo que se peinaba el cabello con los dedos de la mano izquierda y preguntaba:

—¿Cuál es ese apuro?

En lugar de contestar a su pregunta, la señora Adrian prosiguió con palabra agitada:

—Bien, sé que sus honorarios son elevados, señor Mason, pero no soy precisamente una pedigüeña. También estoy enterada de que usted ahora está de vacaciones, de que se siente fatigado y por esto ha evitado relaciones con los vecinos, que quizá no quiera ni oír hablar de hacerse cargo de otro asunto, pero se lo ruego, he de hablar con usted… Es algo de suma importancia… está en juego la felicidad de mi hija… por favor…

—¿De qué se trata? —preguntó Mason de nuevo.

—De un asesinato.

El abogado exhaló un suspiro de alivio, diciendo:

—Bien, por lo menos ya sabemos algo. Pase usted —la invitó con un ademán a entrar en la casa.

—Siento mucho haberle molestado, señor Mason. Se lo aseguro, pero… es que…

—Entre, señora, entre —la interrumpió Mason con acento cordial y prosiguió—: Tome asiento, por favor, y tranquilícese. Con su permiso voy a ducharme, a afeitarme y vestirme. En seguida

estaré a su disposición…

—Es que creo que no habrá tiempo ni para eso, señor Mason. He venido corriendo… sólo dispongo de unos pocos minutos…

—Está bien, señora, está bien. Pero ahora siéntese, por favor. ¿Un cigarrillo?

Lo rechazó con gesto nervioso. Mason cogió uno y cuando la señora Adrian se hubo sentado, hizo lo mismo sobre el brazo de un sillón y encendiéndolo, al mismo tiempo que se ceñía la bata, dijo:

—Ahora dígame lo que le ocurre.

—Señor Mason, soy viuda y vivo con mi hija Carlotta en esa casa que antes le he indicado. Hemos venido aquí a pasar una temporada. Mi hija tiene veintiún años. Su padre murió cuando tenía quince. He procurado ser una buena madre.

—Señora, recuerde que me ha dicho que iba a hablarme de un asesinato y que dispone de poco tiempo… —la interrumpió Mason con tono de ligera impaciencia.

—Sí, sí, desde luego. Pero quería hacerle comprender lo que concierne a Carlotta. Es una buena chica.

Mason aceptó la afirmación con gesto de asentimiento.

—Tiene un amigo, un joven en la ciudad que muestra mucho interés por ella. Es abogado, acaba de licenciarse y, claro, tiene que situarse… pero está enamorado de Carlotta. No cabe duda.

—¿Y el asesinado? ¿Quién ha sido asesinado? —la interrumpió Mason de nuevo.

—Arthur Cushing.

Mason alzó de nuevo las cejas con gesto de sorpresa y preguntó:

—¿Quiere usted decir el hijo del banquero? ¿Ese que quiere levantar un hotel por aquí?

—El mismo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi hija esquió algunas veces con Arthur Cushing. No se imagine nada de particular. Sencillamente, la amistad corriente entre dos jóvenes, pero, no obstante, creo que él se sintió atraído hacia mi hija, pero… no con los sentimientos del joven que he mencionado antes.

—¿Qué quiere decir con ello? Por favor, explíquese claramente.

Belle Adrian le miró un instante y prosiguió:

—Pues eso… algo propio del sexo. El modo de ser y de proceder de Arthur Cushing. Por aquí corren varias historias y rumores acerca de él, y todo el mundo las sabe. Es lo que se dice un lobo conquistador, cree que porque tiene dinero todo le será permitido, es decir, le estaba… Que podía coger lo que quisiera y lo hacía sin escrúpulos o bien…

—Señora, está usted hablando de los varones desde el punto de vista de una madre con hija casadera, y los hombres, más o menos…

—Por favor, señor Mason, que está usted equivocado. Mi concepto de la vida es harto liberal, no soy mojigata y comprendo que la vida con frecuencia no transcurre conforme a la teoría, pero Arthur Cushing… era una bestia.

—Mas a pesar de ello usted dejaba que acompañara a su hija.

—No es eso, señor Mason… No sé cómo explicarme… me está turbando tanto, que no sé qué decir…

—Se aturulla usted misma, señora —advirtió Mason.

—Es que usted no se imagina lo que significa ser madre y ver cómo crecen los hijos… mi hija. Estás pendiente de ellos vigilándolos con todo cuidado durante su desarrollo y de pronto… alcanzan la madurez del entendimiento o por lo menos así lo creen… y una ya no se atreve con ellos; si lo haces, se te partirá el corazón y destrozarás el de ellos o bien los impulsarás a que te muestren su independencia sin ambages.

»Sin embargo, hay cosas que las han de aprender por sí mismos, tienen que seguir su propia vida, creársela. Las jóvenes han de cesar de ser niñas y por ley natural, se convierten en mujeres. Si durante este período de transformación se sienten vigiladas, creen que son espiadas. No toleran preguntas, ni advertencias… rechazan todo cuanto denominan entrometimiento. A poco que una madre se descuide, de bueno no hará mucho, pero puede causar mucho daño, porque es harto fácil que se quiebren las buenas relaciones entre la madre y la hija, incluso puede ocurrir que desaparezca la afección. Perdurará el respeto, pero habrá muerto el amor.

—Señora, se explica usted muy bien, pero le recuerdo que antes me ha dicho que tenía poco tiempo —advirtió de nuevo el abogado.

—Celebro que me entienda, pero estoy segura que jamás me

comprenderá… a menos que no sea una madre…

—Desde luego le doy toda la razón —concedió Mason, pero con cierta impaciencia, prosiguió—: Yo, jamás seré madre. Y ahora, veamos. ¿Qué ha sucedido?

—Carlotta ya conocía la reputación de Arthur Cushing y si bien no dudo de que más de una vez se insinuó, ella jamás le concedió ni la menor ventaja —explicó la señora Adrian, acentuando sus palabras—. Pero, lo que ocurre con todas las chicas o casi todas: gustan de estar a la defensiva, sin pensar que esto, para ciertos hombres, es dinamita pura.

»Fue en la última excursión de esquí donde Carlotta debió comprender que no podía continuar la amistad, que habría terminado de no sobrevenir el accidente.

—Oí o leí que Cushing se había roto un tobillo —comentó Mason.

—Así fue. Le fue enyesado. Podía andar por casa con la ayuda de unas muletas o bien iba de un lado para otro en una silla de ruedas. Pero en aquella última excursión de esquí filmaron algunas películas antes del accidente. Arthur las envió a revelar y para proyectarlas, invitó a Carlotta a cenar anoche.

—¿Qué dijo usted a ello? —preguntó Mason.

—Le aseguro que fue uno de los peores momentos de mi vida, pero me abstuve de hacer ni el menor comentario. Me esforcé en comportarme de forma natural, a pesar de que preveía lo que ocurrió.

—¿Qué pasó?

—Arthur se comportó correctamente hasta que terminaron de cenar y la sirvienta se hubo despedido. Entonces se tornó… digamos, insistente y cuando no consiguió lo que quería, pues… actuó conforme a su reputación.

—¿Qué fue?

—No sé los detalles con exactitud, señor Mason. No me he atrevido a preguntárselo a Carlotta, pero quizá con usted sea más explícita. Sé que regresó a casa, que alguna de las prendas que vestía estaban rasgadas, que se mostraba irritada. Lo más probable es que le pegara… fuerte…

—Prosiga —requirió Mason.

—Gracias a Dios, entre ambas reina una buena relación y armonía. Me contó lo que le había ocurrido y procuramos tomarlo por el lado bueno, mencionando lo de la Caperucita Roja y el Lobo Feroz. Luego nos fuimos a la cama. Pero comprendiendo que Carlotta estaba disgustada, me acosté con ella.

El entrecejo de Mason se frunció ligeramente.

—Hacia las dos de la madrugada me despertó un grito de mujer. Me levanté de la cama e intenté precisar desde dónde había venido aquel alarido. Tenía la impresión de que había sido por la dirección en que se halla la casa de los Cushing. Allí, las luces estaban encendidas.

—¿Y Carlotta?

—Durmiendo el mejor de los sueños. Cuando nos acostamos estaba muy nerviosa, pero luego se tranquilizó y durmióse como un tronco. Cuando oí aquel grito opté por no despertarla, y con mayor motivo cuando me acosté otra vez y me dormí de nuevo al poco rato.

—Mas no debió ser por mucho tiempo, porque el venir aquí significa que… —observó Mason.

Pero su interlocutora no le dejó acabar la frase, porque interrumpiéndole, preguntó:

—¿Conoce a Sam Burris?

Mason movió la cabeza en sentido negativo.

—Sam Burris era el propietario de casi todo el terreno que se extiende por la orilla noroeste del lago. Es agricultor, creo que ha nacido en el país…

—¿Y qué tiene que ver con todo esto?

—Al señor Burris le despertó también aquel grito de mujer, pero él oyó, además, una rotura de cristales y la detonación de un disparo. Salió para ver qué ocurría, llegó a la casa de los Cushing y halló a Arthur muerto en su silla de ruedas.

—¿Asesinado?

La señora Adrian asintió con un gesto de la cabeza y diciendo:

—Al parecer de un disparo de revólver al pecho. Fue a avisar al sheriff y luego vino a contármelo.

Volvió a fruncirse el entrecejo de Mason, mientras observaba:

—¿A hora tan temprana?

—Eso es. Apenas amanecía.

—Pero… ¿por qué?

—¿No lo comprende? Sabía que Carlotta cenaba con Arthur Cushing. La sirvienta la conoce. El sheriff está investigando lo ocurrido y de un momento a otro interrogará a Carlotta. Y Sam Burris sabe qué tipo tan corrompido es, mejor dicho era, Arthur Cushing.

—Entonces, lo mejor es que Carlotta cuente al sheriff lo que sucedió —observó Mason.

—Parece que no capta la situación, señor Mason. Hay que manejar esto… con tacto sumo. Estas cosas siempre dan pie a una gran publicidad. Si el amigo de Carlotta, el joven que antes he mencionado, se entera por la prensa…

Mason sacudió la cabeza con cierta impaciencia y dijo:

—Vea, señora, yo no puedo impedir que una cosa así se publique.

—Creía que si un abogado protegía nuestros intereses…

El abogado la atajó:

—De todo cuanto usted me ha contado, he sacado la conclusión de que no hay el menor indicio comprometedor para su hija. Nada tiene que ver con ese homicidio.

—Claro que no.

—En consecuencia —prosiguió Mason— no veo la razón por la que yo haya de intervenir. Le aconsejo, y es lo mejor que puede hacer su hija, contarle sencillamente al sheriff la pura verdad. Y le advierto que cualquier intento de ocultar la verdad puede ocasionarle situaciones muy embarazosas.

—Sí, lo comprendo —respondió la señora Adrian, levantándose.

Mason, mirándola fijamente, prosiguió:

—Veamos… ¿Me lo ha dicho todo? ¿Me ha contado la verdad?

—Claro, desde luego.

—Entonces cabe deducir que ocurrió lo siguiente: Arthur Cushing, irritado consigo mismo por no haber logrado una conquista que suponía fácil respecto a la hija de usted, telefoneó a alguna otra fémina que debía conocer mejor o que por lo menos la suponía, digámoslo así, más condescendiente. La declaración de usted y de su hija coincidirán en afirmar que ésta estaba en casa y

el testimonio de Sam Burris determinará la hora en que tuvo lugar el homicidio. Además, usted puede corroborar la declaración de Sam. Eso es todo.

—Tal como lo expone es harto sencillo, pero me temo que el sheriff de aquí no sea muy capaz. Hasta hace pocos años estos lugares sólo conocían la vida rural y…

—Vamos, no se detenga. Dígame qué es lo que la preocupa.

—Creía que usted sabría presentar lo sucedido en forma razonada. A mi entender lo primero que hemos de conseguir es saber quién era la otra mujer que gritó, la que hizo el disparo.

—El mero hecho de que una mujer, suponemos una muchacha, gritara, no significa que fuese también la que disparó —apuntó Mason.

—Le comprendo. Entiendo su lógica legal. Convengo en que no «prueba» que ella lo matara, pero una vez identificada, se convertiría en la persona más sospechosa. El sheriff comenzaría a actuar basándose en este supuesto, los periódicos se ocuparían de ella y quizá de Carlotta ni se mencionara su nombre.

Mason asintió en silencio y su interlocutora prosiguió:

—Tenía entendido que usted sabía cómo hay que proceder en estos casos y me dije que… quizás usted podría iniciar una investigación en este sentido…

Con gesto que indicaba duda, Mason expuso su opinión diciendo:

—Mucho me temo de que el sheriff no estaría muy contento con mi intervención para esclarecer lo ocurrido en este asesinato. Además, soy un abogado, no un detective, y a mayor abundancia y contra mis mejores deseos, casi siempre estoy en desacuerdo con la policía.

—Temo que no se haya dado cuenta de la reputación que ha conseguido como «abogado» y como «detective», señor Mason —comentó la señora Adrian.

—Por lo que al segundo calificado atañe, la verdad es que para las investigaciones pertinentes a los casos en que intervengo, encargo las gestiones necesarias a la agencia de detectives Drake. Paul Drake es persona muy eficiente y entendida. Podríamos telefonearle para que enviara a alguien. Pero incluso viniendo en

avión transcurrirían algunas horas hasta que llegara su gente y comenzara a trabajar.

—¡Pero hoy es domingo! —exclamó la señora Adrian angustiada —. ¿No lo comprende? Si hasta la noche consiguiéramos identificar o hallar a esa mujer que gritó en la noche… todavía no sería demasiado tarde…

—Otra cosa. ¿Qué es lo que dirá Carlotta? —preguntó Mason de pronto.

—La verdad —contestó su madre.

—Siempre será una ayuda —respondió Mason, y después de titubear unos instantes, se dirigió al teléfono mientras le decía a la señora Adrian—. Póngase cómoda. Ahí, junto a usted hay algunas revistas.

—Gracias, pero no puedo leer ahora. Los nervios se me están comiendo.

Mason pidió comunicación a la central con el número particular de Paul Drake, que no estaba reseñado en la guía telefónica.

Sosteniendo el aparato contra su oído, preguntó a la señora mientras esperaba la comunicación:

—¿Sabe su hija que usted ha venido a verme?

Belle Adrian asintió en silencio.

—Pues quizá no sea lo mejor —observó Mason.

—¿Por qué?

—Vayamos a suponer que el sheriff pregunta a Carlotta qué es lo que ocurrió anoche en casa de los Cushing y dónde se hallaba ella cuando Arthur fue asesinado. Ella contestará que estaba acostada; que usted puede testimoniarlo. Inmediatamente le preguntará por usted y entonces, es lógico, Carlotta responderá que ha venido a verme…

—Así es —le interrumpió y prosiguió—. Es lo que quería darle a entender, explicarle el porqué tenía tanta prisa. Tengo que regresar a casa antes de que llegue el sheriff. No quiero que se entere de que he venido a verle a usted.

—Pues váyase inmediatamente. Creo que me ha puesto al corriente de lo sucedido y de sus circunstancias, por lo tanto… ¡Un momento!

Con el teléfono en la mano, saludó diciendo:

—¡Hola, Paul! ¿Cómo…? No, todavía estoy en estos montes. Sí, claro… es lo que se dice por ahí, descansando… Paul, tengo un encargo para usted… Sí, ya supongo que Della viene para acá. Debe llegar esta mañana… Oiga, Paul, envíeme algunos de sus hombres… Que vengan en avión… Alquile uno, eso es. Si le fuera posible, venga usted también. Necesito con toda urgencia gente bien preparada. Se trata de un asesinato, y he de averiguar la verdad de lo ocurrido antes que el sheriff… una ayuda que prestaremos a la autoridad. Pero ésta no ha solicitado mi cooperación e incluso seguramente que no la desea. Por lo tanto, hay que proceder con mucha cautela… ¿Podrá venir usted?

Mason asintió con gesto de satisfacción y prosiguió:

—Telefonee inmediatamente al aeropuerto para que le preparen un avión. Aquí el tiempo es espléndido y la visibilidad perfecta. Frío pero claro. Ni una nube en las montañas. Con una hora de vuelo pueden llegar. Convendría que su gente estuviera en el aeropuerto dentro de media hora, digamos cuarenta y cinco minutos. ¿Cómo? ¿El desayuno? ¡Vamos, hombre, déjelo de lado, que hay trabajo! Entendido… Les espero…

Colgó el aparato y dijo a la señora Adrian:

—Bien. Creo que esto es todo cuanto podemos hacer por ahora. Regrese a su casa y…

Se interrumpió bruscamente e inclinó la cabeza ligeramente, prestando oído. Fue hasta la persiana que cubría la ventana y mirando por entre las tablillas unos instantes, exclamó en voz baja:

—¡Malo! Lo siento, pero al principio no me hice cargo de lo urgente del asunto. No supe apreciarlo. He perdido demasiado tiempo pidiendo explicaciones y aclaraciones.

—¿Qué quiere decir?

—Acaba de llegar el coche del sheriff… ahora se apea con tres ayudantes y vienen hacia acá. Su aire no augura nada bueno…

Sus palabras fueron interrumpidas por unos golpes autoritarios dados contra la puerta.

El rostro de Belle Adrian palideció hasta en los labios.

Capítulo 6

No cabía duda de que el hombre que apareció en la puerta se sentía incómodo, mas su continente decía claramente que era persona determinada, cauto en sus apreciaciones, pero que nunca se volvía atrás una vez había tomado una decisión.

A su espalda se alineaban los tres ayudantes, en actitud que demostraba que estaban a sus órdenes.

—Usted es el señor Mason. Perry Mason, el famoso abogado. Soy Bert Elmore, el sheriff de este condado. Tengo sumo placer en saludarle. Supongo que usted jamás habrá oído hablar de mí, pero yo, en cambio, he oído y leído mucho acerca de usted.

Éste fue el saludo del sheriff mientras tendía la mano a Mason, que se la estrechó efusivamente mientras respondía:

—Ya le he visto llegar, sheriff, y creo que estoy muy satisfecho de conocerle. ¿Puedo servirle en algo?

—Desearíamos entrar.

—Lo siento, pero en este momento estoy muy ocupado.

—Me parece que lo que ocupa su tiempo, es lo que me ha traído hasta aquí —observó el sheriff.

Mason alzó las cejas con gesto interrogante.

—Sí —afirmó el sheriff y preguntó—. ¿Está aquí la señora Adrian?

El abogado asintió con un gesto.

—Pues deseo hacerle unas preguntas.

Sonriendo, Mason advirtió:

—Es el caso de que la señora Adrian y yo estamos tratando de cierto asunto y desearíamos terminar nuestra conversación sin ser interrumpidos. No obstante —se apresuró a añadir, viendo cómo el sheriff apretaba los labios y endurecía la mirada—, me satisfará que

usted le haga las preguntas esas, pero en el bien entendido, sheriff, de que yo en cualquier momento que lo juzgue oportuno, en el curso de sus preguntas, podré terminar con ella la conversación que ahora sosteníamos… ¿Estos señores?

—Son mis ayudantes —respondió el sheriff.

—Pues pasen ustedes, pasen, por favor —les invitó Mason cordialmente, y con amplio ademán, prosiguió—: Siéntense donde les plazca, que sillas y sillones los hay de sobra.

Los cuatro entraron al unísono en la estancia. El sheriff, un hombre robusto que frisaba los cincuenta años, se quitó el sombrero de ala ancha con que se cubría y saludó a la señora Adrian, diciendo:

—Buenos días, señora Adrian.

—Buenos días tenga usted, sheriff —correspondió la aludida.

El sheriff se acercó una silla y tomó asiento. Sus ayudantes se alinearon junto a la pared, al fondo de la estancia.

Mason les preguntó:

—¿Pero no se sientan ustedes?

—Gracias, pero ya estamos bien así —contestó uno de ellos intentando disimular su contrariedad, apoyándose ora en un pie ora en otro—. Pero… para levantarse inmediatamente, no vale la pena.

El sheriff pareció pasar por alto aquel comentario, pero no apartaba la vista del rostro de la señora Adrian. Por fin, con palabra lenta, dijo:

—Señora, siento tener que hacerle algunas preguntas y no dudo que comprenderá que no me agrada hacerlas. Pero usted sabe bien de qué se trata.

La señora Adrian asintió con los labios apretados.

—Hemos estado en su casa —explicó el sheriff— y su hija, la señorita Carlotta, nos ha dicho que esta mañana a primera hora, Sam Burris fue a su casa y les contó lo que había sucedido anoche, mejor dicho, esta madrugada.

La señora Adrian asintió de nuevo.

—No debía de haberlo hecho —añadió el sheriff.

—¿Y por qué no? —preguntó ella.

—Verá… es que… deseábamos hablar con usted en primer lugar.

—¿Y por cuál razón no debía Sam Burris comunicamos como a vecinos lo que había sucedido?

—Bien, es igual. A lo mejor, peco. No merece la pena discutir. Quería preguntarle algo concerniente a la señorita Carlotta.

—Pregunte usted.

—Nos dijo que usted había venido aquí, pero al principio parecía que no quería decirlo. ¿Por qué razón no quería usted que supiéramos que estaba aquí? —preguntó el sheriff.

—Ninguna.

—Pues es muy raro.

Con una ligera sonrisa la señora Adrian comentó:

—Sin duda, quizás, por el hecho de que Carlotta se encontró en una situación harto extraña y, digamos, comprometida. Anoche cenó con Arthur Cushing, como usted ya debe saber.

—Desde luego —admitió el sheriff y prosiguió—. Cenó allí, y la sirvienta, después de haber lavado la vajilla, se fue a su casa poco después de las diez. Dejó a Arthur Cushing y a su hija mirando unas películas en el salón.

La señora Adrian asintió de nuevo, en silencio.

—¿A qué hora regresó su hija?

—No lo sé exactamente. Pero fue alrededor de las once.

El sheriff asintió lentamente, pero sin apartar la mirada de sus ojos grisáceos del rostro de su interlocutora.

—¿A qué hora ocurrió el asesinato, sheriff? —preguntó Mason.

El interpelado ignoró la pregunta, como si no la hubiese oído. Mirando fijamente a la señora Adrian, preguntó a su vez.

—¿Salió de nuevo su hija luego de haber llegado a casa después de dejar el coche?

—Claro que no.

—¿Salió usted, acaso?

—Vine aquí…

—¿Ha sido ésta la única vez que ha salido usted de su casa?

—Así es.

—¿No fue usted a la casa de los Cushing?

—Ciertamente que no.

—¿Tampoco su hija?

—Ella fue allí. A cenar y…

—Quiero decir que si volvió a la casa de los Cushing después de haber regresado a su casa.

—No salió de nuevo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me acosté con ella y tengo el sueño algo ligero. Además, ¿por qué razón tenía que haber ido otra vez allá?

—No lo sé. Por eso se lo pregunto.

—Pues ya he contestado.

—Está bien. Tengo entendido, según he averiguado, que su hija mientras estuvo en casa de los Cushing tuvo cierto incidente, un poco serio, con el señor Cushing.

—Esto cabe interpretarlo según el parecer particular. Mi hija es una señorita decente y Arthur no se distinguía por su caballerosidad, precisamente.

—Lo que deseo saber —prosiguió el sheriff— es si lanzó un espejo contra Cushing.

—¿Que si le tiró un espejo a Cushing? —preguntó la señora Adrian asombrada.

—Eso es.

—Nada de eso. Sencillamente lo abofeteó.

—¿Está segura de que no arrojó un espejo contra él?

—Con seguridad absoluta. Él se tornó grosero, eso fue todo.

—Pues cuando llegamos allí —dijo el sheriff— hallamos un espejo hecho trizas. Era evidente que alguien lo había arrojado contra el marco de la ventana o por lo menos había chocado contra él. Los vidrios de la ventana están rotos y sus añicos esparcidos por el suelo del patio y del salón.

La señora Adrian guardó silencio.

—¿Usted no sabe nada de esto? —le preguntó el sheriff.

—En absoluto.

—¿Su hija tampoco le dijo nada?

—Así es. Carlotta no es de las personas que acostumbran arrojar cosas. Mi hija siempre será una señora, incluso en las circunstancias más enojosas. Como ya le he dicho, lo abofeteó y se vino a casa.

—¿Y lo del pinchazo? ¿Cómo fue?

—Ahora se lo explicaré —respondió la señora Adrian.

Pero Mason intervino, diciendo:

—Un momento, por favor. Creo que el sheriff desea decir algo referente al pinchazo ese.

—No en este momento —advirtió el sheriff—. Desearía que la señora Adrian lo explicara a su manera.

—Opino que juega usted, permítame expresarme así, con cierta ventaja, sheriff. ¿Por qué no le dice a la señora Adrian qué es lo que quiere saber o bien averiguar?

Volviéndose lentamente hacia Mason, el interpelado contestó:

—Quiero precisar hechos.

—Conforme. Mas es evidente que usted sabe ciertas circunstancias o hechos como dice, que la señora Adrian ignora.

—Desde luego —admitió el sheriff—. Creemos que sabemos algunas circunstancias relacionadas con el homicidio que es muy lógico y natural que las ignore la señora Adrian.

Aquel hablar tan cuidado y atildado del sheriff impulsó a Mason a lanzar a la señora Adrian una mirada de advertencia.

—Nada tengo que ocultar —dijo la señora Adrian, dirigiéndose por un igual al sheriff como al abogado—. Lo que me contó mi hija me disgustó sumamente. Me dijo que aquello posiblemente traería complicaciones.

—¿Por qué?

—Teníamos cierta amistad con los Cushing, relaciones… Son una familia preeminente y por lo que me concierne, considero al señor Cushing, padre, como un caballero muy distinguido. Pero su hijo era, o por lo menos tenía la fama de ser un sinvergüenza. Podría pasar por alto ciertas insinuaciones… indecorosas, pero el que intentara forzarla…

—¿Que intentó forzarla?

—Regresó con la blusa desgarrada.

—Prosiga —dijo el sheriff.

—Comprendí que era algo que no podía olvidar cuando le viera de nuevo. No sabía si debería ignorarlo o bien pedirle explicaciones. Estaba fuera de mí. No podía conciliar el sueño. Por fin me dije que lo mejor era ignorarlo cuando le viera de nuevo, mantenerlo a distancia. Hacerle comprender que sabía lo que había ocurrido.

—¿Y cuándo lo vio de nuevo? —preguntó el sheriff.

La interpelada lo miró con gesto de sorpresa:

—¿Verlo? ¡Pero si no lo he visto! —exclamó y prosiguió—. La primera noticia que tuve luego de él fue cuando Sam Burris me dijo que…

—¿Está usted segura que fue entonces cuando supo por vez primera lo que había acontecido?

—Así es, y por favor, no me interrumpa, sheriff. Permita que me explique a mi manera.

—Bien, bien, prosiga usted.

Mason intervino de nuevo advirtiendo:

—Opino, señora, que le convendría…

—Gracias, señor Mason. Pero sé perfectamente de qué estoy hablando y creo adivinar lo que piensa el sheriff Elmore. Deseo que las cosas queden claras.

»Pues bien, hacia las dos y cuarto de la madrugada oí algo muy significativo.

»Me levanté de la cama con mucho cuidado para no despertar a Carlotta y de puntillas me asomé a la ventana. Vi luces en la casa de los Cushing. No vi a nadie en ella, como tampoco oí ningún ruido. Hacía mucho frío y en consecuencia me acosté de nuevo.

—¿Su hija estaba con usted?

—Dormía tranquilamente.

—Todo cuanto me ha dicho, parece formar un cuadro completo. Sólo —observó el sheriff, frotándose la barbilla ligeramente— que no encaja con las evidencias.

—Esto será porque su interpretación es errónea —afirmó la señora Adrian.

—Es que todo está resultando un poco complicado, señora. Comprenda que pesan sobre mí muchas responsabilidades, y algunas de ellas son harto desagradables. Dígame, por favor…, ¿por qué creyó tan necesario venir aquí sin pérdida de un instante?

—Se lo diré inmediatamente. Voy a exponer todas mis cartas sobre la mesa —contestó la señora Adrian con palabra terminante —. Mi hija fue anoche a cenar con Arthur Cushing y aquel grito que oí demostraba que luego hubo allí otra mujer. En consecuencia, necesitaba desesperadamente averiguar quién era, antes de que mi hija se viera envuelta en este escándalo.

—Desde luego, esto lo comprendo perfectamente —admitió el

sheriff.

—Lo celebro. Ésta fue la razón que me ha impulsado a acudir al señor Mason, rogándole que empleara detectives de su confianza para que le ayuden a aclarar este asunto.

—Agradezco de veras este ofrecimiento, señora Adrian, y crea que se lo digo de corazón, porque el caso se presenta harto intrincado.

—Pues ya sabe toda la verdad en lo que concierne a mi proceder. El señor Mason puede atestiguarlo —afirmó su interlocutora sin poder reprimir una ligera nota de satisfacción en sus palabras.

Mason creyó oportuno corroborar la declaración de ella diciéndole al sheriff:

—Para su buen conocimiento, sheriff, puedo decirle que a petición de la señora Adrian he solicitado por teléfono de la agencia de detectives Drake que envíen algunos de sus hombres. El señor Drake en persona viene con ellos. Han tomado un avión y tan pronto lleguen se pondrán a sus órdenes.

—Desde luego y lo repito, agradezco todo cuanto han hecho, pero no creo que pueda emplear al señor Drake ni a su gente —observó el sheriff.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó Mason.

—Porque tengo ciertas obligaciones inherentes al cargo que ostento con respecto a los contribuyentes.

—Pero convendrá conmigo en que usted no se considera infalible. Usted mismo acaba de decir hace un instante que…

—Un momento por favor —le interrumpió el sheriff y prosiguió —: Quiero evitar malentendidos. Bien venidas sean todas las ayudas, pero a mi manera. Si el señor Drake desea venir aquí a investigar, será bien recibido, y si lo que halle o averigua me lo comunica inmediatamente, mejor que mejor. Pero por mi parte no puedo otorgarle la consideración y autoridad de ayudante del sheriff, es decir, copartícipe de mi confianza.

—Claro que no, sheriff. Esto queda fuera de toda discusión. La misión que encargaremos al señor Drake es la de establecer la identidad de la mujer que gritó esta madrugada, al parecer, en el lugar del homicidio, y tan pronto lo consiga, se lo comunicará a

usted.

El sheriff miró unos instantes a Perry Mason por debajo de sus pobladas cejas y comentó lentamente:

—Y al mismo tiempo lo comunicará a los periódicos, ¿no es así?

—Exactamente. Eso es.

—Sí, claro… lo comprendo, pero me gustaría ser el primero en conseguir esa identificación y reservármela por algún tiempo, poco… —respondió el sheriff.

Mason guardó silencio.

El sheriff, dirigiéndose de nuevo a la señora Adrian, dijo:

—Bien sabe usted, señora, que sentimos mucha simpatía por usted y su hija Carlotta. Son de las personas que nos gusta ver por aquí.

—Muchas gracias.

—Por esta razón no deseo que usted continúe en el limbo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vea… No sé si tiene mucha o poca experiencia en seguir pistas y hallar huellas o rastros en el monte, pero creo que debo informarle que cuando comienza a helar, es decir a formarse escarcha, muchas cosas saltan a la vista.

»Por ejemplo, anoche, según hemos comprobado, no comenzó a helar hasta medianoche, pero entonces la escarcha se formó rápidamente. En la atmósfera, quiero decir en el aire, había mucha humedad y bien sabido es que cuando hiela, esta humedad cae rápidamente al suelo. Quizás el señor Mason sepa más que yo acerca de este fenómeno, pero lo cierto es que cuando hiela se extiende una capa de blanca escarcha por encima de todo cuanto se halla en el suelo.

—¿Y bien? —preguntó su interlocutora.

—Pues eso… —añadió el sheriff con cierta vacilación—. Cuando al amanecer hubo luz suficiente, pudimos ver, porque estaban muy claras, las pisadas de unos zapatos de mujer que partiendo desde su casa conducían a la casa de los Cushing y luego regresaban a casa de usted.

El rostro de la señora Adrian mostró la consternación que, de pronto, la había sobrecogido.

El sheriff prosiguió:

—Estoy decidido a decírselo todo, señora Adrian. Hallamos también su coche con el pinchazo en el neumático, tal como nos lo ha descrito su hija, a unos ciento cincuenta metros o doscientos de su casa. Allí fue donde lo dejó y continuó andando.

La señora Adrian callaba.

Tras una pausa, su interlocutor continuó:

—Sacamos el neumático para determinar qué es lo que había causado el pinchazo. Hallamos incrustado un trozo de vidrio.

—¿Qué quiere decir con eso? —exclamó la señora Adrian—. Un trozo de vidrio es… eso, un trozo de vidrio. Me atrevo a afirmar que centenares de miles de neumáticos han sufrido deterioro semejante…

—Un momento, por favor —le interrumpió el sheriff, y sacando de un bolsillo un trozo de vidrio se lo mostró, prosiguiendo—: Puede examinarlo, señora Adrian. Mire, es un trozo de vidrio de más de medio centímetro de grueso y está azogado por el dorso. Sencillamente, es un trozo del espejo antiguo que se hizo añicos al ser arrojado en la casa de los Cushing. Fue a chocar contra el marco de la ventana. Algunos trozos cayeron sobre el suelo del patio y otros se esparcieron por el suelo del salón. Por lo tanto, cabe afirmar que este trozo no pudo causar el pinchazo a menos de que el coche partiera «luego» de que fuera arrojado el espejo.

»Usted afirma que su hija regresó antes de la medianoche. Hay una serie de huellas de zapatos femeninos que conducen desde el coche de su hija hasta la casa de los Cushing, luego regresan al coche aparcado y desde allí siguen hasta la casa de usted. Si esta serie de huellas significan algo, demuestran que su hija regresó a la casa de los Cushing después de producirse el pinchazo, luego volvió al coche y desde allí se encaminó a su casa.

»Señora, ya ve que yo también he puesto mis cartas sobre la mesa. Éstos son los hechos evidentes y ahora deseo las explicaciones, las de usted. No hago, no formulo acusación alguna… todavía. Lo único que he hecho ha sido exponer tal como está la situación. Ahora, dígame qué piensa hacer.

Mason se interpuso diciendo:

—Creo que en vista de que la señora Adrian está tan trastornada y nerviosa, será mejor posponer esta conversación. Opino que ya le

ha dado toda cuanta ayuda podía proporcionarle.

El sheriff Elmore advirtió:

—Señor Mason, afirmo de nuevo que consideramos a ambas señoras como de las mejores personas que hemos conocido por aquí y no deseo de ninguna manera que se vean envueltas en un conflicto. Pero las cosas son como son. ¿He de entender que le aconseja que no conteste a mis preguntas?

Mason, sosteniendo la mirada del sheriff, contestó:

—No es eso.

—Pues así lo parece.

—No le aconsejo que no conteste. Le pido a usted que no se las haga.

El sheriff se frotó de nuevo la barbilla, mientras decía:

—Desde luego supongo que usted no ha conseguido la reputación de que goza…

Se interrumpió al oír uno pasos precipitados, como de alguien que corriera hacia el porche, y que terminaron con unos golpes de nudillos a la puerta, que se abrió casi en seguida, antes de que Mason hubiese dado unos pasos en aquella dirección. Un individuo con muestras de excitación mostraba en alto un revólver. Había introducido un lápiz por el cañón y lo sostenía así para no sujetarlo por la culata.

—¡Lo encontré, sheriff! —gritó en cuanto vio al representante de la autoridad—. Lo hallé y lo he recogido tal como usted me dijo. No lo he tocado, para no confundir las huellas dactilares. Introduje el lápiz por el cañón y así lo he traído.

»No cabe duda de que es el revólver que buscamos. Es del calibre 38. Lo hallé entre unos matorrales, a unos diez metros del coche aparcado. Parece como si alguien lo hubiese tirado al salir del coche…

—Un momento… —le interrumpió el sheriff y seguidamente ordenó con cierta impaciencia—: Salga afuera con el revólver, sosténgalo tal como lo ha hecho hasta ahora, inmediatamente saldré…

—Desde luego que lo hará, sheriff —cortó Mason con tono que no admitía réplica—. La señora Adrian está demasiado aturdida para continuar esta conversación.

—Creo —protestó el sheriff— que sería para ella mejor que se…

—¡Yo no lo creo así! —estalló Mason.

—Le comprendo —admitió el sheriff, mas arguyó—: Pero la ley tiene prioridad siempre, señor Mason, y usted lo sabe muy bien, como abogado.

—Claro que lo sé. Si quiere detenerla, hágalo. Pero iré con usted y le exhortaré a que la presente al magistrado más próximo que determinará la fianza…

—No hay fianza en el asesinato.

—¿La acusa acaso de ello? —preguntó Mason.

—No, mientras no me obligue.

—¡Pues bien, hágalo!

El sheriff lo miró un instante, mientras sus tres ayudantes avanzaban un paso hacia Mason. Pero Elmore con un gesto les indicó que retrocedieran al mismo tiempo que decía:

—Dejadlo, muchachos, dejadlo. Esta nueva prueba indica que fue la mujer que conducía el coche quien disparó. Bien, iremos a entrevistamos de nuevo con la señorita Carlotta.

Al oír aquellas palabras, la señora Adrian se levantó de un salto con ademán de abalanzarse hacia la puerta. Perry Mason la detuvo por el brazo diciéndole:

—Un momento. No se precipite, siéntese, señora Adrian.

—Usted permanecerá aquí —le ordenó el sheriff.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? —protestó ella—. ¡Tengo el derecho de ir allá donde me plazca…!

—Ya le he explicado, por lo menos media docena de veces, que intento evitarle que se vea complicada en este asunto. Ahora lo que usted pretende es ir corriendo a avisar a su hija y esto es lo peor de todo cuanto pueda hacer, porque dará a entender que usted cree que es culpable de lo que ha ocurrido. Señora Adrian, ¿por qué no me ayuda? Repito que he puesto todas mis cartas sobre la mesa. Si usted puede darme una explicación lógica, hágalo ahora, inmediatamente.

Mason volvió a intervenir, diciendo:

—Creo que usted tiene toda la razón, sheriff, y que su proceder no ha podido ser más cortés; como también estoy seguro de que la señora Adrian podrá explicarlo todo a su debido tiempo.

—¡Es ahora cuando debe explicarse! —exclamó el sheriff.

Mason sacudió la cabeza lentamente en sentido negativo y diciendo al mismo tiempo:

—Nada de eso, sheriff. La señora Adrian ahora está demasiado aturdida. Sólo dirá incoherencias.

—Pues francamente, nadie lo diría. En fin, da lo mismo. Voy a entrevistarme de nuevo con la señorita Carlotta.

Esbozó un ademán de despedida, llamó con un gesto a sus ayudantes y salieron de la casa.

Belle Adrian se apretó las manos, una contra otra, hasta mostrar el blanco de los nudillos.

Mason aguardó a que se cerrara la puerta y tomando el teléfono, preguntó con voz tranquila:

—¿Cuál es el número de su teléfono, señora Adrian?

—¿El número? ¡Ah, sí! ¡Dos, cuatro, ocho! —contestó la interpelada, y añadió con acento desconsolado—: ¡Dios mío…! ¡Fue Carlotta quien lo mató…!

El abogado dio el número a la central y unos instantes más tarde hablaba con la casa de los Adrian:

—¿Es Carlotta? Aquí Perry Mason, el abogado. Oiga, el sheriff quiere hablar de nuevo con usted. Va para ahí. Lleva consigo el revólver que han encontrado a unos diez metros del lugar donde usted dejó el coche. Escuche, que no tengo tiempo para perder discutiendo… Al sheriff dígale sencillamente que se niega a hablar hasta que haya consultado con su abogado… que sospecha que alguien quiere atribuirle un asesinato y que usted no quiere decir ni una palabra hasta que no sepa con todo detalle de lo que se trata. No hable, sea lo que sea lo que digan, aunque la amenacen, digan lo que digan, niéguese a hablar… No puedo decir más, Carlotta. Su madre está aquí conmigo y le envía sus saludos. Hasta luego.

Sin más circunloquios, Perry Mason colgó el teléfono y, volviéndose hacia la señora Adrian, le dijo:

—Ahora, sin ambages ni expresiones rebuscadas, dígame cuándo fue a la casa de los Cushing y el porqué.

Mirándole fijamente, ella respondió con voz firme:

—No sé quién fue allí, yo no fui, Carlotta tampoco. Quizá sí que hayan pisadas en la escarcha, mas luego se formó más escarcha

sobre ellas y, por tanto, jamás podrán identificarlas, ni que las examinen durante mil años.

—Así, ¿no son suyas las huellas?

—No son mías, como tampoco son de Carlotta. Pero vayamos a otra cosa, señor Mason. Si ellos, quiero decir el sheriff y su gente, consiguen presentar evidencias determinantes contra Carlotta, quiero darle a mi hija una salida digamos airosa en lo posible. ¿Qué significaría el… estupro?

Con palabra precisa, Mason respondió:

—Esto significaría condena por asesinato, pero si su hija probara que defendía su honor, quizá fuera seguida de absolución o del perdón.

—Pero infamada para siempre —añadió la señora Adrian.

—Seguramente. O bien, ¿qué sentiría ella, quizá también, si alguien un día dijera señalándola: Ésta es la mujer cuya madre fue ejecutada por…? —preguntó advirtiendo Perry Mason.

—¡Cállese! —le gritó Belle Adrian.

—Sólo deseaba demostrarle que lo que usted considera como una «salida» no es tan sencilla y fácil como al parecer se imagina. Créame, señora Adrian, no lo es, sino que por el contrario es harto compleja.

Capítulo 7

Paul Drake, mostrando cansancio, algo de enojo y sin duda hambriento, se apeó del taxi, pagó al conductor y con paso lento remontó las escaleras que conducían al porche de la cabaña que ocupaba Mason.

El abogado abrió la puerta y lo saludó diciendo:

—¡Hola, Paul! ¡Veo que no ha perdido el tiempo!

—¿Perdido? ¡Qué va! ¡Si no he podido ni afeitarme! ¡Además, estoy rendido, casi muerto de hambre! ¿Qué hay donde hincar el diente y qué me dice de una navaja de afeitar?

—¿Dónde está su gente?

—En el pueblo. Desayunando en un restaurante. Les dije que ya les daría instrucciones por teléfono. Me he apresurado a venir para saber de qué se trata.

—Muy bien, hombre, pero que muy bien. ¿Afeitar? En el cuarto de baño hallará cuanto necesite.

—¿Pero qué es esto que corre tanta prisa?

—Aféitese primero y luego se lo contaré. ¿Qué desea para desayunar?

—Lo que haya, pero abundante.

—¿Huevos?

—Tres.

—¿Jamón?

—Media docena de lonjas.

—¿Tostadas?

—Creo que cuatro o cinco bastarán.

—¿Café?

—Un cubo.

—¿Jugo de fruta?

—Que no falte.

—Tendrá el desayuno preparado cuando haya terminado con sus lavatorios —aseguró Mason.

—¿Ha llegado Della Street? —preguntó Drake.

—Todavía no.

—Pues no tardará. Me dijo que saldría ayer por la noche. Que dormiría en cualquier lugar de la carretera y que llegaría aquí a primera hora.

—Es una buena chica. Me va a hacer falta.

—Me dijo también que usted se había venido para acá a descansar, pero —añadió con una mueca— que lo dudaba.

Sin más comentario agarró los utensilios de afeitar y entró en el cuarto de baño, mientras Mason ponía al fuego la cafetera, rompía unos huevos y los echaba a la sartén, colocaba rebanadas de pan en el tostador, el jamón se asaba a la parrilla y abría una lata de jugo de fruta.

Cuando Paul Drake terminaba de afeitarse, percibió el olor del desayuno. Se lavó el rostro con agua fría, se frotó las mejillas con loción y saliendo del cuarto de baño, exclamó:

—Caramba, esto por lo menos no huele mal.

—¿Cuándo estará dispuesta su gente? —preguntó Mason.

Paul Drake miró su reloj y respondió:

—Pongamos otros diez minutos. Caramba, la gente ha de comer de cuando en cuando.

—Lo que tenemos entre manos es muy urgente —advirtió Mason.

—Bien, dígame lo que necesita y pasaré las instrucciones pertinentes a mis chicos.

Mason, vertiendo grasa en la sartén, dijo:

—Llame por teléfono al restaurante donde los ha dejado. Que tomen papel y lápiz, que salgan a la calle y que anoten todos los números de matrícula que vean por la población. Quizá lo mejor será que cada uno trabaje en un sector. Tan pronto hayamos terminado ambos de desayunamos, les ayudaremos en la tarea.

—¿Con qué propósito? —preguntó Drake.

—Estoy trabajando a oscuras y necesito alguna luz. Preciso información, cuanta más, mejor. Y ésta pueden proporcionármela

las matrículas, cuantas más, también mejor.

—¿Números de matrículas de coches? —preguntó Drake de nuevo, luego de tragar un bocado—. Pero hombre, si va a tener miles. ¿No recuerda que hoy es domingo? Temporada de esquiar. El pueblo éste es un hervidero de coches. Tendrá tantos números de matrícula sobre la mesa como para pasarse meses enteros revisándolos.

—Esto es precisamente lo que quiero.

—Pero, ¿qué hará con ellos si no será capaz de estudiarlos ni aproximadamente?

—No se preocupe. Usted cuide de que me sean proporcionados.

—Bien, me ocuparé de ello. Ahora explíqueme qué ha ocurrido.

Mason con una espumadera y con habilidad suma extrajo los huevos de la sartén, los colocó en un plato calentado, retiró el jamón de las parrillas, lo puso junto a los huevos y el conjunto lo roció ligeramente con grasa derretida, diciendo al mismo tiempo, con una mueca:

—Vea, es algo parecido a esto.

—Desde luego, usted puede exponer enigmas y acertijos porque hace media hora que se desayunó lo suyo, y claro, ahora está ya dispuesto a devorar el almuerzo.

—No exagere —replicó Mason—. Desayuné hace media hora escasa y aderezado con el caso de homicidio más enrevesado que me he echado a la cara desde que tengo memoria.

—A ver. Dígame algo.

—Se trata de una madre y de su hija —explicó Mason y añadió —: Francamente, creo que la madre está convencida de que su hija mató al tipo asesinado.

—¿Qué opina usted?

—No lo sé, lo dudo. Si lo hizo, debo confesar que es una actriz muy buena.

—¿Que representa el papel de la chica inocente?

—Nada de eso. Es evidente que la hija a su vez está segura de que su madre cometió el homicidio. Por lo menos así se comporta.

—¿Cómo se presentan las circunstancias?

—Las evidencias, querrá usted decir. Pues muy malas. Ahora el sheriff ha pedido que le envíen a un experto en balística para que le

informe acerca del revólver que ha encontrado. Cinco cámaras cargadas y una vacía. Paul, podemos dar por seguro que hay noventa y nueve probabilidades de que se trata del arma fatal.

—¿Dónde hallaron el revólver ése?

—Casi junto al coche que conducía la hija, cuando partió del lugar del crimen.

—¿Puede probar que se hallaba allí cuando ocurrió el asesinato?

—Ciertamente.

—Pues me parece que se trata de algo que ya está sentenciado de antemano.

—Veamos —explicó Mason—. Pueden probar que ella estuvo en el lugar del crimen, pero no «cuándo» estuvo allí.

Paul Drake, sentado a la mesa de la cocina, comió algunos bocados en silencio, que interrumpió casi con la boca llena y preguntando de nuevo:

—¿Esa es la evidencia que relaciona a la hija con el homicidio?

—Pues… parte de ella.

—¡Caramba! ¡No me diga que todavía hay más!

Mason, con los labios apretados, asintió repetidamente en silencio.

—¿Y qué me dice de la madre? —quiso saber Drake—. ¿Qué relación tiene con el crimen?

—Huellas, montones de huellas en la escarcha. Rastros de huellas de sus zapatos o bien de los de su hija, que partiendo de su casa conducen al lugar del crimen o quizás, incluso, cuando se cometió el asesinato.

—¿Qué dice la hija?

—La madre ofrece una coartada a la hija, afirmando que a aquella hora dormía como una bendita. Pero, claro, esto deja en descubierto a la madre, porque su hija dormía. Esto es lo que explican cada una de ellas.

—Vamos, usted supone que si no fuera verdad, cada una de ambas justificaría a la otra.

—Es lo más probable, porque es de suponer que se hubieran dado cuenta de la importancia que tiene el que ambas puedan justificarse en lo que atañe al tiempo que ocurrió el asesinato. La madre ha declarado, sin lugar a dudas, que su hija se hallaba en

casa y parece que está dispuesta a soportar las consecuencias.

—Bien, pero… ¿estaba la hija en casa?

—Así lo afirma la madre y la hija lo confirma.

—¿No impresionaría esto a un jurado o bien ambas no causan buen efecto?

—Parecen buenas personas, decentes.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que le preocupa?

—Alguien salió de la casa cuando la escarcha formaba una capa blanca sobre el suelo, llegó al lugar del crimen y esta persona o bien otra, regresó. Además, el neumático pinchado demuestra que el coche partió «luego» del asesinato y alguien regresó a la casa en que se cometió el homicidio, volvió al coche y seguidamente se encaminó a la casa de los Adrian.

Drake llenó su taza de nuevo, agregó nata, echó unos terrones de azúcar, lo agitó todo y comentó:

—Perry, me parece que hay más de un sospechoso y algunos cabos sueltos… Vamos, parece que me voy recobrando de las fatigas del viajecito éste. En fin, voy a hablar con los chicos.

Colocando la taza con el café junto al aparato, llamó a la central y se puso al habla con sus empleados, dándoles las instrucciones pertinentes para que comenzaran a coleccionar números de matrículas de automóvil.

—No sé qué decirle acerca de eso de las matriculas, Perry —observó Drake con duda—. Veamos… ¿cuántos números necesitará?

—No lo sé. Quizá…

—¡Ahí llega Della Street! —le interrumpió Drake.

El gran «sedan» de Perry Mason giró en la curva hasta detenerse frente a la cabaña. De su interior se apeó Della Street y, cargada con dos voluminosas carteras, subió con ligereza las escaleras del porche. Mason abrió la puerta para recibirla.

—¡Hola, jefe! —saludó Della—. ¡Estoy segura de que está muy contento de verme de nuevo! ¡Desde luego, me refiero a las carteras!

—No lo dude —contestó Mason meneando la cabeza ligeramente y agregando—: Pero, entre usted, Della.

Della Street entró en el salón-comedor y dejó las carteras encima de una silla, con un suspiro de alivio. Mason le golpeó

cariñosamente un hombro, diciendo:

—Mi buena Della, siempre fiel y constante.

—Lo que me interesa es el café —repuso ella, y viendo a Drake que salía de la cocina, exclamó—: ¡Caramba, Paul! ¿Qué se le ha perdido por estos andurriales?

—Adivinanza.

—¿Pero cómo ha llegado hasta aquí? ¡Si anoche todavía hablé con usted por teléfono! ¿O lo he soñado?

—Aeroplanos. Esas cosas que vuelan. Me metieron en uno de ellos esta mañana a primera hora. Imagínese, y sin desayunar. Incluso no pude afeitarme hasta llegar a esta choza. Conque continúe adivinando.

—¿Un caso?

—¡Caramba! ¡Qué perspicacia!

—¿De qué se trata? —preguntó Della de nuevo.

—Asesinato —contestó Mason.

—¿Y… quién es la víctima?

—Un lobo.

—¿Cómo ocurrió?

—Eso es lo que preocupa al sheriff, y a mí me trae de cabeza —respondió el abogado.

—¿Qué dice el cliente? Porque supongo que habrá uno.

—Al parecer tenemos dos. Una madre que quiere proteger a su hija y ésta que quiere proteger a su madre… por lo menos en ello confío.

—Perry, tenga cuidado. A lo mejor una de ambas es culpable —advirtió Drake en tono preocupado.

—Un abogado debe aceptar esta posibilidad —replicó Mason—. Pero tengo la impresión de que no es así. Lo que sucede es que cada una intenta proteger a la otra y, en consecuencia, el sheriff tiene a dos sospechosas entre manos y no sabe por cuál decidirse. Pero posee evidencias suficientes para inculpar a cualquiera de ambas.

—¿Y si ambas hubiesen actuado de acuerdo? —sugirió Drake.

—Desde luego es posible —admitió Mason—. Pero… no creo que ellas lo hicieran.

—Entonces… ¿qué imagina usted que ocurrió?

—Paul, existe una evidencia circunstancial —afirmó el abogado

—. No cabe duda que es la mejor que cabe imaginar, pero también es la más susceptible de ser interpretada erróneamente. Por ahora no poseemos otras pruebas que esas evidencias que ha conseguido el sheriff.

—Entonces… ¿qué hemos de hacer? —preguntó Della.

Tras un ligero encogimiento de hombros, Mason respondió:

—Que Paul termine con esa taza de café que tiene en la mano. Usted, Della, conviene que se tome una también. La va a necesitar. Luego cogeremos papel e iremos por ahí anotando el número de matrícula de todo coche que veamos.

—¿Pero usted ha visto el torrente de coches que vienen hacia acá? —preguntó Della, algo asombrada—. Automóviles con esquíes, con faros, con…

—Sí, ya lo sé —reiteró Mason—. Pero necesito esos números de matrícula. Todos los números.

Capítulo 8

Harvey Delano, el joven abogado, amigo y asiduo acompañante de Carlotta en los últimos meses, detuvo su coche frente a la entrada de la casa de los Adrian y abriendo la portezuela se apeó del vehículo.

Era un joven de buena figura, deportista, pero que no sentía mucha inclinación por esquiar, por cuanto su deporte favorito era la equitación, y hasta tal extremo que en los asuetos de fin de semana, acostumbraba vestir con atuendo vaquero. Esto explica que estuviera allí calzado con botas de montar, sombrero Stetson de ala ancha, calzones estrechos sujetos por un cinturón con grandes adornos y filigranas de plata.

Carlotta Adrian mantenía la puerta de entrada abierta mientras le saludaba agitando una mano. Cuando estuvo junto a ella, dijo:

—¡Harvey, gracias por haber venido! ¡No te imaginas qué alegría me das!

—¡Caramba! Lo celebro. ¿Qué te parece un paseo a caballo?

—Debes de haber salido de casa antes de amanecer…

—Verás, es aquello que dicen que el pájaro que madruga es el que caza los mejores gusanos.

—No sé si siempre es así, lo dudo.

—Pues dalo por cierto —contestó Harvey con una sonrisa y preguntando—: ¿Qué hay del desayuno? Francamente, estoy hambriento. Y luego… ¿qué te parece lo del paseo?

—Oye, Harvey, entra que he de decirte algo. Nos hallamos en un apuro terrible.

—¿Quién?

—Mamá y yo.

Tomándola por el brazo, Harvey entró con Carlotta en el salón al

mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Qué apuro es ése?

—¿Conoces a Arthur Cushing?

El tono de voz de Harvey fue duro al responder:

—Desde luego, y por cierto que he oído decir que coqueteas con él.

—Esquío, eso es todo, Harvey… Arthur ha muerto. Ha sido asesinado esta noche, a la madrugada.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes; y no sé cómo explicarte lo que nos ocurre, porque parece como si el homicidio lo hubiese perpetrado alguien que hubiese salido de esta casa.

—¿De esta casa? ¡Vamos, Carlotta, explícate!

—Se trata de mamá.

—¿Quieres decir que tu madre…?

—¡No, no! ¡No quiero decir lo que supones! Lo que intento es explicarte lo que ocurre.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha ido al pueblo.

—Bien, cuéntamelo todo y sé breve.

—En primer lugar he de advertirte, y claramente, que no creo que jamás mi madre haya cometido tal acción. Lo que quiero decirte es que hay ciertas evidencias contra ella, algo circunstancial como dicen, que, pues…, no es bueno.

—¿La ha acusado alguien o ha dicho algo parecido? La policía…

—El sheriff y sus ayudantes han estado aquí, preguntando e inquiriendo.

—¿Dando a entender que sospechaban de tu madre?

—De mamá o bien de mí.

—Bien, dispón de mí. ¿Qué quieres que haga? ¿Tienes idea de cuánto tiempo disponemos para actuar?

—Mamá fue a ver al señor Perry Mason.

—¿A Perry Mason? ¿A *Perry Mason*, el abogado?

—El mismo. Da la casualidad de que se halla aquí de vacaciones. Se aloja en la cabaña de un cliente. Se la prestó para que pasara unos días de descanso.

—¿Y qué opina el señor Mason?

—El señor Mason me ha recomendado que me niegue a contestar al sheriff, cualesquiera que fueran sus preguntas.

Harvey Delano meditó unos instantes antes de contestar:

—Dudo que sea lo acertado, a pesar de que Perry Mason sea un abogado de tanta fama, pero… francamente, no estoy de acuerdo. Es muy ducho en la defensa de sus clientes, pero con este consejo creo que te coloca en posición desfavorable, es lo que te hace más sospechosa.

—Creo que es lo que el señor Mason desea.

—¡No digas! Pero, ¿por qué?

—Me imagino que él cree que mi madre disparó contra Arthur y desea hacer eso que llaman enturbiar las aguas; tanto, que el sheriff no sepa a cuál de ambas debe detener, por temor a equivocarse…

—Si es así, no cabe duda que significa ganar tiempo, pero sólo esto, porque a la larga, el resultado será el mismo.

—Es lo que me digo, Harvey…, no sé qué hacer. Si es cierto o bien si así apareciera que mamá lo mató para protegerme, yo… no lo permitiría.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Que no lo permitiría, sino que tomaría sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido.

—Carlotta, eso es una barbaridad.

—No, Harvey, no lo es. Porque si de veras lo hizo, fue por mi causa.

Harvey Delano, tomando una silla y sentándose, preguntó:

—¿Cuándo regresará tu madre?

—No lo sé. Quizá tarde todavía una media hora.

—Veamos, pues. ¿A quién representa Perry Mason?

—Hasta ahora a ambas.

—No es lo más conveniente.

—Ya lo sé.

—¿Lo mataste, Carlotta?

—¡Por todos los santos! ¡No! ¿Me crees acaso capaz de matar a alguien, Harvey? Me enfurecí lo indecible, pero sólo lo abofetee y me fui.

—Está bien. ¿Lo mató tu madre?

—Parece… tengo que cuidar de todo lo que digo, pero parece

que fue alguien de esta casa… Debe haberlo hecho alguna mujer. Pero si fue mamá, hizo cosas que no las comprendo, Harvey. Procedió deliberadamente como para acusarme.

—¿Qué cosas?

—Venía hacia casa con el coche y sufrí un pinchazo. Dejé el coche y me vine andando. Alguien, una mujer, salió de esta casa, fue hasta la casa de los Cushing, caminó hasta el coche aparcado, tiró un revólver entre las matas que hay allí y regresó aquí.

»Mas fuera quien fuese, no tuvo en cuenta la escarcha que mostraría sus huellas, no lo suficiente claras para identificarlas, pero sí lo bastante para envolvernos en este apuro. Mentimos… un poco al sheriff, porque mamá quería mantenerme apartada del escándalo… En resumen, ha resultado el embrollo mayor que cabe imaginar.

»Al principio, pensé que mamá quería que fingiéramos ante el sheriff para protegerme, ahora…, Harvey, mucho me temo que intenta ocultar algo horrible…

Tras una pausa, Harvey dijo con voz sosegada:

—Vamos a ver si lo entiendo todo. Comienza por el principio, no pases por alto ningún detalle y luego me dirás lo que quieres que haga.

—No te pido que hagas nada, Harvey. Lo que quería era que supieras lo que nos ocurre… que será un escándalo terrible. Que mi nombre saldrá en la prensa, con la consiguiente riada de suposiciones, de inmundicias y de todo cuanto se lee en ocasiones semejantes… Es lo que deseaba que supieras y que comprendieras mi situación y luego… ahora, ya todo me es igual…

—Bien, pero ¿qué es lo que he de comprender?

—Lo de la evidencia circunstancial. Comenzó a helar y a formarse escarcha hacia la medianoche; al parecer nadie puede precisar cuándo comenzó. Fui a casa de los Cushing a cenar con Arthur. Después de cenar, proyectó algunas películas que habíamos filmado esquiando por estos entornos.

—¿Y qué pasó?

—Se me insinuó y yo le mostré cuál era su lugar, pero poco después se tornó violento y entonces lo abofeteé. Me puso las manos encima, sacudiéndome. Incluso rasgó mi blusa. Lo abofeteé de

nuevo con todas mis fuerzas y me fui inmediatamente… Tenía un tobillo roto, lo llevaba enyesado. De no ser así, no sé lo que hubiera ocurrido… Harvey… estaba como loco…

—Sí, ya he oído cosas semejantes de él —observó Harvey frunciendo el entrecejo—. Al parecer sostenía la teoría de que podía hacer lo que le diera la gana y que nadie se le opondría y que si alguien lo hiciera, la familia era bastante poderosa como para librarle de toda responsabilidad.

—Veo que sabes de quién hablo. Lo que ocurre también es que no hay chica que se atreva a dar un paso al frente y acuse, porque esto significa publicidad escandalosa. Todas prefieren callar y… dejarlo estar. Yo he oído hablar de ciertos tipos que se aprovechan de esto e incluso he conocido chicas que han tenido aventuras harto desagradables. Pero por lo que a mí atañe, siempre me imaginé que sabría cuidarme de mí misma. Pero Harvey tenía mucha fuerza, y si no es por el tobillo roto… En fin, lo cierto es que pude dominarle, salí de allí, tomé el coche y me vine para casa.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Se produjo el pinchazo y dejé el coche al lado de la carretera. Vine caminando los doscientos metros que faltaban para llegar hasta aquí.

—¿Qué hora era?

Dudó un instante antes de contestar:

—He dicho a todo el mundo que eran las once, más o menos. Pero, en verdad, creo que era ya la una de la madrugada.

—¿Por qué mentiste en lo que atañe a la hora?

—Teníamos que hacerlo, Harvey; cuando te lo haya contado todo, comprenderás el motivo.

—Prosigue y no te interrumpas.

—Mamá comenzó a inquietarse por mí hacia las dos de la madrugada. Fue hasta el garaje y lo halló vacío. A aquella hora, según afirma, oyó un grito de mujer en dirección a la casa de los Cushing. Pensó que yo todavía estaba allí y…

—Vamos, continúa, ya te he dicho que no debes interrumpirte —urgió Harvey.

—…se encaminó para allá, donde halló a Arthur Cushing muerto. Presa de pánico regresó corriendo, irrumpió en mi alcoba y

tuvo quizá la mayor sorpresa de su vida al verme en el lecho envuelta entre las mantas. Entonces le conté lo que me había ocurrido y ella me dijo lo que había sucedido, pero ninguna de ambas cayó en la cuenta de que había dejado las huellas de sus pisadas en la escarcha que se había formado y que esta mañana eran claramente visibles.

—Así… el sheriff sabe que tu madre estuvo en la casa de los Cushing.

—El sheriff sabe que alguien que salió de aquí estuvo allí y que dejó sus huellas cuando la escarcha ya estaba formada. Pero… ahora te he de decir algo terrible, Harvey. ¿Recuerdas que la última vez que nos visitaste me enseñaste cómo empuñar un arma y disparamos al blanco?

—Claro que lo recuerdo. ¿Y qué ocurre con ello?

—Me dejaste el revólver para que practicara. Lo guardaba en la bolsa de la portezuela del automóvil.

—¡Santo cielo! ¡No me digas! ¿Quién lo sabía?

—Mamá. Lo encontró allí cuando puso sus guantes. Harvey… ella pudo… cuando estuvo en la casa de los Cushing… ¿qué sé yo? Quizás ocurrió algo que la impulsó a ir al coche, coger el revólver, volver a la casa, disparar y regresar a la casa… pero no puede ser… no puede haber sido ella. El revólver fue arrojado entre aquellas matas luego de haber matado a…

Delano preguntó:

—Cuando tú regresaste, ¿había escarcha?

—Sí, noté que el suelo estaba resbaladizo y reflejaba cierta blancura brillante. Pero vine directamente aquí. Las huellas lo demuestran. Aparte de las huellas del que fue hasta el coche, saliendo de la casa de los Cushing, no hay otras. Por la carretera circularon algunos coches a primera hora de la mañana, pero huellas de zapatos sólo aparecían las mías, desde el coche hasta nuestra casa.

—¿Qué dice tu madre de las huellas?

—Mi madre dejó las huellas en el suelo al ir a la casa de los Cushing. Lo sé, porque lo ha admitido frente a mí, pero ha negado que fueran de ella a todo el mundo. Me ha dicho que fue allí luego de haber oído aquel alarido de mujer.

—En consecuencia, ¿no lo ha reconocido ante el sheriff?

—No, y aún más, tampoco se lo ha dicho a Perry Mason. Ahí está lo malo, que no cayó en la cuenta de que sus huellas estaban impresas en el suelo helado. Por lo tanto, como comprenderás, Harvey, si lo meditas, la acusación deberá probar con evidencia que no deje lugar a dudas razonables que esas huellas son de mamá, y esto jamás podrán hacerlo.

—El caso es que o son de ella o bien son tuyas.

—Eso es, pero también pueden ser de otra mujer, y si extremamos las cosas, incluso de un hombre que calzara botas de mujer, quiero decir con un pie pequeño. Además, ¿quién puede negar la posibilidad de que una mujer conduciendo un coche se detuviera frente a la casa, fuera hasta ella y regresara al coche y partiera de nuevo?

Con gesto ceñudo, Harvey preguntó:

—¿Había roderas de coches en la carretera?

—Claro que sí. Por el valle hay mucho tráfico. Grupos que van a esquiar, luego también por las casas de los contornos hubo reuniones propias de fin de semana, quiero decir de sábado por la noche…

—¿Las huellas no eran lo bastante precisas como para que el sheriff pudiera afirmar que pertenecían a…?

—Nada de eso —le interrumpió Carlotta.

—¿Se llevaron los zapatos de tu madre?

—Se los pidieron. Respondió diciendo que tenía muchos pares y que no estaba dispuesta a consentir que su guardarropa fuera manoseado. Afirmó que no toleraría un registro sin la orden judicial correspondiente.

—¿Qué hizo con los zapatos?

—Los limpió con sumo cuidado, pero temía que… Total, que estaba asustada.

—Creo que tu madre está en una situación harto comprometida. Hubiera sido más sensato que desde el primer momento hubiese explicado lo que le había ocurrido…

—Así es, pero es que ella intenta mantenerme apartada del caso.

—¿Lo crees así? ¿De veras?

—Harvey… no sé qué pensar. Unas veces me digo que estaba

preocupada por mí, que fue allí y… lo único que sé es que, cuando me fui, Arthur Cushing estaba hecho una furia.

—¿Qué hay del revólver? ¿Han comprobado si es el arma fatal?

—Creo que todavía no. Pero lo sabrán.

—Si lo es, tendrán pruebas suficientes para…

Harvey fue interrumpido por una llamada a la puerta. Carlotta le miró desencajada, el terror reflejado en la mirada.

—Abre —dijo Harvey—. No puedes hacer otra cosa.

Ella obedeció y en el umbral de la puerta apareció el sheriff Elmore con sus tres inseparables ayudantes alineados a su espalda.

—Lo siento, señorita —advirtió el sheriff—, pero he creído conveniente solicitar una orden de registro para examinar lo que hay en su casa. Aquí tiene una copia, señorita Adrian y…

Se detuvo un instante al ver a otra persona. Carlotta se apresuró a presentárselo diciendo:

—El señor Harvey Delano, abogado.

El aludido avanzó un paso y preguntó:

—¿Podría decimos de qué se trata?

Con aire resignado, el sheriff respondió:

—Repito que lo siento mucho, pero ciertas circunstancias me aconsejan registrar la casa. Aquí tengo la orden correspondiente y he venido para proceder a ello. Puede examinar la orden y comprobará que es conforme. En consecuencia, les requiero que se aparten y no se muevan de aquí y que no toquen nada. ¿Está su señora madre en casa, señorita Adrian?

—Salió a unos recados.

—Muy bien. De momento, esto es todo. Vamos, muchachos —requirió el sheriff a sus ayudantes.

—Un momento —dijo Harvey Delano—. Aún no he examinado esa orden.

—Pero yo sí —respondió el sheriff con una mueca—. Por lo tanto, sírvase tomar asiento, no toque nada ni tampoco intente esconderlo. Ah, tampoco quiero que salga de aquí. Vamos a comenzar con el registro.

Carlotta lanzó a Harvey una mirada en la que se expresaba su desesperación. Harvey sólo pudo responderle con un encogimiento de hombros.

El ayudante que el sheriff había destinado para su custodia les repitió aquello de que permanecieran sentados, que no tocaran nada, que se abstuvieran de esconder algo y que sólo se les molestaría en lo absolutamente necesario.

La pareja se quedó en el salón, conversando algo, si así puede denominarse el intercambio de algunos monosílabos, mientras escuchaban el rumor de las pisadas que iban de un lado para otro, el ruido que producían los cajones al ser abiertos y cerrados, el murmullo de los cambios de impresiones y trataban de conjeturar qué era lo que el sheriff y sus hombres buscaban.

Carlotta comenzó a perder la paciencia y exclamó:

—¡Esto es… un ultraje!

—Señorita, tenga presente que se ha cometido un asesinato y la gente espera que el sheriff halle al culpable —observó el ayudante.

—Desde luego. Pero creo…

Se interrumpió al ver entrar al sheriff con una polvera de oro en la mano.

Se la mostró a Carlotta, diciendo al mismo tiempo:

—He aquí una polvera con un diamante. Tiene grabada una dedicatoria: «De Arthur a Carlotta, con cariño». ¿La reconoce, señorita? ¿Podría explicarme algo acerca de esta polvera?

Ambos jóvenes intercambiaron una mirada.

—Es un regalo —contestó Carlotta.

—¿De quién? Recuerde, señorita, que podemos determinar su procedencia.

—Me la dio Arthur.

—¿Arthur Cushing?

—Así es.

—¿Cuándo la usó por última vez?

—Anoche. La debí perder cuando… salí del coche para venir caminando hasta la casa.

Con un suspiro, el sheriff explicó:

—Pues la hemos hallado oculta en el interior de una bota de montar. Introducida hasta el fondo del pie y sujeta mediante un poco de algodón en rama.

—¡Pero esto es imposible! —exclamó Carlotta—. La polvera es mía, la perdí o bien la olvidé en… alguna parte, pero jamás la he

escondido.

—¿Puede decirme cómo es que estaba en el fondo de la bota de montar?

—No lo sé, como tampoco puedo contestar a su primera pregunta.

—Además, señorita… De nuevo voy a poner mis cartas sobre la mesa —dijo el sheriff—. Cuando registramos la casa de los señores Cushing, hallamos cierta cantidad de polvos que se habían esparcido por el suelo, algunos incluso por encima de los zapatos de Arthur Cushing. También recogimos trozos de vidrio azogado en un formato peculiar, que reunidos mostraron que eran parte de un espejo redondo, como el que se monta en una polvera, y por esto buscamos un objeto semejante. Esto es lo que nos impulsó a registrar esta casa. Buscábamos una polvera con el espejo roto.

Abrió la tapa de la polvera y prosiguió:

—Vea. Tiene roto el espejo. Los polvos faciales que contiene parecen iguales a los hallados en el lugar del asesinato, incluso el matiz de color es semejante.

Carlotta levantó la barbilla y apretó los labios.

—¿Qué me contesta? —preguntó el sheriff.

—Nada —respondió Carlotta.

—Veamos —intervino Harvey—. Esto puede explicarse fácilmente. Alguien pudo hallarla… y…

—Claro —le interrumpió el sheriff con tono sarcástico—. No cabe duda. Permítame que complete su explicación. Trajo la polvera aquí y la escondió en la bota de montar.

Harvey Delano no halló explicación mejor.

Dirigiéndose a Carlotta de nuevo, el sheriff preguntó:

—Bien, señorita, ¿puede decirnos algo respecto a este objeto?

—Mi abogado me ha prohibido hacer comentarios. Puedo explicarlo todo perfectamente y lo haré en el momento y lugar oportunos.

—Opino que ambos coinciden ahora.

Carlotta movió la cabeza de un lado para otro en sentido negativo y con los labios apretados.

—Como le plazca. A ver, Bill, trae eso —contestó el sheriff, llamando a uno de sus hombres que entró con un par de zapatos.

Mostrándoselos a Carlotta, le preguntó de nuevo:

—¿Sabe de quién son?

—Claro que sí. Son de mi madre.

—¿No son de usted?

—No.

—¿Tendría la bondad de probárselos?

—No veo el motivo.

—Deseo comprobar si son de su pie, talla o número, quiero decir.

—Seguramente porque mamá y yo calzamos igual. Incluso, en ciertas ocasiones necesarias, nos intercambiamos el calzado.

—¿Ha calzado este par alguna vez?

—No lo recuerdo.

—¿Son de su madre?

—Sí.

—¿Pero qué significa todo esto? —preguntó Harvey con tono belicoso—. Hay mucha gente que calza el mismo número de zapatos. Yo mismo, vea, tengo los pies pequeños. Incluso me atrevo a apostar lo que sea que puedo calzarlos. Verá, voy a probármelos.

—No toque estos zapatos —advirtió el sheriff con tono mesurado —. Son pruebas de evidencia.

—¡Tonterías! —protestó Harvey—. Está usted alardeando de tener en sus manos pruebas de lo que sea, cuando no son tal cosa. Ningún tribunal se las admitirá en calidad de evidencia a menos que pueda demostrar algo particular o peculiar en ellas y además deben…

El sheriff le lanzó una mirada de menosprecio y, sin hacer comentarios, le dijo a su ayudante:

—Vámonos, Bill.

Al mismo tiempo tendió a Carlotta una hoja de papel, donde había escrito a mano:

> *Yo, Bert Elmore, sheriff electo y autorizado de este condado, tomo en depósito un par de zapatos femeninos y una polvera con un diamante y espejo roto. La polvera está grabada: «De Arthur a Carlotta, con cariño».*

—Mi recibo, señorita —añadió.

Dejando aquel documento en manos de Carlotta, se dirigió hacia la puerta sin hacer caso de las vehementes protestas de Harvey.

Capítulo 9

Perry Mason, Della Street y Paul Drake se habían reunido con Carlotta Adrian y Harvey Delano. Éste mostraba un aspecto incongruente con su tez pálida y sus prendas de vaquero, amén de los pies pequeños embutidos en las altas y grandes botas de montar. Además mostraba a las claras que tenía el propósito de decir algo, pero que no sabía cómo ni cuándo debía hacerlo.

Carlotta, desconsolada, decía:

—Es que no puedo ni creerlo, es inconcebible. ¡Han detenido a mi madre!

—Por favor, tranquilícese y vayamos por partes —observó Mason—. Veamos, ¿cree usted que su madre fue a la casa de los Cushing anoche o bien esta madrugada?

—No contestes a esta pregunta —intervino Harvey Delano.

—¿Por qué no? —preguntó Mason algo impaciente—. Vamos a ver si aclaramos esto.

Delano enrojeció, pero con tono que quería ser decidido, explicó:

—Lo siento, señor Mason, pero como amigo de Carlotta y como abogado suyo, no puedo permitir que sea comprometida en esta causa, hasta el extremo de admitir afirmaciones.

—¿Pero quién la representa? ¿Usted o yo?

—Usted representa a Belle Adrian —respondió Harvey Delano con cierta altivez—. Pero por lo que a mí atañe, me siento responsable de Carlotta y no dudo en exponer mi opinión en el sentido de que creo que a medida que avance el proceso, muy posible podría ser que surgieran conflictos, digamos personales.

—¿He de entender, según usted, que ella no desea que la represente yo?

—Por favor, señor Mason —se apresuró a intervenir Carlotta—. Entiéndalo, usted me merece toda la confianza y respeto, pero entre Harvey y yo hay cierta amistad, cierta relación que…

—No se detenga. Tengo que saber qué terreno piso.

Delano tomó la palabra de nuevo, diciendo:

—Pues bien, a mi parecer, la situación es la siguiente: Hasta ahora, la policía sólo ha detenido a la señora Adrian. Ahora supongamos, repito que sólo supongamos, que la policía crea que Carlotta posee cierta información que haga creer o demuestre que su madre disparó el arma mortal y ya en este plan que la citen como testigo.

—Muy bien —aceptó Mason y preguntó—: ¿Y qué más?

—Pues deseo mantenerla en una situación en la que ella pueda protegerse y al mismo tiempo proteger a su madre.

—Perfectamente. Ahora lo veo claro. En resumen, que usted se encarga de aconsejar a Carlotta, ¿no es así?

—Así es.

—Pues adelante. Encárguese de ella y represéntela.

—¿Qué quiere decir?

—Eso. Que la aconseje allá o en un lugar donde nadie pueda oír lo que le dice.

—Pero usted…

—No la represento a ella, Delano. Desde este momento usted cuidará de ella. Se ha hecho cargo de su caso. Yo represento a Belle Adrian. Usted a Carlotta Adrian. Está claro.

El rostro de Harvey Delano se contrajo de enojo, mas poniéndose en pie, dijo a Carlotta:

—Vámonos, Carlotta. Aquí hemos terminado.

—Buenas noches —dijo Perry Mason cuando ya estaban casi junto a la puerta.

—Buenas noches —murmuró Carlotta.

Harvey Delano guardó silencio.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de ellos, Mason, exhalando un suspiro, volvióse hacia Della, diciendo:

—Esto, por lo menos, simplifica la situación.

—¿No ha sido acaso algo rudo con él? —preguntó Della, con cierto pesar.

—Tarde o temprano esto tenía que ocurrir. Es cliente mía o suya, de ambos no puede ser. Además, le aseguro que hasta ahora he trabajado contra cierto obstáculo que no he tenido más remedio que apartar.

—¿Cuál?

—No podía determinar si Carlotta protegía a su madre o bien ésta protegía a su hija.

—Y bien, ¿lo ha averiguado por fin?

—Ahora —replicó Mason— sé que tengo mi cliente y Delano tiene el suyo.

Capítulo 10

La oficina de Perry Mason era lo más semejante que cabe imaginarse al cuartel general político de un candidato en la noche precedente a las elecciones. Numerosos empleados comprobaban las actividades y ocupaciones de las personas reseñadas en las listas que manejaban, cuatro telefonistas estaban atareadas haciendo llamadas y pasando consultas y números, cuatro mecanógrafas contratadas para aquella noche mecanografiaban incesantemente los números, fechas y otros datos que se les dictaba.

Aproximadamente una hora antes, Mason había explicado su teoría a sus colaboradores en la forma siguiente:

»Bear Valley se halla a unos trescientos kilómetros. La gente de allí, cabe así decirlo, ninguna relación tiene con la de aquí. Los Cushing tienen intereses y amigos relacionados con éstos en aquella comarca, pero no tienen amigos personales, porque no son naturales del país. Supongamos que la señora Adrian nos cuenta la verdad al decirnos que estaba en su casa cuando oyó aquel alarido de mujer procedente de la casa de los Cushing y que Carlotta ya estaba en casa para aquel entonces.

»De ser ciertos estos supuestos, cabe deducir que la mujer del grito conocía o tenía amistad suficiente con Arthur Cushing para hallarse en su casa a las dos y media de la madrugada. Si así fuera, hay la posibilidad de que también asista a los funerales. Si posee coche y lo conduce, si estuvo en Bear Valley el domingo por la mañana, mezclada con los centenares de personas que había allí en aquellas horas, casi seguro que estará también en los funerales que se celebrarán este mediodía.

—Pero Perry, no va a tener tiempo de examinar todos los números de matrícula —objetó Drake.

—Tampoco es necesario. Redactaremos una lista de los números de matrícula de los coches que estén allí y comprobaremos los que resulten repetidos. No creo que sean muchos.

Drake permaneció pensativo unos instantes y, de pronto, exclamó:

—¡Ahora lo entiendo! ¿Y todo esto lo pensó y proyectó antes de las ocho de la mañana del domingo y en el curso de la media hora de conversación que sostuvo con la señora Adrian?

Fue Della quien le contestó, diciendo:

—Para esto le pagan, Paul, y él cobra… por pensar.

—Pues esta vez pensó aprisa.

Unos cinco kilómetros más allá, en una de las funerarias más lujosas de la ciudad, el féretro conteniendo los restos mortales de Arthur Cushing descansaba sobre un catafalco de flores. El sacerdote ya había terminado sus plegarias y el sermón conveniente; un coro oculto que salmodiaba acompañado por suaves acordes del órgano y el denso perfume de las flores contribuían a crear un ambiente solemne, de recogida meditación.

En el exterior, los detectives de Paul Drake, corriendo entre los coches aparcados, se apresuraban a anotar números de matrícula, formando listas que entregaban inmediatamente a otros que, apostados junto a teléfonos de pago, iban transmitiendo los datos recogidos a la oficina de Mason. Éste, con la colaboración de Della Street y de Paul Drake manejando relaciones tabuladas iban comprobando los números que recibían por los teléfonos, a la busca de duplicados, conforme a un sistema que había ideado Mason.

Los asistentes al acto iban desfilando ante el féretro, mirando por última vez el rostro rígido de aquel joven, que conforme al elogio póstumo del sacerdote «…había sido abatido por la mano criminal de un asesino en el albor de su vida, en el umbral de una carrera llena de esperanza para la humanidad y para la comunidad en que vivía…».

Seguidamente los portadores, con guantes blancos, alzaron el féretro y con paso lento lo llevaron hasta el coche fúnebre, lo depositaron en él y el cortejo mortuorio comenzó a avanzar hacia el cementerio, mientras media docena de detectives a cada lado de la calzada comprobaban de nuevo los números de las matrículas de los

coches que lo formaban, añadiéndolos a las listas que tenían en mano, confeccionadas previamente con los números de todos los coches que habían encontrado aparcados en los alrededores.

Cuando el cortejo llegó al cementerio, Mason, Della Street y Paul Drake, ya habían determinado cuatro matrículas repetidas, y diez minutos más tarde, Drake, gracias a sus relaciones con la policía, proporcionaba los nombres y dirección de los dueños respectivos.

Uno era agente de compra-venta de fincas y terrenos, domiciliado en el Bear Valley. Otro era de un joven, íntimo amigo del muerto, que incluso se había visto envuelto en más de una de las aventuras que habían cimentado la mala fama que tenía en vida Arthur Cushing. Otra matrícula correspondía al coche de cierta dama que residía en un lugar a cuarenta kilómetros del centro de la ciudad, y para la cuarta matrícula se indicaba la dirección de la señorita Marion Keats, cuya dirección era el número 2361 de la Huntless Avenue.

La organización de la agencia Drake demostró una vez más su eficiencia, porque en poco tiempo informó que la señora que vivía a cuarenta kilómetros de distancia era una dama de cuarenta y siete años, amiga desde la infancia de Arthur Cushing y que no ocultaba su opinión de que Dexter Cushing, padre del difunto, había contribuido con su crueldad y negligencia a la temprana muerte de su esposa.

El informe concerniente a la señorita Marion Keats indicaba la edad de veinticuatro años, un metro sesenta y dos de estatura, peso de cincuenta y un kilos trescientos, ojos almendrados y cabello negro.

Al leer aquel informe, Mason murmuró:

—Voto por Marion Keats.

—La dirección corresponde a una casa de apartamentos. Ocupa el número 314. ¿Qué hay que hacer? —respondió Drake, preguntando.

—Hay que batir el hierro mientras está caliente, Paul. Ya habrá regresado del funeral y del entierro quizá. Estará emocionada, conmovida. Hay una probabilidad, remota desde luego, pero existente, de que podamos sonsacarle algo.

Drake expresó sus dudas, diciendo:

—Es posible que sea la que gritó, la que arrojó el espejo y también la que apretara el gatillo del arma fatal, mas… francamente, no veo la manera con qué obligarle a aceptar cualquiera de estos hechos.

—Desde luego que es así —admitió Mason, pensativo—. Pero recuerde que actuamos con evidencias circunstanciales, que son las pruebas mejores si se saben aquilatar debidamente, pero también hay que tener en cuenta, y es aterrador, la consecuencia que puede resultar de una interpretación errónea.

»Por ejemplo, en el caso presente, la acusación parte de la teoría de que una mujer tuvo una discusión con Arthur Cushing, de que éste le arrojó un espejo antiguo muy pesado y de que ella reaccionó disparándole un tiro.

—¿Y qué más? —preguntó Drake.

—Pero también pudo ocurrir que Arthur Cushing extremara sus deseos para con determinada mujer y ésta bien pudiera haber arrojado contra su cabeza el espejo mencionado. No puedo aceptar la teoría de que fuera él quien lanzara el espejo, que es lo que pretende demostrar la acusación.

—Quizás usted se aproxime más a la verdad —opinó Drake—. Una mujer tiende a arrojar cosas; un hombre, no.

—Pero supongamos que Marion Keats se niega a hablar con usted —advirtió Della Street.

—Entonces seguiré mi camino. La citaré como testigo y con ella veré qué consigo. Éste es un caso en el que no conviene colocar al acusado en el estrado de los testigos y que declare. Si Belle Adrian cuenta la verdad, la crucificarán, demostrando que explica lo contrario a lo que declaró durante la indagatoria. Si se aferra a lo que declaró, la acusación probará con argumentos más que suficientes la puerilidad de sus palabras, quizá lleguen a acusarla de perjurio.

—¿Y si calla? —preguntó Della a su vez.

—Entonces se aislará del jurado y éste no tendrá otra opción que declararla culpable. Por lo tanto, necesitamos una diversión, llevar a cabo una estratagema.

—¿Desea compañía? —preguntó Drake.

Mason miró su reloj antes de contestar.

—Hasta que la vea no podré decidir cuál es el medio mejor para actuar. Mañana se celebra la vista preliminar de la causa. Deseo que usted, Drake, aguarde ante la puerta de su apartamento. Preste atención a mi señal, que será un golpe contra la puerta. Entonces espere un minuto, cuando haya transcurrido pulse el timbre y, al abrirle, dígale que ha venido para entregarle una citación del tribunal. Actúe como si no me conociera.

—O sea, que yo debo aguardar frente a la puerta, después que haya entrado usted —indicó Drake.

—Eso es… si es que entro —confirmó Mason.

Della Street sugirió:

—Intente hacer una escena, algo como un escándalo. Esto seguramente no le agradará y…

—Mi visita no será de su agrado, Della, puede estar segura —afirmó Mason con una mueca.

—¿Qué espera conseguir de ella, Perry? —Le preguntó Drake.

—Nada agradable, Paul.

—Tenga cuidado, no sea usted quien reciba algo poco agradable —advirtió Della Street.

—Della, hay ocasiones en que se debe proceder sin miramientos, si se quiere conseguir algo. Y ésta es una de ellas —concluyó Mason con cierta impaciencia.

Capítulo 11

Paul Drake contempló aquel edificio de fachada pretenciosa con desagrado evidente, al decir:

—Esto va a complicar la cosa. En la recepción veo una maraña de cables telefónicos y si quien recibe insiste en anunciarnos previamente a Marion Keats, ésta responderá que se siente fatigada y no está para visitas.

—Desde luego —admitió Mason, pero prosiguió—: Mas hemos de hallar un medio para entrevistamos con ella. Ahora bien, recuerde que esa citación es sólo un alarde, porque nadie está obligado a presentarse ante un tribunal fuera del condado en que reside, si el magistrado correspondiente no certifica la citación con su firma y sello. Pero no nos queda tiempo para cumplimentar esa formalidad. Por lo tanto, es sólo una estratagema. No discuta con ella. Entréguele el documento y márchese.

Drake asintió en silencio.

El recepcionista miró hacia Mason y Drake, cuando entraron en el vestíbulo lentamente, con expresión ligeramente desdeñosa.

Mason murmuró por lo bajo:

—Aquí hay escasa distinción, sólo alquileres altos. Si el lugar tuviera clase, al individuo ése le habrían dado la patada al primer día de servicio. Es un tipo rebuscado, pronto a alargar la mano y tomar lo que sea.

—¿Forma de abordarlo? —preguntó Drake, con aire igual.

—Locuacidad y dinero —respondió Mason, andando con indiferencia.

—Buenas tardes, caballeros. Por favor. ¿A quién desean ver? ¿Están citados? —preguntó el recepcionista.

Mason respondió con aplomo:

—Representamos al gobierno.

—¿De qué se trata? ¿Acaso del impuesto sobre la renta? —preguntó adoptando una actitud distante y arqueando las cejas.

—Nada de eso —respondió Mason—. Somos del departamento del reparto de seguros.

—¿Cómo?

Abriendo su cartera, y tomando en la mano un billete de diez dólares, el abogado prosiguió:

—Al objeto de conseguir un reparto más equitativo de los seguros estatales, hacemos unas distribuciones gratuitas. Aquí tiene lo que le corresponde.

—¿Y qué debo hacer a cambio? —preguntó su interlocutor echando una mirada por encima de su espalda, para cerciorarse de que no había nadie por allí.

—Nada, lo que se dice nada absolutamente. Y por ello percibirá otros diez dólares cuando nos marchemos.

—Lo siento, pero no acabo de comprenderle.

—Lo creo, y tampoco deseamos que nos comprenda. Verá, deseamos entrevistamos con un inquilino del tercer piso, pero no queremos ser anunciados. Si lo hace, estos diez dólares será todo cuanto recibirá de este reparto de bienes. De no anunciarnos, luego tendrá otros diez dólares. ¿Lo entiende ahora?

El recepcionista, inquieto, objetó:

—Es que debo anunciarles, de lo contrario me despedirán.

Mason guardó silencio mirándole significativamente.

—Pero —prosiguió el del mostrador— puedo anunciarles cuando ya estén ante la puerta… Diré que entraron rápidamente unos caballeros y que antes de que pudiera oponerme, ya se habían metido en el ascensor y que he visto que éste se había detenido en el tercer piso. Que acabo de avisar al portero y que…

—Muy bien, pero que muy bien —aprobó Mason, añadiendo—: Pero no diga «caballeros», sino «un caballero». En singular.

—Le entiendo —aseguró el empleado.

—Caramba —observó Mason—, por veinte machacantes creo que podría calificarnos debidamente.

—Sí, «señor».

—Necesita saber adónde voy —añadió Mason—. No irá

llamando a todas las puertas del piso tercero. Sería mucha molestia. Deseamos visitar a la señorita Marion Keats. Creo que es el apartamento 314.

—Ése es.

—¿Qué es eso de «ése es»?

—Ése es, señor.

—Vamos, esto ya está mejor.

Con un gesto de la mano, Mason invitó a Drake a entrar en el ascensor y al empleado negro que lo manejaba, le ordenó:

—Tercer piso, por favor.

Mientras ascendía, el negro, mirando a Mason, dijo:

—Usted se parece mucho a alguien a quien creo conocer.

En aquel momento, el ascensor se detuvo en el tercer piso y Mason, al entrar en el corredor, respondió:

—Claro, le recuerdo al gobernador del Estado.

Mientras caminaban por el corredor, Mason le dijo a Drake:

—Póngase detrás de mí.

Cuando el abogado llegó frente a la puerta del «314», pulsó el timbre y a los pocos instantes se abrió la puerta.

La morena que apareció en el umbral dejaba adivinar un cuerpo bien formado al que pertenecían unos ojos que le miraron interrogantes. Mason se dijo que era muy atractiva, a pesar de que ciertos rasgos alrededor de los ojos y de la nariz delataban que había estado llorando.

—¿Qué desea? —preguntó.

La voz tranquila con que dijo aquellas palabras impulsó a Mason a cambiar la estrategia que se había propuesto.

—Señorita, soy Perry Mason —dijo, presentándose con una sonrisa ligera— y desearía hablar con usted acerca de algo concerniente al fallecido señor Arthur Cushing.

—Los visitantes acostumbran anunciarse, señor Mason.

—Sí, ya lo sé —respondió Mason, acentuando su sonrisa—, pero en el caso presente… en vista de las circunstancias… me ha parecido que sería más discreto…

—¿Más discreto?

—No dudo que me comprenderá cuando me haya explicado —dijo Mason, pasando por delante de ella y entrando en el salón.

Pero aquello no la inmutó, sino que, manteniendo la puerta abierta, inquirió:

—¿Y acerca de qué desea hablar que concierna al difunto señor Arthur Cushing?

Mason, fingiendo sorpresa y con una mirada significativa, preguntó a su vez:

—¿Pero acaso desea tratar de esto en el corredor?

—Desde luego —respondió ella.

El teléfono comenzó a repiquetear. Frunció el entrecejo con evidente muestra de disgusto por la interrupción y yendo hacia el aparato, le dijo al abogado:

—No se mueva de ahí, por favor.

Mas cuando ella hubo tomado el auricular, Mason, con calma, acabó de entrar y cerró la puerta tras de su espalda.

Al notar su movimiento, Marion Keats dijo por teléfono sin ocultar su irritación.

—Desde luego esto corresponde a su quehacer y es de su incumbencia el evitar incidentes tan enojosos. Este «caballero», como usted denomina a la ligera, acaba de entrar en mi departamento contra mi voluntad. Sírvase llamar al portero para que suba inmediatamente y además, por si fuera preciso, avise a la policía.

Colgó el teléfono con un golpe fuerte y, dirigiéndose a Mason, le ordenó en voz alta.

—¡Sírvase salir y aguardar en el corredor, señor Mason!

Éste, con calma, contestó:

—Lamento lo ocurrido y crea que ha sido un malentendido. Claro que usted no sabe lo que deseo preguntarle, porque si así fuera no me echaría al pasillo.

El rostro de ella se había oscurecido por el enojo que la poseía.

Mason prosiguió:

—Usted ha asistido al funeral de Arthur Cushing.

—Era amigo mío.

—Y además estuvo usted en Bear Valley en la noche que murió el señor Cushing —afirmó el abogado.

Ella le miró un tanto preocupada, mas preguntó:

—¿Acaso es esto un interrogatorio?

—De ninguna manera, señorita, sólo es una aserción.

—¿Y significa algo?

—¿Acaso lo significa?

—No por lo que a mí atañe. Me gusta esquiar.

—¿Le unía una gran amistad con Arthur Cushing?

—Si hubiere sido un extraño, no habría asistido a su funeral.

—¿Hasta qué punto le conocía, señorita?

—¿Cuál es su profesión, señor Mason?

—Soy abogado.

—¿Y a quién representa?

—Ahora a la señora Belle Adrian.

—Acusada del asesinato de Arthur Cushing.

—Eso mismo.

—Lamento que nada pueda decirle, señor Mason.

—¿Debo entender que oculta algo?

—Nada oculto.

—No dudo que usted comprenderá que me esfuerce en averiguar, en investigar acerca de la vida de Arthur Cushing.

—No dudo que usted está interesado en conseguir la absolución de su defendida. Pero si yo poseyera la menor información que creyera que pudiera ser de interés, puede estar seguro, señor Mason, que me apresuraría a comunicarla al fiscal del distrito. Confío y ruego con toda mi alma que su cliente sea declarada culpable.

—¿Vive usted sola aquí?

—Supongo que usted no es sordo, señor Mason, y habrá oído cómo pedía que subiera el portero. Llegará dentro de unos instantes.

Mason se inclinó ligeramente con ademán de despedirse diciendo:

—Como usted prefiera. Confío en que la próxima vez que nos entrevistemos se mostrará usted más comunicativa. Creo que le interesará saber que voy a citarla como testigo ante el tribunal que ha de juzgar a mi defendida, a menos que no esté dispuesta a un cambio personal de impresiones.

—¿Como testigo? ¿Citarme como testigo? ¿Y qué es lo que he de declarar? —preguntó con tono insolente y desdeñoso.

Yendo hacia la puerta, Mason comentó:

—Lamento haberla molestado, señorita. La vista preliminar está señalada para mañana ¿Cree usted de veras que le conviene asistir?

—Ni me conviene, ni asistiré.

Con gesto casual, el codo de Mason golpeó la puerta al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Desde cuándo conocía a Arthur Cushing?

—Como ya le he dicho, señor Mason, si tuviera alguna información me apresuraría a ponerla en conocimiento del fiscal.

El zumbador sonó repetidas veces.

—Ahí tenemos al portero —anunció ella con satisfacción y apresurándose a abrir la puerta.

Paul Drake saludó mostrando con una mano un documento plegado y con la otra una hoja desplegada, al mismo tiempo que decía:

—He aquí el original de la cédula de citación de Marion Keats como testigo en la vista del juicio del estado contra Belle Adrian, acusada de asesinato. Debe comparecer a las diez, señorita. De la mañana, desde luego. Aquí le entrego su copia.

Marion Keats pareció por un instante que iba a desplomarse; luego, con gesto frenético, intentó devolver la copia a Drake. Pero éste la rechazó y con un simple ademán devolvió el original a su bolsillo.

—Alguacil —requirió Mason—. Creo que será mejor que pase, pues deseo cerciorarme de si este testigo se propone obedecer o no la orden del tribunal.

—¡Esto es un ultraje! ¡No puede hacerme esto! ¡Nada sé que merezca la pena de ser contado en la vista! —clamaba Marion Keats.

Mason intentó calmarla, diciendo:

—Esto es la consecuencia de su actitud al no querer explicarse conmigo. Pero, francamente, no se preocupe. No tiene usted que presentarse ante el tribunal mañana… si no quiere.

—¿Que no tengo que presentarme? —preguntó ella asombrada y con alivio indudable.

—Lo que le digo. Esta citación carece de certificación del magistrado correspondiente para que sea de acatamiento obligatorio.

—Gracias por decírmelo —dijo Marion Keats, mirándole con atención como preguntándose qué motivo le había inducido a proporcionarle aquella información.

Mason prosiguió con voz suave:

—Ahora bien, si no firma en el original de la citación una promesa de que mañana comparecerá en la sala del tribunal, permaneciendo a su disposición, yo solicitaré del juez que sea convocada para declarar, por ser un testigo imprescindible.

—¿Imprescindible? ¿Por qué?

—Esto, señorita, no lo sabrá hasta que se halle en el estrado de los testigos —explicó Mason, con sonrisa imperturbable.

—Señor Mason, le aseguro que no sé de qué me habla, como tampoco concibo qué importancia puede tener mi testimonio en favor de su cliente.

—Yo opino que sí —afirmó Mason.

—¿Pero qué es lo que desea saber?

—Teniendo presente que usted no ha querido confiar en mí, le haré mañana las preguntas pertinentes en el estrado de los testigos. Ahora, dígame si va a firmar esta certificación.

—De ninguna manera.

—Pues bien, mañana presentaré al juez la petición reglamentaria y claro, no se extrañe, que dada la notoriedad del caso, toda la prensa se vuelque sobre usted.

—¡Señor Mason, esto es un ultraje!

—Comprendo su punto de vista, señorita Keats, mas le ruego que tenga también presente el de mi defendida, que también califica lo que le ocurre como un ultraje.

—¡Su defendida! —exclamó con desprecio rencoroso—. La evidencia que contra ella concurre basta y sobra para… pero, claro, no voy a condenarla de antemano.

—Desde luego que no le conviene, y con mayor motivo teniendo presente el efecto que producirá su testimonio.

—¿Qué quiere decir? ¡Pero si yo nada sé acerca de esta causa!

—Pues parece ser que sabe todo cuanto puede inculpar a mi defendida.

—Lea la prensa, señor Mason. Allí explican todo eso de las huellas de los zapatos, de la blusa desgarrada, el trozo del espejo

roto incrustado en el neumático del coche, el arma mortal arrojada entre aquellas matas cercanas al lugar donde estuvo aparcado el coche, que allí lo tiró la chica al salir de él… Por lo que me atañe, estoy convencida de que la señora Adrian e incluso su hija, son culpables de asesinato en primer grado. Espero que sea declarada convicta y condenada a la última pena. Arthur Cushing era una persona amable, de un atractivo…

—Continúe, por favor —suplicó Mason, viendo que su interlocutora se detenía.

Pero ella había recuperado su equilibrio y repuso con frío acento:

—No creo que ésta sea ocasión adecuada.

Mason, dirigiéndose a Drake, dijo:

—No hay de qué hablar. Cumpla con su deber comunicando que rehúsa presentarse por el motivo alegado y yo la citaré como testigo principal, y que rehúsa comparecer…

—¡Señor Mason, usted quiere confundirme! ¡Eso es todo! ¡Me vio usted en el funeral y se dijo…!

—Señorita Keats, si usted cree que la engaño, rehúse firmar la certificación y leerá mañana en la prensa cómo yo la he solicitado como testigo ante el juez Norwood, que presidirá el tribunal de esta causa.

Ella, mirándole un instante con mirada penetrante, respondió:

—Señor Mason, ya que tanto insiste, firmaré la certificación prometiendo presentarme mañana al tribunal, poniéndome a su disposición y… ¡estaré allí! ¡Y le reto a que me llame al estrado de los testigos!

—¿Un desafío?

—Exactamente. Si soy requerida a sentarme en el estrado de los testigos, mi declaración crucificará a su defendida. Puede estar absolutamente seguro de que haré cuanto esté en mi mano para que así sea.

Con paso decidido, Marion Keats fue hasta el canterano que estaba contra el muro, tomó una estilográfica y dirigiéndose a Drake, exclamó:

—¡A ver esa citación, por favor! ¡Voy a enseñarle a este abogado presumido algo que tardará en olvidar!

Capítulo 12

Cuando Mason y Paul Drake salían al vestíbulo principal, hallaron al recepcionista frente a la centralita de los teléfonos queriendo justificarse y que no se apercibió de los dos individuos que se acercaban al mostrador. Era un torrente de excusas:

«…No sabe cuánto lamento lo sucedido, señorita Keats. Es que entraron inopinadamente y con paso rápido, sin prestar atención a mis voces, se metieron en el ascensor. Cuando salí corriendo tras ellos el ascensor ya había comenzado a subir. En realidad, el ascensorista tiene la culpa de lo ocurrido. No debió pulsar el botón de arranque. Tenga la absoluta seguridad de que será amonestado como es debido, sí, señorita… Sí, señorita, eso es, eran dos individuos… iban juntos… incluso les dije "caballeros" y no "caballero"… ¡Cuánto siento que usted no me comprendiera!… El portero no respondía a mis llamadas… ¿Debo llamar a la policía?… ¿Ya se fueron?… Por favor, señorita… hice cuanto pude. Cuando vi que el ascensor se detenía en el piso tercero me apresuré a llamar a los inquilinos que sabía que estaban en casa… y como la había visto entrar pocos minutos antes… Muchas gracias, señorita Keats, es usted muy bondadosa… Lamento mucho lo ocurrido, señorita, pero crea que hice cuanto pude para evitarlo… casi me atrevo a afirmar que la culpa fue mía… el ascensor… Le repito las gracias, señorita Keats…».

El recepcionista colgó el teléfono, suspiró con alivio y viéndolos a ambos apoyados contra el mostrador, exclamó con exasperación:

—¡Ustedes dos! ¡Vaya compromiso en que me han metido! ¡Tienen la culpa de todo!

—Vamos, hombre, no se ponga así, que no hay para tanto. Al parecer a esa inquilina ya se le está pasando el disgusto. Además,

aquí tiene el resto del reparto estatal.

Los ojos del empleado se clavaron en el billete de veinte dólares que se doblaba entre los dedos de Mason, mientras éste comentaba:

—No sé por qué me parece que usted se ha salido del conflicto sin mayor percance…

—¡Que se cree usted eso! ¡Si por poco me cuesta la cabeza, digo el empleo! ¡Si le parece poco, no sé qué puede pedir más!

—Hombre, algo… algo más —indicó Mason, continuando con el jugueteo del billete entre sus dedos.

—Oiga, márchese, que ya he tenido bastante disgusto. Ahora sólo faltaría que ella bajara y me viera aquí de palique con ustedes…

—Siempre le queda el recurso de demandarnos por haber infringido los reglamentos de la casa. Si lo hace, le prometo confirmar en todos los extremos lo que usted acaba de decirle a esa señorita.

El recepcionista al parecer no hizo caso de aquella oferta, pero preguntó:

—¿Qué significa este… algo más?

—Verá… intentamos hallar otras oportunidades para distribuir estos subsidios… estatales.

—¡Por todos los santos del cielo! ¡Cese con la comedia esa y salgan de aquí! ¡Sólo faltaría que me vieran con ustedes! Puede entrar alguien y… ¿Qué desean?

—¿Ocupa este puesto durante toda la tarde?

—Entro a las dos y presto servicio hasta medianoche.

—¿Prestó servicio el sábado último?

—Sí.

—No cabe discutir que la señorita Keats es una joven muy bella, una gran personalidad, con vitalidad…

—Está bien. Al grano —urgió el recepcionista.

—Una persona como es usted y ocupando este puesto, no cabe duda que se habrá dado cuenta de todo ello.

—¿Qué insinúa?

—Que no cabe duda de que recordará si estaba aquí el sábado por la tarde y a qué hora salió.

—¿Luego recibiré esos veinte dólares?

—Comprendida la información acerca de sus conversaciones telefónicas…

—A mí no se me soborna para que proporcione información de esa índole —afirmó el recepcionista, altivo.

—Claro, claro —convino Mason, continuando con el jugueteo del billete de veinte dólares.

Se produjo un silencio profundo, en el curso del cual Mason incluso se abstuvo de mirar al empleado, absorto en aquel doblar y desdoblar del billete que tenía entre sus dedos… Por fin, mirando a su interlocutor, preguntó:

—¿Qué hay?

El recepcionista, impaciente, respondió:

—¡Está bien! ¡Terminemos de una vez! ¡No sé qué es lo que persigue, pero debe prometerme que me protegerá!

—Cuente con ello —afirmó Mason.

—Como usted bien dice, la señorita Keats es una mujer que se destaca del montón por su personalidad. Desde luego no me dedico a husmear como tampoco a comentar, pero cuando se ocupa un cargo como éste es necesario extremar la atención y el cuidado, la memoria…

—Desde luego… —convino Mason.

—Recuerdo que el sábado por la tarde, la señorita Keats parecía preocupada. Salió y volvió a entrar… quizá media docena de veces, y por fin se quedó en su apartamento… no sé por qué me dije que debía esperar una llamada telefónica. Y acerté. La llamaron cuando todavía no habían dado las nueve y media de la noche y no habían transcurrido ni quince minutos que ya tenía su coche a la puerta, en respuesta a su llamada al garaje. Bajó inmediatamente llevando uno de esos maletines que las señoras llaman «fin de semana», montó en el coche y salió disparada.

—¿Usted no sabrá adónde se fue?

—Ni la más leve idea.

—Pero… —Mason volvió a juguetear con el billete— sí recordará de dónde procedía aquella llamada, quiero decir si era urbana o bien de conferencia, y sin duda recordará el nombre de la persona que llamó.

—Jamás escucho las conversaciones telefónicas. Es ilegal y

podrían procesarme si tal hiciera y más grave sería si dijera lo que casualmente haya oído por el teléfono.

—Lo comprendo. Hace usted muy bien. Pero sí me puede decir desde dónde llamaron.

El recepcionista vaciló un instante antes de responder:

—Desde Bear Valley.

—¿Hombre o mujer?

—Una mujer.

—¿Y qué dijo?

—Ya le he explicado que no escucho.

—Caramba, ¿y cómo sabe que fue una mujer? —preguntó Mason, sonriendo.

El recepcionista se volvió a medias, visiblemente incómodo, y por fin, contestó:

—Está bien, ahí va. Fue la conversación más corta que jamás he oído. La llamada de conferencia era para la señorita Keats y procedía desde Bear Valley. Llamé a su apartamento y mantuve el auricular para cerciorarme de que respondía. Repito que jamás escucho las conversaciones, sólo mantengo el auricular junto a mi oído hasta que compruebo que la comunicación está establecida e inmediatamente…

—Sí, ya lo sé… pero esa conversación fue algo excepcional.

—No es eso. Como le digo, escuché para cerciorarme de que la señorita Keats respondía e inadvertidamente, sin querer, se lo aseguro, la oí entera.

—¿Cómo fue eso?

—Porque sólo dijeron una palabra. Verá, la telefonista llamó diciendo que pedían conferencia desde Bear Valley para la señorita Keats y supe que se trataba de un teléfono de pago, porque cuando la señorita respondió, la telefonista preguntó por su nombre y dijo: «Un momento, por favor». Seguidamente advirtió a quien llamaba: «Son un dólar con quince centavos por tres minutos».

—¿Qué más?

—Oí cómo caían las monedas en el aparato y seguidamente cómo la telefonista decía: «Conforme. Hable». Repito que oí todo esto casualmente, porque escuchaba para asegurarme de que establecía la comunicación.

Mason asintió en silencio.

El empleado tragó saliva antes de proseguir.

—Fue la conversación más rara que jamás he oído. Nadie hizo la pregunta corriente de, por ejemplo: «¿Es la señorita Keats?», o bien «¡Hola, Marion!». Nada de eso. Aquella voz femenina sólo dijo: «Sí», e inmediatamente colgaron el aparato.

—¿Sólo esta palabra?

—Únicamente ésta.

—¿Y qué ocurrió en este extremo del teléfono?

—La señorita Keats colgó también en seguida. Aquello me asombró lo indecible. No podía tratarse de una conversación, pero nada podía hacer, porque el teléfono de la señorita Keats ya pedía línea. Conecté y me dijo: «Por favor, llame al garaje y que traigan mi coche inmediatamente».

Mason le ofreció el billete de veinte dólares en silencio y su interlocutor lo tomó sin decir palabra.

Cuando el abogado ya había dado dos pasos hacia la puerta, se volvió de repente y preguntó:

—¿No ha olvidado nada?

—Yo no, desde luego —contestó el recepcionista, y añadió—: Pero creo que usted sí, porque debería decirme: «¡Gracias!».

Capítulo 13

Perry Mason, Paul Drake y Della Street se hallaban en un conjunto de habitaciones alquiladas en el hotel «Bear Valley Inn», que habían sido transformadas en oficinas provisionales, proveyéndolas con mesas, máquinas de escribir portátiles, dictáfonos y archivos. Incluso había sido contratada una secretaria-ayudante para Della Street.

Por las relaciones bancarias y de intereses de Dexter Cushing en la comarca, y la fama que aureolaba a Perry Mason, que era el defensor que contendería con el fiscal del distrito, el interés público hervía de rumores y de excitación.

Mason se paseaba de un lado a otro en el salón que se había reservado como despacho, sopesando todos los aspectos relacionados con la causa en que iba a intervenir y diciéndole a Drake:

—Paul, para llegar hasta aquí desde la ciudad, se necesitan casi cuatro horas. Por lo menos tres horas cuarenta y cinco minutos. Esto lo hemos comprobado debidamente al venir y vamos a tomarlo como referencia.

Drake asintió en silencio. Mason prosiguió:

—En consecuencia, si Marion Keats partió de su domicilio poco antes de las nueve de la noche, cabe admitir que llegó a algún lugar de estas inmediaciones hacia la una y media de la madrugada.

»Ahora bien. Burris despertó a las dos de aquella madrugada y se ha determinado que el revólver que se halló en la proximidad del coche de Carlotta fue el arma que disparó el tiro mortal. El revólver pertenece o pertenecía a Harvey Delano, que no se aparta de Carlotta.

Paul Drake advirtió:

—Vamos por partes. Delano, creo yo, nada tiene que ver con el caso. Hay numerosos testigos que lo confirman. Comencemos por el encargado de la tienda local de artículos para el deporte. Delano enseñaba a Carlotta cómo hay que disparar un arma y ante él, Harvey dijo a ella, para ser precisos, que se la dejaba para que practicara. Compró también un juego de útiles para la limpieza y cuidado del arma en esta tienda y allí mismo le explicó cómo debía utilizarlos. Una tienda de artículos para el deporte de un pueblo es el lugar de reunión de sus aficionados a la caza, por lo tanto es como decir que la mitad de la población sabía que le había prestado el arma. No es ningún secreto.

Mason asintió a su vez en señal de aprobación. Drake continuó:

—Esto nos deja el revólver con Carlotta y con su madre. La primera afirma que lo guardaba en la bolsa para los guantes de la portezuela del coche, pero claro, esto podría decirlo también para proteger a su madre.

Calló Drake y ambos se sumieron en sus pensamientos, hasta que Drake preguntó:

—¿Permitirá Delano que Carlotta se siente en el estrado de los testigos para que le tomen declaración? Sus declaraciones ante el sheriff tendían a proteger a su madre. ¿Qué puede suceder si sube al estrado de los testigos, Perry?

—Eso no ocurrirá, Paul. Delano sabe muy bien que si lo permitiese, el fiscal inmediatamente se le echaría encima demostrando que no había declarado la verdad. Y esto lo saben todos, tanto el sheriff como la policía y, desde luego, el fiscal y ella misma. Si sube al estrado no hará más que flotar a su alrededor para por fin estrellarse contra el suelo.

—Aquellas huellas —refunfuñó Drake— partiendo desde el automóvil demostraron sin lugar a dudas que fue a su casa después de la medianoche. La escarcha no podía mentir.

—Sí —convino Mason con un suspiro—. Zapatos pequeños de tacón alto, caminando desde el coche de Carlotta hasta su casa, pasando por la reja de la entrada, subiendo hasta el porche y dejando a su paso huellas bien destacadas.

Drake, con cierta impaciencia, habló de nuevo diciendo:

—El fiscal seguramente lo presentará de la forma siguiente:

Carlotta no regresó a las once, como ha declarado, sino hacia las dos de la madrugada. Su madre la esperaba nerviosa, como es de suponer. Carlotta le contó algo que hizo hervir la sangre de su madre, impulsándola a tener una explicación inmediata con Arthur Cushing. Fue a la casa de éste, hecha un furia. Cushing se le rió en la cara. Aquello aumentó su rabia. Sabía dónde Carlotta había dejado el coche y que en la bolsa de la portezuela hallaría un revólver. Fue hasta el coche, tomó el arma, regresó a la casa de los Cushing y… Bien, Mason, estoy seguro que el fiscal lo presentará así, detalle más o menos.

—Muy bien expuesto, Paul, mas dígame: ¿Qué hizo Belle Adrian con el arma?

—Pues intentó esconderla. Por eso arrojó el revólver entre aquellas matas. Su primer impulso debió ser devolverlo a la bolsa…

Drake se interrumpió de pronto y mirando a Mason, exclamó:

—¡Pero eso no puede ser! No pudo volver al coche sin dejar otra serie de pisadas. Entonces serían tres… ¡Mason, aquí no cabe otra explicación que la de que fue Carlotta quien lo mató! ¡Eso es lo que debió ocurrir! La señora Adrian se levantó de la cama, fue al garaje y lo halló vacío. Entonces se vistió y se fue a la casa de los Cushing y allí halló a Arthur muerto. Entonces se preguntó dónde podía estar su hija y para cerciorarse mejor, echó a andar hacia su casa siguiendo la carretera que debía de haber recorrido Carlotta y así fue como encontró el automóvil aparcado.

—Y como es muy natural, en lugar de continuar andando hasta llegar a su casa, regresó a la de los Cushing, donde ya había visto muerto a Arthur… sin duda para preguntarle qué sabía de su hija —objetó Mason.

—Quizá —sugirió Drake— recordó entonces algo que debía hacer desaparecer, algo que comprometería a su hija… aquella polvera…

—¿Le gusta esa teoría? —preguntó Mason.

—¿Qué quiere que le diga, Perry? Yo creo que es como debió ocurrir todo. Es de la única manera que se puede explicar el lugar donde fue hallada el arma y las series de pisadas.

—Pues lo celebro, porque si usted está convencido, no cabe duda de que convencerá al jurado.

—¡Caramba! ¿Pero es que no se da cuenta de que todo se lo carga a Carlotta?

—¿Qué me importa? Carlotta no es mi defendida.

Drake miró a Mason largamente y advirtió:

—Perry, usted no me engaña. Usted está pensando en algo. Alguna de las suyas.

—Es que, Paul, hay una explicación muy sencilla, mucho más que las que usted ha expuesto.

—¿Cuál?

—El revólver no estaba en la bolsa de la portezuela del coche… eso lo declaró Carlotta para proteger a su madre.

Drake tornó a mirar a Mason con desconfianza y de pronto, exclamó:

—¡Pero… eso sería una premeditación! Porque significaría que la señora Adrian fue allá empuñando el revólver, como quien dice… ¡Un agravante!

—Eso es —confirmó Mason asintiendo con la cabeza.

—¡Claro! ¡Premeditación! Belle Adrian salió de su casa con intención homicida. Lo asesinó y luego fue hasta el coche de Carlotta donde arrojó el arma entre la maleza, luego regresó a la casa de los Cushing y desde allí, regresó a su casa. ¡Esto, Perry, lo explicaría todo! ¡El arma, las huellas, el asesino, y el asesinato!

—Esto es lo que dirá el fiscal, Paul. Y no lo dude —afirmó Mason.

—¿Pero usted no cree que ocurrió de esta manera, acaso?

—Paul, hemos de determinar dos cosas, que las necesitamos imprescindiblemente. A saber: quién era la mujer que gritó, y quién fue que calzando zapatos con tacón alto anduvo desde el automóvil de Carlotta hasta la casa de los Cushing o bien, si así lo prefiere, desde la casa de los Cushing hasta el coche de Carlotta.

Capítulo 14

Puede afirmarse que toda la comunidad que vivía en Bear Valley había acudido a presenciar la vista preliminar de aquella causa ya tan célebre.

El juez Raymond Norwood tampoco era insensible al hecho de que los periódicos más importantes del país hubiesen destacado a sus reporteros para que asistieran a la vista preliminar del proceso en el tribunal que él presidía. En consecuencia, se esforzaba en mostrar y mantener la dignidad de la magistratura todavía con mayor decoro y seriedad si ello era posible de la que ya tenía fama de ser un esforzado paladín.

Dexter C. Cushing había contratado los servicios de C. Crestón Ives para que actuara en su nombre como acusador privado, y si acaso Darwin Hale, fiscal del distrito, se sentía molesto por lo que casi podía considerar como una intromisión en su actuación o bien como poca confianza en la misma, la riqueza y el poderío de Dexter Cushing le aconsejaba disimular sus sentimientos.

Pronto se demostró que a pesar de su reputación y renombre, el abogado C. Crestón Ives era casi un novato en el informe ante un tribunal, porque su especialidad eran los asuntos concernientes a impuestos, constitución de sociedades financieras y las materias diversas relacionadas con ellas. Pero su prestigio profesional unido a la circunstancia de representar al padre de la víctima, conferían al fiscal Darwin Hale, mediante su colaboración, una aureola de superioridad y de autoridad nada desdeñables.

Dexter Cushing, encargando a su abogado su acusación privada, proclamaba a los cuatro vientos que consideraba a Belle Adrian culpable de la muerte de su hijo y que emplearía toda su riqueza e influencia para conseguir una sentencia condenatoria.

Darwin Hale, que había seguido hasta entonces una ascendente carrera política[2], estaba decidido a proseguirla derrotando al célebre Perry Mason en una contienda judicial. El fiscal, que se había hecho cargo del caso con su energía característica, daba a entender claramente que estaba decidido a llevar a la acusada ante el tribunal de lo criminal. A Mason, que había conseguido su reputación por sus éxitos en las vistas preliminares, convirtiendo sus juicios en sentencias decisivas y terminantes, había que forzarlo a que sentara a su defendida en el estrado de los testigos, donde declararía bajo juramento, lo que significaría una gran ventaja para el fiscal para cuando se viera la causa ante el jurado de un tribunal de lo criminal.

El primer testigo, doctor Alexander L. Jeffrey, declaró que había conocido a Arthur Cushing en vida y como paciente al reducirle una fractura que había sufrido en un tobillo mientras esquiaba. El día tres del mes corriente, a las cuatro y media de la madrugada aproximadamente, había sido requerido para que se personara en la casa que pertenecía a los señores Cushing, donde halló el cadáver de Arthur Cushing muerto a causa de la penetración de un proyectil que le había sido disparado al pecho. La hora de la muerte, conforme el suceso y luego por la autopsia practicada, podía calcularse que fue entre las dos y las tres de la madrugada. Añadió, en su declaración, que en la autopsia le había sido extraído una bala del calibre 38. Aquella bala debió causarle necesariamente una muerte instantánea. El proyectil lo había entregado a los expertos en balística para su estudio y comparación.

—¡Puede interrogarlo! —exclamó el fiscal, dirigiéndose a Mason.

—Doctor, ¿cuándo ocurrió aquella fractura del tobillo? —preguntó Mason.

—Aproximadamente dos semanas antes de su muerte.

—¿Cómo se solucionaba la fractura?

—Perfectamente.

—¿Estaba la pierna enyesada?

—Sí, señor. Toda la parte inferior.

—¿Podía andar el paciente?

—Con muletas.

—¿Y sin ellas?

—No.

—¿Podía ir de un lado para otro en silla de ruedas?

—Sin inconveniente.

—Pero no podía hacer fuerza con la pierna, ¿no es así?

—Así es.

—Acerca de la hora de la muerte, doctor… ¿no cree usted posible que pudiera ocurrir algo antes, digamos, por ejemplo, a la una y media de la madrugada?

El médico denegó con un ligero movimiento de cabeza al tiempo que respondía:

—No. Me baso en la declaración de la sirvienta que sirvió la cena desde las nueve a las nueve y media de la noche. El proceso de la digestión cabe calificarlo casi de exacto, señor Mason. El alimento ingerido tarda unas cinco horas en llegar al intestino.

—De su declaración «cabe», pues, también deducir que sólo puede indicar el momento, digamos la hora de la muerte, basándose en una declaración que ha oído —comentó Mason con tono de duda.

—No, señor. No sólo en eso. Cuando examiné el cuerpo por vez primera, juzgué que había muerto dos o tres horas antes.

—Pero, doctor, recuerde que a mi pregunta anterior usted respondió que para precisar la hora, se había basado en la de la ingestión de los alimentos.

—Bien —replicó el doctor, enderezándose en su asiento—. La temperatura del cuerpo también es un factor muy importante, casi determinante. No dudo en afirmar que la víctima murió dos horas antes de que la examinara.

Mason miró al testigo un instante con rostro grave y, lentamente, dijo:

—Eso es todo. Gracias, doctor.

El doctor Jeffrey ya se levantaba, cuando de pronto el fiscal exclamó, sonriendo:

—¡Por favor, doctor! Un momento sólo. Pero como el señor Mason tiene una endiablada reputación de interrogador, deseo precisar la declaración de usted para que luego no hayan dudas.

Mientras decía aquellas palabras, el fiscal Hale miraba a Mason,

para indicarle que no le intimidaba su fama, y seguidamente miró a la masa de público que se apiñaba para presenciar el acto y la intervención de un conciudadano en el mismo, como diciéndoles: «Amigos, presten atención, ahora verán cómo vapuleo a ése».

—Veamos, doctor —prosiguió el fiscal—. ¿Es verdad que su dictamen acerca de la hora que ocurrió la muerte está basado en principio sobre lo que usted ha oído, o bien le han dicho, concernientemente a la hora en que fue servida la cena?

—Sí, señor.

—Pero este dictamen posterior que usted ha expuesto en contestación a las dudas sugeridas por el señor Mason, de que usted afirma que la muerte ocurrió dos horas antes de que usted examinara el cadáver, este dictamen, repito, no descansa sobre ninguna noticia que usted haya oído o que le hayan dicho. ¿Es así?

—Bien… Así es.

—Opino que todo está bien definido —dijo el fiscal sonriendo, y dirigiéndose a Mason, prosiguió—: Es que deseaba cerciorarme de que usted ha comprendido sus palabras exactamente, señor abogado.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Mason afablemente—. Creo que lo he entendido perfectamente. ¿Desea preguntarle algo más?

—Nada más. Eso es todo, doctor —contestó el fiscal dirigiéndose al médico.

—¡Perdón, un momento! —rogó Mason—. Teniendo presente que usted…, al parecer, desea proceder con técnica depurada, señor Hale, y que además se ha permitido comentar mi «reputación endiablada» como interrogador, opino que conviene hacerle al testigo una o dos preguntas más todavía.

—¡Adelante! ¡Será un placer oírlas!

Mas el juez Norwood creyó oportuno intervenir en aquella escaramuza dialéctica, advirtiendo:

—Caballeros, les ruego que eviten estos sarcasmos entre ustedes porque sé por experiencia que fácilmente derivan a incidentes personales, pero ante todo, menoscaban la dignidad de este tribunal. Espero que no se repetirán.

—Cuidaré de mis expresiones, señoría —respondió Mason, y añadió—: Desearía preguntar algo más al doctor Jeffrey.

—Está en su derecho. Prosiga —ordenó el juez.

—Doctor, cuando usted determinó que la muerte debió ocurrir dos horas antes de su examen del cadáver, ¿en qué se basó?

—En su temperatura. Cuando muere un cuerpo humano, va enfriándose paulatinamente, digamos en forma constante. Nuestro cuerpo, señor Mason, es una maravilla en lo que atañe a lo que podríamos denominar aire acondicionado. Si no hay una causa que provoque la fiebre, nuestro cuerpo mantiene siempre la temperatura de treinta y siete grados. Cuando sobreviene la muerte, se enfría, en escala descendente que a un médico con cierta práctica le permite determinar la hora de su fallecimiento con aproximación suma.

—Muchas gracias, doctor, por su informe.

El doctor asintió en silencio.

Mason prosiguió:

—En consecuencia, si no he entendido mal, cuando usted examinó el cuerpo de Arthur Cushing, su temperatura le indicó que la muerte había ocurrido dos horas antes aproximadamente.

—Así fue.

—Tengo entendido —prosiguió Mason— que la temperatura del cuerpo humano, cuando fallece, desciende unas ocho décimas de grado por cada hora que transcurre luego. ¿Estoy en lo cierto?

El doctor Jeffrey se frotó la nuca ligeramente antes de contestar.

—Desde luego es así, pero depende también de ciertas circunstancias.

—Siguiendo la pauta de este descenso, supongo que cuando usted examinó por vez primera el cuerpo de Arthur Cushing determinó que su temperatura era treinta y cuatro grados con seis décimas aproximadamente. ¿Estoy en lo cierto?

—En realidad no es así —arguyó el doctor Jeffrey—. Su suposición no es correcta.

—¿Que no es correcta? ¿Por qué?

—Es que no tomé la temperatura del cuerpo cuando lo examiné la primera vez. No lo hice hasta que el cadáver fue colocado en un lugar apropiado para su examen. Entonces empleé el termómetro.

—Así, desde el momento en que examinó el cuerpo hasta que tomó la temperatura, ¿cuánto tiempo transcurrió todavía?

—Una hora… aproximadamente.

—Entonces puedo presumir que desde que ocurrió la muerte hasta que le tomó la temperatura habían transcurrido tres horas y que ésta era la temperatura que mostraba.

—Bien… sí.

—¿Duda usted, doctor?

—Estoy intentando ver claramente su pregunta, comprender su alcance.

—¿Pero la ha entendido? ¿La ha comprendido?

—Sí, señor.

—¡Y la ha contestado! —estalló el fiscal.

—Efectivamente —aceptó Mason, y dirigiéndose de nuevo al médico, prosiguió—: En consecuencia, doctor, usted está dispuesto a testimoniar que cuando tomó la temperatura al cadáver, repito, ésta era de treinta y cuatro grados con seis décimas.

—No he dicho tal cosa —advirtió al doctor Jeffrey.

—Usted ha explicado que el descenso de la temperatura de un cadáver es del orden de unas ocho décimas de grado por hora, después del fallecimiento.

—He dicho eso en respuesta a la afirmación o pregunta que usted ha hecho acerca de la pauta descendente de la temperatura.

—Bien, pero hemos convenido que es ésta, ¿acaso no es así?

—Eso… depende.

—¿De qué?

—De la atmósfera, del ambiente que rodea al difunto.

—¡Ah, claro! —exclamó Mason y prosiguió—: Pero es que usted no mencionó este extremo al contestar a mi pregunta.

—Pero es así. La pérdida de calor indicada hay que considerarla como una indicación general, pero siempre condicionada a ciertas limitaciones.

—Desde luego, bien se entiende, sometida a ciertos límites. Pero si mal no recuerdo, ruégole doctor que me corrija si me equivoco, en las conferencias de medicina forense a que asistí nos explicaron que esta pérdida de ocho décimas podía considerarse como corriente y normal en ambientes que oscilan entre los diez y los treinta y tres grados centígrados. Las temperaturas que rebasan en más o bien en menos los límites enunciados, parece que influyen de manera notable en la pérdida de calor del cadáver. ¿Estoy en lo

cierto, doctor?

—Desde luego, así es y tomé en consideración los factores que ha mencionado.

—¿Quiere explicarse?

—La temperatura en el exterior era de cinco grados bajo cero aproximadamente y teniendo presente que cuando ocurrió la muerte la ventana estaba rota y la temperatura de la habitación había descendido rápidamente a la del exterior, tomé en cuenta ambos factores para dar mi dictamen.

—Le comprendo, doctor. ¿Comprobó usted la temperatura que reinaba al aire libre?

—No, señor. Tuve en cuenta la que había indicado el Servicio Meteorológico.

—Así no hay duda. Pero… ¿cómo supo usted que la ventana estaba rota cuando ocurrió la muerte?

—Pues… es lógico.

—Por favor, ¿cómo lo supo?

—Me lo dijo el fiscal Hale.

—Perfectamente. ¿Acaso le dijo también cómo lo averiguó?

—Me dijo que tenía un testigo, Sam Burris, que había oído el disparo fatal y la rotura de los vidrios. Que casi había ido corriendo a la casa y había visto la ventana rota. Según ha declarado, halló la estancia en la misma condición que estaba cuando yo llegué allí.

—Así cabe deducir de que su respuesta a la pregunta del fiscal de que su estimación de que la muerte había ocurrido dos horas antes de que examinara el cadáver no estaba basada ni influida por las declaraciones de otra persona, hay que considerarla equivocada. ¿No es cierto? —preguntó Mason.

Con irritación evidente, el doctor Jeffrey respondió:

—Cuando la ha hecho, ya me he dicho que era… peligrosa.

—¿Pero usted la entendió?

—La entendí perfectamente.

—¿Y la contestó?

—Sí, la contesté.

—Equivocadamente, ¿no es así?

—¿Qué podía hacer? —preguntó el doctor Jeffrey, y explicó—: Puede decirse que el fiscal me puso las palabras en la boca y a su

manera la respuesta correcta. Ellos…

—Un momento, por favor —le interrumpió Mason—. ¿Va a decir que estaba dispuesto a declarar lo que el fiscal deseaba que testimoniara?

—No quiero decir eso.

—Es que he llegado a temerlo.

—Pero no ha sido así. La contestación aquélla la he hecho un poco sin meditarla… Como sin duda ya sabe usted por propia experiencia, señor Mason, muchas cosas en esta vida dependen del supuesto que cada uno se forma de las fuentes de información que se consideran dignas del mejor crédito.

—Le comprendo perfectamente, doctor —respondió Mason, con voz tranquila, como si no concediera mayor importancia al diálogo sostenido y añadiendo—: No creo que lo que hemos examinado tenga importancia primordial, pero he creído conveniente subrayarlo, teniendo en cuenta el énfasis con que ha querido realzarlo el señor fiscal. Muchas gracias, doctor.

El doctor Jeffrey se levantó del asiento de los testigos, como si aquel lugar estuviera ardiendo, mientras el fiscal intentaba disimular su contrariedad hojeando los documentos que tenía sobre la mesa.

—¿Desea interrogar de nuevo al testigo? —le preguntó Mason, con palabra suave y conciliadora.

—¡Cuídese de su misión, que yo atenderé a la mía! —exclamó el fiscal, sin volver la cabeza.

Entre el público se oyeron algunas risas ahogadas.

El juez Norwood golpeó con energía sobre su mesa y seguidamente anunció:

—Este tribunal se retira a descansar durante diez minutos.

Capítulo 15

La señora Burris poseía una mente escrutadora, amén de un ardiente interés por el quehacer de todo el mundo que la rodeaba. Los tópicos corrientes de la prensa relatando los pormenores de la causa eran pálidos reflejos, para ella, de los comentarios que se podían hacer entre ellos los miembros de la comunidad.

Durante aquellos diez minutos de descanso matutino, en pleno goce de su privilegiada posición como esposa de uno de los testigos principales, no pudo resistir la tentación de susurrar al oído de su amiga Hazel Perris, la esposa del carnicero del lugar, cuando ésta opinó que «las Adrian» eran dos mujeres tan distinguidas que era inconcebible suponerlas capaces de llevar a cabo aquel crimen, un comentario enigmático, al decir:

—¿Quién lo sabe? Quizá precisamente por eso, por su distinción, se hallan envueltas en este proceso.

—¿Qué quieres decir, Betsy?

—Bien, Hazel, todos sabemos quién era Arthur Cushing y cómo las gastaba.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Que qué tiene que ver? Vamos… suponte que cenes con un hombre y éste no acepte tu «negativa», ya me entiendes, ¿qué harías?

—Le daría en la cabeza con mi rodillo de amasar hasta que se le abrieran los oídos —contestó Hazel Perris, con expresión fiera.

La señora Burris asintió con ella diciendo:

—Eso haría yo también y es lo que hizo Carlotta, sólo que como no tenía rodillo a mano, agarró un espejo.

—Estás equivocada —objetó su amiga—. Si hubiera utilizado un espejo, Arthur Cushing habría mostrado cortes y contusiones.

¡Imagínate cómo le habría quedado el rostro!

—¿Quién te lo asegura?

—Mujer, esto es lo lógico.

La señora Burris adoptó la actitud de una persona que si pudiera hablar…, pero se limitó a comentar, con tono sarcástico.

—Vete haciendo caso de lo que dicen los expertos en estas ocasiones…

—Oye, Betsy Burris, que tú sabes lo que ocurrió tan bien como yo. Además, tu marido ha dicho que «primero» oyó el disparo y «luego» la rotura de los vidrios.

—¿Ése? Óyeme bien, Sam se confunde con frecuencia —comentó su esposa agriamente.

—¿Acaso sabe algo más? —preguntó la señora Perris con avidez.

—Para mí que Carlotta le arrojó el espejo, falló en darle en la cabeza como seguramente era su intención, pero el espejo se estrelló contra el respaldo de la silla de ruedas. Luego la chica le contó a su madre lo que había ocurrido. Belle Adrian, furiosa, metió el revólver en el bolsillo de su abrigo y se fue a decirle cuatro verdades a Arthur Cushing. Éste ya sabemos cómo era, debió reírse y burlarse de ella. Furiosa, debió apuntarle con el revólver, seguramente para atemorizarle. El chico cogió aquel cuadro y se lo arrojó, ella se apartó para evitarlo y entonces, involuntariamente, apretó el gatillo.

—Tonterías, mujer. Esto no tiene sentido —objetó de nuevo la señora Perris—. Carlotta quizá está comprometida en la muerte de Arthur Cushing. Muchas chicas de hoy carecen de sentido común y de pudor… mejor es no comentarlo. Pero la madre es una persona sensata. Imagínate lo que puede haber ocurrido, yendo por ahí y sin nadie al lado. Pero Belle Adrian, te lo repito y puedes estar segura, es algo muy distinto. Jamás creeré que fuera a la casa de los Cushing a las dos de la madrugada. Es una señora. Habría aguardado hasta la mañana.

La señora Burris hizo ademán de decir algo, pero se contuvo. Su amiga prosiguió, con aire displicente:

—Antes de casarme y venir a vivir aquí, trabajé varios años como camarera y en ese oficio se aprende a conocer a la gente y a distinguirla. Belle Adrian no es el tipo de mujer que te imaginas. Es

una señora. ¡Si conocieras la naturaleza humana como yo…!

—Pues estás aviada con tu experiencia como camarera —exclamó la señora Burris con desdén—. Algún día te probaré que estás equivocada por completo. Ahora el proceso está en curso, pero cuando todo haya terminado nos sentaremos tranquilamente y te contaré algo que te dejará boquiabierta. Te demostraré que no eres sólo tú quien tiene experiencia con la gente o bien que es capaz de juzgar su carácter. Te enterarás de un par de cosas muy curiosas, muy interesantes.

—¿Qué quieres decir con todo esto, Betsy? ¿Qué es lo que me dirías?

—Nada, nada. No tiene importancia. Era un hablar por hablar. Perdóname un momento, pero he de decirle algo a Sam.

Con los labios apretados y serio rostro, continente muy distinto a su acostumbrada vivacidad locuaz, abandonó su asiento y desapareció por entre el gentío que estaba en el corredor.

La asombrada esposa del carnicero vio alejarse a su amiga y cuando tras un ligero encogimiento de hombros se arrellanaba de nuevo, vio ante sí el rostro del sheriff Elmore, que, sonriendo, le preguntaba:

—Vamos, ¿por qué pone esa cara tan seria?

La señora Perris le miró un instante entre sorprendida y pasmada, mas de pronto, siguiendo un impulso súbito, le tomó del brazo y apartándose de los demás grupos hasta quedar fuera del alcance de sus oídos, le preguntó:

—Óigame, Bert Elmore, ¿interrogaron a Sam Burris a conciencia?

—¿A Sam Burris? Caramba, ya lo creo. Lo de la hora y todo lo demás, lo comprobamos una y otra vez.

—No me refiero a la hora. Quiero decir si le han preguntado acerca de todo lo que «sabe» concerniente a este delicado asunto.

—No creo que se nos haya pasado nada por alto, como tampoco que se haya callado algo.

—Bert, si yo estuviera en su lugar me cercioraría de nuevo. Pero no perdería el tiempo hablando con Sam Burris, sino que tendría unas palabras con su esposa.

—¿Qué quiere usted decir, Hazel?

—Yo, nada. Pero me parece que Betsy Burris sabe algo que no se atreve a decir hasta que se haya visto la causa. Me ha dicho algo raro, no sé… como si confirmara que Belle Adrian estuviera implicada en el asesinato.

—¿Cómo ha llegado a esta conjetura?

—Por lo que ha dicho. Créame, Bert Elmore, hable con ella, pero procure que Sam Burris no lo sepa. Llévesela a su oficina e interróguela. Estoy segura de que averiguará cosas que cambiarán el curso de este proceso.

—¿Pero qué es lo que ha dicho? —apremió el sheriff Elmore, frunciendo el entrecejo.

—Mire, sheriff, decir… no ha dicho nada importante, pero lo que sí es la manera de cómo se ha expresado.

—¿Le ha dicho que le contaría algo después de que la causa hubiese terminado?

—Eso es.

—¿Y además insinuó que ella y Sam se callaban ciertos detalles?

La señora Perris asintió en silencio.

—Muchas gracias, Hazel —dijo el sheriff.

Dando media vuelta, se dirigió rápidamente hacia la puerta de la oficina donde el fiscal Hale conferenciaba con el acusador privado Ives.

Capítulo 16

Terminado el descanso, el juez Norwood ocupó de nuevo su sitial. Hecho el silencio en la sala, el fiscal llamó al estrado de los testigos al experto en balística de la policía metropolitana, que había sido enviado al condado para el examen del arma y del proyectil.

El experto declaró que había examinado el proyectil y comprobado, sin lugar a dudas, que había sido disparado por un revólver tipo «Colt Police Especial», calibre 38, que tenía grabado el número 740818. Presentó fotografías mostrando las estrías producidas en un proyectil de prueba por el interior del cañón del arma y que coincidían con las de la bala que había ocasionado la muerte.

Cuando Mason anunció que renunciaba a interrogar al testigo, se oyeron algunos rumores entre el público.

Inesperadamente el fiscal llamó al estrado de los testigos a Harvey Delano, anunciando que era un testigo de la acusación.

Delano, delgado, elegante con su terno de chaqueta cruzada, aparecía así más en consonancia con su ambiente habitual que cuando iba vestido con el atuendo de vaquero, luciendo aquellas botas de montar con altos tacones que hacían aparecer a sus breves pies más pequeños todavía y aquel cinturón ancho, recargado de adornos, que acentuaba la reducida cintura masculina.

—Señoría —dijo el fiscal dirigiéndose al juez Norwood—. Creo que es mi deber advertir de que este testigo probablemente será hostil a la acusación. Es un abogado contratado por la hija de la acusada.

Con rudeza evidente, el fiscal preguntó a Delano:

—Aquí le muestro este revólver y llamo su atención hacia él.

Está marcado como prueba «A» del Estado contra la acusada. Le pregunto si usted ha visto antes esta arma.

Era de ver que Delano tenía preparada su respuesta, porque contestó con voz mesurada:

—Soy abogado de Carlotta Adrian y en calidad de tal rehúso responder a toda pregunta que pueda significar quebrantamiento de la lealtad que debo a mi cliente.

—No le pido que rompa la fidelidad debida a su cliente. No le pregunto nada relacionado con lo que usted pueda haber dicho a su cliente o bien éste a usted. Sólo quiero su declaración concerniente a este revólver. ¿Lo ha visto antes?

—Sí.

—¿A quién pertenece?

—Es mío.

—¿Cuándo lo tuvo o lo vio por vez última antes de ahora?

Delano se mojó los labios, lanzó una mirada al juez como implorando ayuda y contestó:

—Se lo presté a Carlotta Adrian, que es amiga mía, además de que en esta ocasión es mi cliente.

—¿Cabe deducir de sus palabras que este revólver estaba en poder de su cliente en la noche del día dos al día tres del corriente y en la mañana siguiente a dicha noche?

—No puedo saberlo.

—¿Sabe usted si no estaba en su poder?

—No lo sé.

—¿Cuándo lo tuvo en su poder usted por última vez antes de ahora?

—El domingo de la semana anterior.

—Esto es todo —anunció el fiscal Hale.

Mason se levantó y dirigiéndose al juez dijo:

—Señoría, si bien la defensa nada tiene que preguntar al testigo en este momento, desea reservarse el derecho de hacerlo más adelante, cuando lo juzgue oportuno. Gracias, señoría.

El ayudante del sheriff que había hallado el arma declaró que la encontró «entre unas matas bajas» a unos diez, quizá hasta once metros, del lugar más próximo del coche de Carlotta Adrian.

Mason, una vez más, renunció a interrogar al testigo.

Ocupó el estrado de los testigos Dexter C. Cushing. Declaró que era el padre de la víctima. Con esfuerzo evidente para contener su emoción al mostrarle el fiscal un trozo de cristal que figuraba como prueba, declaró que aquello era una parte de un espejo antiguo que desde varias generaciones pertenecía a la familia. Él mismo lo había llevado a la casa de Bear Valley y había encargado a su hijo que lo colgara en uno de los muros del salón. El testigo lo había dejado de momento en el garaje.

—Puede interrogarle —le dijo el fiscal a Mason.

—¿Era Arthur su único hijo? —le preguntó Mason.

—Sí.

—¿Habría sido su único heredero?

—Sí.

—¿Es usted viudo?

—Sí.

—¿Está usted interesado en el resultado final de esta causa?

—Sí.

—¿Ha contratado los servicios del eminente señor Crestón Ives para aconsejar al fiscal del distrito en esta causa?

—¡Sí! —exclamó Dexter Cushing.

—¿Con el decidido propósito de que la acusada sea condenada?

—Sí.

—¿Paga usted los honorarios del señor Ives?

—Sí.

—Y naturalmente desea con ansia que la acusada sea convicta de asesinato, ¿no es eso?

—Confío en que sea condenada por asesinato en primer grado y, en consecuencia, ejecutada.

—Para vengar la muerte de su hijo, ¿verdad?

—Sí.

—Doy por sobreentendido que usted no quiere que el asesino de su hijo escape al castigo que merece, ¿estoy en lo cierto?

—Daría hasta el último céntimo de mi fortuna para que se cumpla justicia.

—¿Ha considerado que si esta acusada se declara inocente todo el dinero que ha gastado sólo habrá servido para ayudar a escapar al verdadero asesino?

—¡Señor Mason, cuide de su defensa, que yo me cuidaré de mí!

—¿Pero ha meditado alguna vez esta posibilidad?

—Nunca he pensado en ello, ni tampoco lo haré, porque la acusada es culpable.

—¿Y con esta presunción de que es culpable hace cuanto está en su mano para que sea declarada convicta?

—Que será evidente cuando hayan sido presentadas todas las pruebas —afirmó Dexter Cushing, y añadió secamente—: Ya lo verá.

—Así lo haré, señor Cushing, y le sugiero que usted haga igual. Gracias. Esto es todo.

Cushing bajó del estrado de los testigos.

—¡Ah, por favor, señor Cushing! —exclamó Mason como si recordara algo repentinamente—. Se trata sólo de una pregunta de información, que puede contestar sin subir al estrado. ¿Conoce a una tal señorita Marion Keats?

—No.

—¿Oyó hablar de ella alguna vez a su hijo?

—Nunca.

—Bien, muchas gracias —dijo Mason sonriendo en respuesta al puñetazo que conforme a su expresión estaba dispuesto a darle Cushing.

—¡Que se presente Nora Fleming! —dijo el fiscal en voz alta.

Nora Fleming resultó ser una joven rubia, de cuerpo esbelto, y muy atractiva. Según declaró, había sido sirvienta en casa de los Cushing, y su compostura dejaba entrever que le desagradaba comparecer ante el tribunal. Mantuvo bajos sus grandes ojos azules y habló con voz tan baja que apenas fue audible.

Declaró lo que sabía casi entre dientes.

Arthur Cushing le dijo que esperaba a una invitada para cenar. Fue el día dos del mes corriente. Ella preparó la cena y la invitada fue Carlotta Adrian, una de ambas acusadas. Carlotta vino sola con su coche. Ella sirvió la cena a Arthur Cushing y a Carlotta. Arthur ocupaba su silla de ruedas.

El fiscal, con gesto dramático, mostrándole una prenda desgarrada, le preguntó:

—¿Ha visto usted antes esta prenda?

—Sí, señor.
—¿Recuerda cuál es?
—Es la blusa que Carlotta Adrian llevaba en la cena aquella.
—Por favor, coja usted esta blusa y examínela con mucho cuidado.
—Sí, señor.
—¿Observa algún detalle o diferencia de cuando la llevaba la persona que ha mencionado?
—Sí, señor.
—¿Cuál?
—Un desgarrón en su pechera.
—¿Estaba desgarrada esta blusa la noche en que usted sirvió la cena?
—No, señor.
—¿Cuándo salió usted de la casa?
—No lo recuerdo exactamente, pero serían alrededor de las diez y cuarto. Limpiada la vajilla, le pregunté al señor Cushing si deseaba algo más. Me dijo que no y yo repuse que vendría al día siguiente, desde luego, a las ocho y media para prepararle el desayuno. Cuando me fui contemplaban unas películas de colores.
—¿A qué hora acostumbraba desayunarse?
—Hacia las nueve de la mañana.
—Puede interrogar a la testigo —dijo el fiscal dirigiéndose a Mason.
Éste la contempló unos instantes profundamente y por fin le preguntó:
—Por favor, ¿es señorita Fleming o bien señora Fleming?
—Señora Fleming.
—¿Casada?
—Actualmente, no.
—¿Viuda acaso?
—Divorciada.
—¿Reside aquí desde hace tiempo?
—Unos dos meses.
—¿Desde cuándo conocía a Arthur Cushing?
—Hacía unos seis meses.
—¿Trabajaba para él antes de venir aquí?

—No, señor. Su padre me contrató luego de venir yo aquí.

El fiscal Hale se disponía a interponer objeciones a las preguntas de Mason, pero éste le salió al paso preguntando a la testigo:

—¿Vio el espejo antiguo que el señor Cushing había depositado provisionalmente en el garaje?

—Sí, señor. Lo había visto e incluso le quité el polvo.

—¿Era un espejo pesado?

—Sí, señor.

—¿Tiene idea de su peso?

—No, señor.

—Voy a mostrarle un espejo antiguo —dijo Mason— que creo que corresponde poco más o menos al tipo del espejo que allí había. Le ruego que lo tome en sus manos y nos diga si opina si es de peso y dimensiones parecidas al que estamos mencionando.

—¿Con qué finalidad? —preguntó el fiscal.

—Sólo como referencia.

C. Crestón Ives se levantó y con voz, tono y ademanes propios de jurisconsulto de grandes empresas, dijo al juez:

—Señoría: Si el abogado defensor desea llevar a cabo una comprobación, ésta debe hacerse en las mismas condiciones que existían en el momento en que se produjo el delito. Supongo que el abogado defensor no afirmará que el espejo que va a presentar es un duplicado exacto al que había en el garaje.

—¿Un espejo igual? —preguntó Mason, mostrando sorpresa—. Desde luego que «no» lo es. No me explico cómo el señor acusador privado puede suponer que pretendo eso. Lo único que deseo es que la testigo nos diga si el espejo que había en el garaje era del tamaño y de un peso aproximados al que le entrego.

La testigo, mientras tanto, ya había tomado en sus manos el espejo levantándolo ligeramente y comenzó a decir:

—Me parece que el peso…

—Un momento —le interrumpió el juez Norwood, y dirigiéndose al acusador privado, le preguntó—: ¿Quiere interponer objeción formal, señor Ives?

—No, señoría. No era ésta mi intención. Ha sido sólo un comentario fundamentado en la ley en lo concerniente a una comprobación o experimento análogo.

—Opino que el señor acusador privado ha hecho una advertencia muy adecuada —admitió Mason y añadió—: Desde luego, aseguro a vuestra señoría que la comprobación de este espejo que propongo sólo tiene por objeto cerciorarme de la capacidad de recuerdo o memoria de la testigo.

—Perfectamente —decidió el juez, y dirigiéndose a la testigo, ordenó—: Conteste a la pregunta.

—Diría que es de peso y medidas semejantes —contestó la interpelada.

—Gracias. Pesa algo más de catorce kilogramos. Esto es todo —explicó Mason.

Seguidamente, el juez Norwood decidió:

—Es mediodía. El tribunal se retira a descansar hasta las dos de la tarde. La acusada queda confiada a la custodia del sheriff.

Mason miró a Drake, le hizo un gesto y con Della Street y apartando a los curiosos se unió al detective, marchando presuroso a las habitaciones que tenían reservadas en el hotel, donde para las doce y diez tenían encargado un ligero refrigerio.

Cuando estuvieron solos, Mason le dijo a Paul Drake:

—Debió de haberse informado de esa ama de llaves o sirvienta o lo que sea, Paul.

—Desde luego —admitió el aludido—. Pero con aquellas prisas de los números de matrícula… Lo siento.

—Desde luego, hemos tenido que trabajar contra reloj —comentó Mason—. Alguien ya me dijo que los Cushing tenían aquí un ama de llaves o algo semejante, que había sido contratada por el viejo Cushing, pero no presté mucha atención a lo que me dijeron. Pero me parece que Arthur Cushing le hizo una jugarreta a su padre con esa criada.

—También creo lo mismo —intervino Della Street—. Desde mi lugar pude observar perfectamente la sorpresa que mostró el rostro de Cushing padre cuando oyó aquello de que la criada ya conocía a su hijo desde algún tiempo antes de que fuera contratada para venirse a vivir aquí.

—Esto está más claro que la luz. Arthur Cushing deseaba que la chica tuviera el empleo, pero que la pagara su padre. Todo consistió en que la chica se ofreciera en el momento oportuno, que le pidiera

al padre la colocación y ya está…

—Cuando los periódicos publiquen este detalle, el aspecto del proceso cambiará un poco —observó Drake.

Frunciendo el entrecejo, Mason advirtió:

—Poco a poco, Paul. Eso es precisamente lo que no debe ocurrir.

—¿Por qué?

Mason comenzó a ir de un lado para otro lentamente y de pronto dijo:

—Veamos… La muerte ocurrió poco después de la medianoche. La capa blanca de la escarcha, puede así decirse, aisló la casa por completo de todo contacto exterior. La sirvienta ya se había marchado, Carlotta también. La sirvienta afirma que se fue a casa y la evidencia de la escarcha que cubría el suelo así lo indica.

—Conforme, pero pudo regresar y disparar contra Arthur Cushing.

—Hubiera dejado huellas de sus pasos.

Drake arguyó:

—Pudo dispararle desde la carretera, y una bala no deja huellas.

—El proyectil habría agujereado el cristal de la ventana —replicó Mason— y la silla de ruedas estaba de espaldas a aquélla. La bala le penetró por delante, por el pecho.

—Alguien pudo girar la silla, después.

—Es lo que no sucedió, Paul. Examiné con todo detalle y suma atención las cubiertas de goma de las ruedas y no hallé ni la menor partícula de vidrio de la ventana, cuyos añicos cubrían el suelo. Si la silla hubiese sido movida, teniendo presente que el suelo a su alrededor estaba cubierto con partículas de vidrio, incluso de algunas que casi eran mero polvo, algo de vidrio habría quedado adherido a las cubiertas de goma de las ruedas. Además, Paul, disparar contra Arthur Cushing desde la carretera y hacer blanco, requiere una puntería extraordinaria, amén de un buen conocimiento del manejo de un revólver. El lugar más próximo en la carretera desde donde se pudo disparar, está a unos cincuenta metros de distancia.

El camarero entró en aquel momento con el almuerzo. Della Street dispuso la mesa, firmó la cuenta y le dio una propina de dos dólares.

De nuevo solos, Mason prosiguió:

—Aquel espejo fue arrojado por alguna razón que ignoramos y creedme, es el detalle… el punto crucial del caso, de lo que ocurrió. Y sobre ello hay que basar la defensa.

—No veo el porqué —observó Drake—. El hecho es que el espejo fue arrojado y nada más.

—¿Por qué, Paul?

—Hombre… caben dos posibilidades. Una, que Arthur Cushing lo lanzara contra alguien; otra, que alguien lo arrojara contra Arthur Cushing. Lo más probable es que el fiscal afirme que el espejo lo lanzó Arthur Cushing contra alguien que le atacaba. Tengo algunos informes, Perry. ¿Los quiere ahora?

—Comamos y vaya diciendo.

Ya sentados a la mesa, Drake comenzó:

—En primer lugar, sepa que hemos comprobado todas las llamadas que se han hecho a Marion Keats desde los teléfonos de pago de aquí. Hemos localizado el que buscábamos. Se trata de una cabina de teléfonos emplazada junto a una estación de servicio de coches, que cierra a las nueve de la noche. La cabina se halla al exterior y se puede telefonear durante las veinticuatro horas del día. Desde esa cabina alguien llamó hacia las nueve y veinte.

—Eso quiere decir que alguien vigilaba la casa de los Cushing y que alguien, seguramente la misma persona que vigilaba, llamó a Marion Keats haciéndole saber que Arthur Cushing cenaba con Carlotta Adrian.

—Como la estación de servicio estaba cerrada, quien llamó a Keats pudo hacerlo desde la cabina sin ser vista o bien observada por nadie. Llamó, habló y desapareció. No hay manera de saber quién fue —concluyó Drake.

—¿Qué más ha averiguado, Paul?

—Cuando el sheriff y su gente comprobaron las huellas dactilares que podía haber en el coche de Carlotta, hallaron las huellas de ésta, de su madre y una huella fresca de un dedo, en la manija de una portezuela. Por su posición cabe deducir de que se trata del dedo pulgar de la mano derecha. Uno de mis hombres consiguió una fotocopia. Se la entregaré cuando lleguemos a la audiencia.

—¿Qué hay más?

—Lo tercero, hombre, es algo raro. No creo que tenga importancia, pero… el sheriff ha interrogado a la esposa de Sam Burris.

—¿Que ha interrogado a la esposa de Sam Burris? ¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Mason sorprendido y con rostro serio.

—Quizá haya surgido alguna discrepancia entre su declaración y la de su esposo y el fiscal querrá confrontarlas y ajustarlas antes de la audiencia de la tarde.

Meneando la cabeza lentamente, Mason observó:

—Me extrañaría mucho que el fiscal llamara a la esposa de Sam Burris al estrado de los testigos. Desde luego, puede citar y seguramente lo hará a Sam, pero el testimonio de la esposa carece de importancia, sólo puede considerarse como acumulativo.

—Pues lo cierto es que el sheriff ha pasado bastante tiempo con la esposa.

El rostro de Mason mostró preocupación.

Repiqueteó el teléfono, respondiendo Della Street y tendiendo el auricular a Drake, le dijo:

—Uno de sus chicos que dice tener una información importante.

Drake tomó el aparato y dijo:

—¡Hable! —Permaneció escuchando algunos segundos y ordenó —: Muy bien. Mantenga los ojos abiertos y no los pierda de vista.

Colgó el auricular y volviéndose hacia Mason, le dijo:

—El fiscal del distrito almorzaba tranquilamente en el comedor de abajo. Hace algunos minutos le telefoneó el sheriff y el fiscal regresó a su mesa con júbilo evidente. Una vez se hubo sentado de nuevo comenzó a hablar por encima de la mesa con C. Crestón y me ha dicho mi hombre que por un instante le pareció que ambos iban a comenzar a bailar de alegría. Están engullendo los últimos bocados a toda prisa, con intención evidente de dirigirse a alguna parte y terminar antes de las dos de la tarde… A ver si lo de la esposa de Sam Burris nos trae una sorpresa…

—Esa mujer tiene fama de charlatana, he oído decir por ahí. Parece que no puede tener queda la lengua —comentó Della Street.

Mason observó lentamente:

—Quizá Sam ha querido favorecer a la señora Adrian callando

algo y su mujer ha dejado escapar el ratón de la talega. A ver… Paul, en este Estado, cuando alguien solicita una licencia para conducir, los funcionarios le piden que estampe la huella de su dedo pulgar encima del formulario de petición y luego sobre el carnet. Así no hay dudas.

Drake, que le escuchaba, asintió y Mason continuó diciendo:

—Su empleado tiene una fotocopia de esa huella desconocida. Pues bien, que algún policía amigo pida, con cualquier excusa, a Marion Keats que le muestre su licencia, es decir el carnet. Entonces que compare ambas huellas. Pero tiene que hacerlo, fíjese bien, antes de que ella entre en el edificio del juzgado… Creo que será algo muy importante… telefonéele y dele las instrucciones convenientes… Que gaste el dinero que sea preciso.

Con un bocadillo en la mano, Drake alcanzó el teléfono, pero en aquel momento alguien llamó a la puerta.

Della Street echó hacia atrás su silla, diciendo:

—Parece que sea alguien con prisa…

—Mientras tenga tiempo para terminar con este bocadillo —observó Mason con gesto de resignación.

Della Street abrió la puerta y Carlotta Adrian se precipitó en la habitación con semblante agitado, mas al ver que Mason estaba acompañado recuperó su compostura. Yendo a colocarse ante Mason y por encima de la mesa, exclamó:

—¡Señor Mason… no lo aguanto más! ¡Tengo que decirlo todo! Creo que será lo mejor para mamá y para todos que usted sepa lo que ocurrió aquella noche… la verdad de todo…

—Por favor, un momento, señorita Adrian. Usted tiene un abogado y…

—¿Harvey? Es un buen chico, pero tiene poca práctica; le falta experiencia y se trata de mi madre…

—Bien, pongamos esto en claro. ¿Se desentiende usted de su abogado?

—¡Eso no!

—Entonces lo siento, pero sólo puedo hablar con usted estando él presente.

—¡Pero es que reñiremos si él viene…!

—Ya estoy aquí —le interrumpió Delano desde la puerta y

preguntó a Carlotta—: ¿Qué sucede?

Dirigiéndose al recién llegado, Carlotta contestó:

—Quiero decirle al señor Mason algo que creo que debe saber.

—¿Por qué no me lo dices a mí y yo hablaré con el señor Mason?

—Porque… pues porque tengo que decírselo, Harvey…

Irguiéndose con la dignidad de un joven que se estima en algo, preguntó:

—¿Acaso dudas de mi competencia?

—No es eso, Harvey. Pero si bien tratas de protegerme, estoy convencida de que crees de veras que mi madre mató a Arthur Cushing. Mírame, ¿no estoy en lo cierto?

—Creo que esto no cabe discutirlo ahora, que las circunstancias no son adecuadas, ni éste es el lugar apropiado.

—¡Pero lo que he dicho es lo que crees tú! ¿No es así?

Harvey Delano eludió la respuesta, preguntando:

—¿Lo crees tú?

—No lo sé, Harvey. Pero sí sé que no quiero que mi madre sea llevada al matadero como un cordero y existen ciertos detalles que el señor Mason debe saber.

—Carlotta, recuerda que ya te he dicho varias veces que te abstengas de ciertos detalles concernientes a este caso. Ha sido una suerte el que yo entrara y oyera las palabras del señor Mason, de lo contrario, le hubiera atribuido una conducta desleal en la profesión.

—Celebro que haya comprobado que no ha sido así —observó Mason.

—Lo comprendo, pero no se lo aprecio —le contestó Delano con tono seco—. Desde luego, se mantiene usted en los límites técnicos de una conducta ética, pero debió urgir a Carlotta que tenía que tener confianza en mí y que yo ya sé lo que hago.

—Yo no sé si usted sabe qué es lo que hace.

—¿Se da cuenta de que me está criticando en presencia de mi cliente?

—Perdone, pero usted ha comenzado a criticarme. Me he limitado a comentar su afirmación de que no lo sabía.

Harvey, dirigiéndose a Carlotta una vez más, le dijo:

—Vámonos, Carlotta.

—Harvey, tengo que decirte algo y también tengo que decírselo al señor Mason.

—Dímelo primero a mí y luego te diré si debes decírselo al señor Mason.

—Me parece —observó Masón, dirigiéndose a Delano— que su cliente no tiene plena confianza en usted.

—Señor Mason, cuídese de su cliente y yo cuidaré del mío. Le he dicho a Carlotta que no deseo saber nada que ella sepa, hasta que esté enterado de que ya lo sabe el sheriff. Además, en el caso presente existe una relación personal unida a una relación profesional y le agradecería que respetara ambas.

Mason se levantó de un salto y yendo hasta la puerta la abrió, diciéndole a Harvey Delano:

—La señorita Adrian tiene veintiún años y goza de la plenitud de sus facultades. Puede escoger a sus propios abogados y amistades. En ambos casos, ella sola es la responsable.

—¿Es todo lo que tiene que decir? —preguntó Delano con tono airado.

—Debo añadir algo que olvidaba. Buenas tardes.

—Ven, Carlotta —terminó Delano.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Della Street tomó una de las cartulinas en que estaba anotado el menú y haciendo el gesto de abanicarse, exclamó:

—¡Caramba, qué empuje!

—Es joven —comentó Drake, y añadió—: Todavía tiene la mente algo verde, ya madurará.

Mason, que permanecía junto a la puerta, con los pies separados, las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, con el ceño fruncido y mirando al suelo, como hablando consigo mismo, comentó:

—Daría algo por saber qué era.

—¿Que era qué? —preguntó Drake.

—¿Quizá lo que quería decirle Carlotta? —apuntó Della Street.

—Lo que Harvey no quiere que ella me diga —respondió Mason a ambos.

Capítulo 17

Cuando la sala del tribunal estuvo llena de nuevo, se hizo patente que en la mesa del fiscal reinaba un ambiente de triunfo indudable, que fue ganando a todos los espectadores.

En el momento que el juez Norwood se sentaba en su sitial, Della Street entregó a Mason una nota, que contenía sólo una línea:

«Lo siento. Pero no es su pulgar».

Mason dobló el papel y lo hundió en lo más profundo de uno de los bolsillos de su chaqueta. Volvióse ligeramente hacia Della Street y le susurró:

—Dígale que pruebe con la sirvienta o ama de llaves. Aquélla podría ser su huella.

Se levantó el fiscal y dirigiéndose al juez, dijo:

—Con la venia, señoría. Mi próximo testigo será el sheriff Elmore. Deseo reservarme el derecho de llamarle luego de nuevo, para establecer determinadas relaciones en la prueba.

—Conforme —asintió el magistrado.

El sheriff Elmore subió al estrado de los testigos.

—¿En el curso del día tres del corriente mes, domingo, registró la casa propiedad y domicilio actual de la señora Adrian, que está presente como acusada?

—Sí, señor.

—¿Qué halló en su registro, sheriff?

—Una polvera rota.

—¿Dónde la encontró?

—En el fondo de una bota de montar, envuelta con algodón.

—¿Esta polvera?

—Sí, señor.

—Con la venia, señoría. Solicito que esta polvera sea comprendida entre las pruebas del proceso y marcada… veamos, el revólver está marcado con «A»; la bala, con «B»; eso es: prueba del Estado «C».

—Ninguna objeción —dijo Mason.

—¿Encontró algo más? —preguntó de nuevo el fiscal al sheriff.

—Un par de zapatos.

—¿Son éstos?

—Sí, señor.

—¿Mostraban algún detalle particular cuando los tomó en mano?

—Sí, señor. Parecía como si los hubieran acabado de limpiar.

—¿Qué halló de particular en ellos?

—Sobre la suela del zapato del pie derecho había una pequeña mancha de sangre, que se había corrido hacia la punta del zapato. En el exterior de las suelas hallé algunos añicos de vidrio.

—¿Pudo identificarlos?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Mediante análisis espectroscópico.

—¿Sabe usted manejar uno de estos aparatos como para poder proceder a un análisis?

—No, señor. Pero estuve presente cuando lo llevó a cabo un experto que está dispuesto a atestiguarlo y comprobé por mí mismo los resultados. Algunos de los añicos hallados en las suelas correspondían al espejo antiguo. El cristal de este espejo fue fabricado conforme a una fórmula química determinada que contiene determinadas materias que no se emplean en la fabricación actual.

—Solicito que este par de zapatos sea comprendido entre las pruebas del proceso. El zapato del pie izquierdo que sea señalado «D-1» y el zapato del pie derecho que sea marcado «D-2» —dijo el fiscal dirigiéndose al juez y terminando por volverse hacia Mason en las últimas palabras.

—Nada que objetar —contestó Mason, como distraído.

—¿Cómo? —exclamó, preguntando el fiscal asombrado.

—Repito que nada tengo que objetar. Me parece muy bien que ese par de zapatos sean comprendidos entre las pruebas.

Aquella inmediata aceptación por parte de la defensa, sumió al parecer a los componentes de la acusación en un mar de confusiones. Durante unos instantes, cabildearon acaloradamente y por fin el fiscal prosiguió:

—Con la venia, señoría. Todavía debo hacer alguna pregunta a este testigo.

Dirigiéndose al sheriff, le preguntó:

—¿Ha examinado los fragmentos de vidrio de la ventana de la casa de los Cushing, sheriff?

—Sí, señor.

—¿Halló algún fragmento que mostrara un orificio de proyectil?

—No, señor.

—¿Examinó las ruedas de la silla?

—Sí, señor.

—¿Halló añicos de vidrio en las llantas de goma?

—No, señor. Me atrevo a afirmar que conforme a la posición del cuerpo y la trayectoria del proyectil, era evidente que el disparo no pudo hacerse desde el exterior, a menos que luego no hubiese sido movida la silla de ruedas. Teniendo presente lo que acabo de explicar, levantamos la silla con sumo cuidado.

El fiscal no pudo por menos que expresar su satisfacción, diciéndole con acento aprobador:

—Muy bien, sheriff. Pero que muy bien hecho. Pero ahora explique al tribunal qué halló allí cuando examinó aquella habitación. Describa lo que halló y cómo estaba.

—Por todo el suelo había añicos de vidrio y determinamos cinco procedencias de aquel cúmulo de cristales.

—¿Cuáles eran?

—Un espejo roto, que al parecer había sido arrojado con cierta violencia y que había chocado contra la ventana, destrozándola. Los fragmentos del espejo y del vidrio de la ventana se habían esparcido por el suelo, pero algunos habían caído al exterior y estaban sobre el suelo del patio.

—Bien, hasta ahora ha enumerado y descrito dos. Prosiga.

—Al parecer, cuando el espejo ya estaba hecho añicos, o bien en algún momento de la lucha, un cuadro grande, enmarcado, cayó de la pared y el vidrio que lo cubría se rompió en mil pedazos. Los fragmentos estaban también esparcidos por doquier, pero los diversos trozos eran reconocibles, porque el vidrio del cuadro era más delgado que el de la ventana.

—Bien, tenemos tres de los orígenes de tanto vidrio. Prosiga.

—También había por allí algunos añicos de un cristal azogado que era evidente que correspondía a un espejo pequeño. Conseguimos separar los diversos fragmentos unos de otros y los fuimos uniendo pegándolos encima de un trozo de papel transparente, de forma que se puede ver ambos lados de la superficie de los vidrios. Así pudimos reconstruir la forma del espejo.

—¿Tiene consigo esa reconstrucción?

—Sí, señor.

El sheriff presentó un trozo de papel transparente que mostraba un círculo pequeño con vidrios rotos que habían sido pegados con sumo cuidado.

—¿Halló esto en la habitación en que estaba el cadáver?

—Allí lo encontré.

Dirigiéndose al magistrado, el fiscal propuso:

—Con la venia, señoría. Solicito que este vidrio, procedente del espejo de la citada polvera que ha sido comprendida entre las pruebas del Estado con el número «C-1», sea también como prueba número «C-2».

—No hay objeción —anunció Mason.

—Así lo dispongo —decidió el juez.

—Señoría, ruego se sirva coger la polvera y este espejo, que está roto, pero cuyos fragmentos pegados al papel transparente demuestran, sin duda alguna, que corresponden a la polvera citada.

El juez Norwood comprobó que el círculo de los vidrios se ajustaba a la tapa de la polvera. Visiblemente impresionado, asintió en silencio.

—Bien, hasta ahora —prosiguió el fiscal—: ya nos ha explicado cuatro procedencias de los vidrios rotos, sheriff. Si mal no recuerdo son: el cristal de la ventana, el espejo antiguo, el vidrio del marco

del cuadro y el espejo de la polvera. ¿Cuál es la quinta?

—La más fácil de distinguir. Era un vaso o copa, estrellado contra el suelo.

—¿Qué puede decimos acerca de la distribución de sus fragmentos, sheriff?

—Estaban esparcidos por doquier sobre el suelo. Puede usted imaginarse que…

—Por favor, sheriff. Absténgase de suposiciones personales. Lo que deseamos saber es cómo estaban esparcidos.

—Los añicos del vaso que he mencionado estaban desparramados a la derecha de la silla de ruedas. Allí encontramos también los trozos del espejo de la polvera. El vidrio restante cubría gran parte del suelo. Debajo de la ventana había como un montón, una pila. Incluso advertí que por allí los vidrios eran más abundantes. La silla estaba a unos dos metros de distancia de la ventana, y alrededor de la silla, el suelo estaba casi cubierto de añicos de vidrio. El conjunto daba la impresión de que se había librado una lucha violenta.

El fiscal se dirigió de nuevo al juez, diciéndole:

—Con la venia, señoría: Hay otra pieza de evidencia que consiste en un trozo de vidrio que el sheriff halló en uno de los neumáticos del coche de las señoras Adrian, pero en este momento el sheriff no la tiene consigo. Pido permiso al tribunal para que el sheriff pueda presentarla luego.

—Concedido el permiso —contestó el juez.

—Puede interrogar acerca de lo declarado —indicó el fiscal a Mason.

—¿Ha dicho usted que los vidrios estaban desparramados como si se hubiera producido una lucha violenta? —preguntó Mason.

—Ésa es mi impresión.

—¿Cuándo supone usted que se produjo esa lucha? ¿Antes o después de la rotura de los vidrios?

El sheriff respondió con una sonrisa, diciendo:

—Si el desparramamiento de los añicos de vidrio fue a consecuencia de una lucha, ésta debió producirse después de las roturas.

—Estoy de acuerdo —convino Mason y prosiguió—: Pero se da

la circunstancia de que si bien usted se encontró con un suelo cubierto de añicos de vidrios, así puede decirse, no halló ningún rastro de ellos en las llantas de goma de la silla, ¿no es así?

—Eso es, sí, señor.

—¿Las llantas, quiero decir las tiras de goma que recubrían las ruedas de la silla, eran lo bastante blandas como para que en ellas penetraran, es decir se incrustaran, añicos de vidrios?

—Desde luego. Son muy blandas, como esponjas. No son como las cubiertas de los neumáticos, sino mucho más suaves, ceden fácilmente a la presión. Los añicos podían haberse adherido a ellas con facilidad.

—Entonces cabe deducir que cuando se produjo la lucha que sugiere, Arthur Cushing no tomó parte en ella. ¿Qué opina?

—Quizás estaba muerto —apuntó el sheriff secamente.

—¿Presume usted acaso que Arthur Cushing ya era cadáver cuando se inició esa lucha hipotética?

—Al parecer.

—¿Supone que uno de los contendientes fue el asesino?

—Así lo supongo, señor Mason.

—¿Quién era o fue el otro?

—Lo ignoro.

—Pero tengamos presente que sólo hay una serie de huellas que salen o parten de la casa. ¿No es así?

—Por lo que atañe a esto, usted me aturde, señor Mason —admitió el sheriff—. Estoy aquí para informar y declarar acerca de hechos positivos. No puedo darle información de las posibles circunstancias o evidencias que se pueden inferir.

—Tengo entendido que usted examinó las huellas detenidamente.

—Así fue.

—¿Cuántas pistas, bueno, quiero decir, series de huellas halló?

—Hallé las huellas de la señora Adrian, perdone, señor Mason, ésta es una suposición mía. Encontré las huellas que partiendo de la casa de los Adrian seguían hasta la casa de los Cushing y era posible ver cómo alguien, es de presumir quien había marcado las huellas, había caminado hasta la puerta frontal, luego había rodeado la casa hacia el camino de entrada, después fue hasta la parte posterior de

la casa y había entrado en ella por allí. Por fin, cómo había salido por aquella puerta trasera y continuaban hasta la casa de los Adrian, de regreso.

»También hallé una serie de huellas que partiendo de la puerta principal de la casa de los Cushing proseguían hasta el coche de los Adrian y desde éste regresaban a la casa citada, o viceversa. Otra serie, partiendo del coche de los Adrian, conducían hasta la casa de éstos.

—En otras palabras —indicó Mason—. Alguien que condujera el coche de los Adrian, después de haberlo detenido, pudo haber salido de él, caminar hasta la casa de los Cushing, regresar al coche y proseguir hasta la casa de las señoras Adrian. ¿No es así?

—Eso es, sí señor.

—¿Puede afirmar que todas las huellas eran iguales?

—Parecían ser las mismas. Tenían las mismas medidas aproximadamente. Todas habían sido producidas por unos zapatos de tacón alto. Es cuanto puedo declarar a este respecto. Los tacones eran más bien anchos, no como son los de los zapatos de señora propios para caminar por la calle o de lo que se dice vestir. Me inclino a suponer que eran unos zapatos adecuados para andar por el monte.

—¿Y las huellas que iban desde la casa de los Adrian hasta la de los Cushing? ¿Cómo eran?

—Podían ser de los mismos zapatos o bien de un calzado de medida y clase semejante.

—En resumen, que lo que usted puede asegurar es que halló dos series de huellas. ¿Conforme?

—Esto es, sí señor.

—¿Observó otras huellas?

—Sólo las que dejó Sam Burris cuando fue allí para ver qué había ocurrido, las huellas mías y las de los dos ayudantes que me acompañaban. He de advertir, señor Mason, que en todo momento tuvimos cuidado de que nuestras huellas no se cruzaran ni se mezclaran con las que he descrito. Formamos y caminamos en fila, puede así decirse que pisando las huellas del que iba delante.

—De todo cuanto ha declarado, podemos concretar que en su opinión hubo una lucha en la casa y que en ella tomaron parte dos

personas. Una de ellas fue la mujer, quienquiera que fuese, que dejó las huellas que conducían desde la casa de los Adrian hasta la de los Cushing y la otra debió ser la que caminó desde el automóvil hasta la casa de los Cushing.

—Así parece, sí, señor.

—¿Cree usted que sólo estas dos personas desconocidas fueron las que contendieron después de haberse cometido el asesinato?

—Así es, sí, señor. Pero —añadió con rostro serio— me permito señalar que ambas series de huellas terminaban en la casa de los Adrian y que… la blusa de la señorita Carlotta estaba desgarrada.

—Muchas gracias. Esto es todo —respondió Mason.

Fue entonces cuando sin casi poder reprimir su acento de triunfo, el fiscal anunció con voz alta:

—¡Cito a la señora de Sam Burris!

La esposa de Sam Burris, una mujer corpulenta, con gesto contrariado, avanzó pesadamente hacia el estrado de los testigos. Le fue tomado el juramento, dio su nombre y dirección y seguidamente miró al fiscal con ojos tristes y cansados.

—He de recordarle la madrugada del día tres del mes corriente, señora —le dijo el fiscal—. ¿Observó entonces la casa de los Cushing?

—Sí, señor.

—¿Por cuál causa?

—Mi esposo había oído…

—Por favor, no explique lo que oyó su marido. Declare por qué miró hacia allá.

—Me despertó mi esposo.

—¿Le dijo algo?

—Que…

—No importa lo que le dijera. Pero ¿qué hizo usted después que él le hablara?

—Me levanté de la cama y miré hacia la casa de los Cushing.

—¿Qué hora sería?

—No lo sé exactamente, pero deberían ser alrededor de las dos y media de la madrugada.

—¿Qué vio usted?

—Vi luces en la casa.

—¿Miró con la ayuda de algún instrumento óptico?

—Sí, señor. Lo hice con unos prismáticos de treinta aumentos.

—¿Qué vio?

—Vi vidrios rotos. Vi una ventana que había sido destrozada y sobre el alféizar había fragmentos de vidrio, en el suelo, al pie de la ventana también habían trozos esparcidos, que reflejaban la luz de la iluminación interior de la habitación.

—¿La ventana estaba rota?

—Sí, señor.

—¿No estaban echadas las persianas?

—No en aquella ventana.

—¿Oyó algún grito?

—En el instante que me disponía a saltar de la cama oí un alarido, como un grito de mujer.

—¿Conoce a la mujer que gritó? ¿Sabe quién fue?

—No, señor.

—¿Vio a alguna persona en aquella casa?

—Sí, señor. Unos cinco o diez minutos después de haber oído aquel grito.

—¿La reconoció? Quiero decir si supo quién era.

—Sí.

—¿Quién era?

—La señora Belle Adrian, la que está sentada ahí como acusada.

—Puede interrogar —invitó el fiscal a Mason.

El abogado sonrió a la señora Burris con ánimo de tranquilizarla y diciéndole:

—El señor fiscal ha tenido sumo cuidado en evitar que usted declarara lo que le dijo su esposo, señora. Pero conmigo es distinto. ¿Qué fue lo que le dijo su esposo que la indujo a levantarse de la cama y mirar hacia la casa de los Cushing?

—Me dijo que había oído algo semejante a una rotura de vidrios, e incluso creía haber oído un disparo. Que se había levantado y mirado al exterior, pero que nada había visto.

—¿Oyó usted algunos de esos ruidos?

—No, señor. Tengo el sueño muy pesado. En cambio, mi esposo lo tiene muy ligero.

—¿Pero usted se levantó para mirar?

—Sí. Deseaba ver si es que ocurría algo.

—¿Lo tiene por costumbre?

—Verá… En algunas ocasiones habíamos mirado hacia la casa. La ventana que he mencionado, sólo puede verse desde nuestra casa y Arthur Cushing no acostumbraba bajar la persiana y…

—¿Qué vieron en ocasiones anteriores?

—¡Protesto contra esta pregunta por ser inadecuada, inaplicable y fuera de lugar! —exclamó el fiscal dirigiéndose al magistrado.

—Se acepta la protesta —contestó éste.

—¿En esta ocasión vio usted a la señora Belle Adrian, aquí presente como acusada?

—Sí, señor.

—¿Vio a alguien más?

—No, señor.

—¿Vio qué estaba haciendo?

—Pues… vi cómo se inclinaba como si cogiera algo y luego la vi pasar una o dos veces por el marco de la ventana, como si fuera de un lado para otro.

—¿Observó si movía los labios? ¿Quiero decir si parecía que hablara con alguien?

—No, señor.

—¿Está segura de que no vio a nadie más?

—Completamente.

—¿Qué sucedió luego?

—Como veía que la ventana estaba destrozada induje a mi esposo que fuera hasta allá para cerciorarse de que no había ocurrido nada de particular… ofrecerse… Cuando llegó allí, halló…

—Un momento… ¿Usted sabe lo que halló?

—Me lo dijo luego.

—Será mejor que lo explique él, señora Burris. Le agradezco mucho su declaración.

—¿Ha terminado su interrogatorio? —preguntó el fiscal a Mason.

—Creo que no tengo otras preguntas preparadas —contestó éste.

—Muy bien —aceptó el fiscal y dirigiéndose al juez, dijo—. ¡Cito a Sam Burris! —prosiguió—: Con la venia, señoría. Esta acusación desea presentar al tribunal un esquema verbal de lo que ocurrió. En

esta vista sólo es necesario demostrar que se cometió un crimen y que existen evidencias razonables para creer o suponer que la acusada fue quien lo cometió. Luego el tribunal entregará a la acusada a la jurisdicción de un tribunal superior, que como es de ley se constituirá ante un jurado que…

—¡Absténgase el fiscal de enseñar jurisprudencia a este tribunal! No dude la acusación de que el magistrado que lo preside conoce perfectamente su misión. Prosiga el fiscal con la suya.

—Señoría, sólo deseaba explicar que esta fiscalía no presentará todos los motivos que la obligan a mantener la acusación.

—Es misión del fiscal el presentar pruebas y motivos suficientes que aconsejen a este tribunal a trasladar al acusado a la jurisdicción de un tribunal superior o bien de abstenerse de ello.

—Puede su señoría tener la absoluta seguridad, que serán demostrados los motivos del crimen y las pruebas consiguientes —respondió el fiscal visiblemente irritado.

Pero el juez Norwood no era quién para amilanarse y con palabra firme, advirtió:

—Es el fiscal quien debe tener la absoluta seguridad de los extremos que enuncia antes de presentarse ante este tribunal que, repito, está muy familiarizado con la jurisprudencia y sabe perfectamente que al fiscal así le consta. En consecuencia, si el fiscal desea hacer afirmaciones a beneficio del público de la sala, sírvase hacerlas en lugar y momento oportunos, pero no se le consentirá que lo haga mientras el tribunal esté presente. Prosiga el fiscal y cite a su testigo.

—Con la venia, señoría —contestó el fiscal Hale, algo sorprendido por la energía de aquel magistrado rural, y seguidamente dijo—: Señor Burris, ¿tiene la bondad de pasar al estrado de los testigos?

Sam Burris subió al estrado con rostro serio y aspecto semejante al de un gato escaldado.

El fiscal comenzó preguntándole:

—¿En la madrugada del día dos del mes corriente miró usted hacia la casa de los Cushing?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Serían las dos y media de la madrugada.

—¿Qué fue lo que le indujo a ello?

—Tengo un sueño muy ligero. Estaba despierto y oí algo semejante a una rotura de cristales seguido de lo que me pareció ser un disparo. Me pregunté qué podía significar todo, pero intenté conciliar de nuevo el sueño, mas terminé por levantarme y miré al exterior sin ver nada anormal. Entonces desperté a mi mujer, le dije lo que había oído y entonces fue cuando oímos gritar a una mujer. Nos levantamos y miramos por la ventana.

—¿Qué vio?

—Vi luces en la casa de los Cushing y le dije a mi mujer…

—No interesa lo que dijo a su mujer. ¿Qué hizo usted?

—Miré hacia la casa de los Cushing y mi mujer miró también.

—¿Utilizó algún instrumento óptico?

—Sí, unos prismáticos de treinta aumentos.

—¿Qué vio entonces?

—Vi la ventana destrozada, el espejo roto y luego vi a la señora Adrian que se movía por allí.

—¿La acusada?

—Sí, señor.

—¿Por qué no dijo antes que había visto a esta acusada…?

—Señoría —interrumpió Mason al fiscal y dirigiéndose al juez prosiguió—: debo objetar que esta pregunta es inadecuada. Parece como si el fiscal quisiera imputarle algo al testigo.

—Me inclino por aceptar la protesta —declaró el juez.

—Pero señoría —exclamó el fiscal—, sólo deseo poner en claro los detalles que conciernen a la declaración. Si no lo hago yo, lo hará el abogado defensor.

—Tenga presente el fiscal que este testigo ha sido convocado por la acusación y la defensa también tiene el derecho a interrogarle —repuso el magistrado.

—¿Por qué supone que voy a preguntárselo? —preguntó Mason al fiscal.

—Porque lo hará. No sea absurdo.

—No soy absurdo —replicó Mason y añadió—: No veo el motivo por el cual ahora ha de preguntarle por qué no declaró antes que había visto a la acusada. Incluso no recuerdo que se lo preguntara

usted… ¿Acaso se lo ha preguntado? ¿Le ha preguntado si había visto a la acusada?

El fiscal titubeó y Mason reiteró:

—¿Le ha preguntado si vio a la acusada?

—No estoy en el estrado de los testigos —respondió el fiscal—. Pregúnteselo al testigo.

—Muy bien. Señor Sam Burris, ¿le ha preguntado el fiscal si vio allí a la acusada?

—¡Protesto por esta pregunta, porque yo todavía no he terminado con mi interrogatorio! —exclamó el fiscal.

—¿Por qué? Si usted mismo me ha invitado a hacerla —afirmó Mason.

—No le invité. Le desafié a hacerla.

—No vayamos con subterfugios. Usted me dijo que le preguntara y yo lo he hecho. ¿De qué se queja?

—Señores, modérense —intervino el juez, sonriendo—. Opino que la invitación o desafío o lo que sea por parte del fiscal podía entenderse como una incitación a que hiciera la pregunta. Se rechaza la protesta.

—Señor Burris, se le ha preguntado si el fiscal le preguntó si usted vio a la señora Adrian. Conteste.

—No me lo ha preguntado. Si lo hubiese hecho se lo habría dicho, pero como no me lo ha preguntado no se lo he dicho —respondió Sam Burris, añadiendo—: Estaba decidido a decir la verdad si es que me preguntaban acerca de la señora, pero no a decirlo espontáneamente. La señora Adrian es vecina nuestra. Quizás estuvo allí, pero no fue ella quien mató a Arthur Cushing y tampoco creo que fuera ella la que gritó… Era…

—¡No nos interesa saber su opinión, señor Burris! —exclamó el fiscal.

—Sí, señor.

—Por ahora no tengo otras preguntas preparadas —advirtió Mason sentándose.

El fiscal se encaró con el desventurado testigo, preguntándole:

—¿Y qué hizo luego de haber reconocido a la señora Adrian?

—Pues lo discutimos con mi mujer y decidimos…

—Le he preguntado qué es lo que usted hizo.

—Como usted me pregunta qué hice… pues hablar con mi mujer.

Entre el público se oyeron risas ahogadas, mientras el fiscal reiteraba:

—No nos cuente lo que hablaron entre ustedes, sino lo que hizo. ¿A dónde fue?

—Me encaminé a la casa de los Cushing.

—¿Por qué fue allí?

—Para ver si había ocurrido algo.

—¿Qué halló?

—Encontré la ventana destrozada, el espejo roto y encima del alféizar de la ventana así como por buena parte del suelo muchos añicos de vidrio. Algunos trozos habían caído al exterior. Hallé a Arthur Cushing sentado en aquella silla de ruedas, encogido y echado hacia un lado, parecía un saco de harina. La pechera de su camisa aparecía manchada con sangre y eché a correr hacia la casa del sheriff.

—¿Advirtió si habían huellas?

—No me fijé entonces.

—Luego de avisar al sheriff, ¿volvió con él al lugar del crimen?

—No. Regresé a casa. Así me dijo que lo hiciera el sheriff.

—¿Aisló el sheriff mediante una cuerda determinado lugar o espacio para que las huellas no fueran pisadas?

—Cuando amaneció fui allí y vi el lugar marcado mediante una cuerda… El sheriff me hizo algunas preguntas…

—¿Cuáles pisadas vio, además de las suyas y las del sheriff?

—Se veían unas huellas que venían de la dirección en que se hallaba la casa de los Adrian.

—El sheriff le preguntó si usted sabía de quién eran aquellas huellas y usted le respondió que no lo sabía, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Por qué le mintió?

—No le mentí.

—Usted había visto a la señora Belle Adrian, la acusada aquí presente, en consecuencia sabía que tenían que ser sus huellas. No obstante, usted le dijo al sheriff que estaba investigando el asesinato que no sabía de quién eran.

—Es cierto. No lo sabía, y ahora todavía no lo sé y dudo de que haya alguien que lo sepa.

Entre el público se produjeron carcajadas estruendosas. El juez golpeó la mesa con su mazo, advirtiendo que si se repetían las risas ordenaría desalojar la sala.

—¿Usted sabía que la acusada señora Adrian había estado allí?

—Sí, señor.

—¿Cómo cree que fue allá… volando acaso?

—Protesto —oyóse de nuevo a Mason exclamar con voz displicente—: Esta pregunta intimida al testigo.

—Se acepta la protesta —respondió el magistrado.

—Cuando volvió a estar con el sheriff, ¿vio también huellas provinentes de la carretera?

—Allí habían huellas de pisadas pequeñas. No afirmo que fueran de calzado femenino, como tampoco sé de dónde venían. Parecían salir de la casa y que luego regresaran a ella. Si me lo permite opino que a mi parecer había algo raro en una de aquella serie de huellas.

—¿Qué había de raro en ellas?

—Pues le diré que… No parecían naturales. Verá, en mi juventud he rastreado bastante y no creo que aquellas huellas fueran…

—No me interesan sus conclusiones —le interrumpió el fiscal fríamente—. Lo que le pregunto son hechos.

—Con la venia, señoría —advirtió Mason, levantándose de nuevo—. El interrogatorio se torna cada vez más intimidatorio y con preguntas que más bien corresponden a esta defensa.

El juez Norwood asintió, diciendo:

—También lo cree así este tribunal. El fiscal se abstendrá de hacer preguntas que no sean de su competencia.

—Es que este testigo ha adoptado una actitud hostil —afirmó el fiscal.

—Este testigo lo ha citado la acusación, hágale las preguntas pertinentes, pero absténgase de intimidarlo o bien tratarlo con desdén.

—No lo he tratado así —protestó el fiscal.

Pero el juez no estaba dispuesto a abrir la mano, porque, imperturbable, repuso:

—Este tribunal no lo ha afirmado, pero sí expresa que le parece que existe esta tendencia. Queda advertido el fiscal. Continúe el interrogatorio.

—¿No aparecían allí otras huellas que condujeran a la casa que las que ya ha mencionado?

—No vi otras.

—Cuando llegó la vez primera a la casa de los Cushing, ¿advirtió si había por allí trozos de un espejo de polvera? ¿Fragmentos pequeños de vidrio azogado?

—No, señor.

—¿Advirtió si sobre la ropa que vestía el cadáver habían polvos faciales, de esos que son propios de una polvera?

—No me fijé.

—¿Vio el marco del espejo?

—Sí, señor. Había allí un marco de madera, al parecer un espejo, con algunos trozos de vidrio.

—¿Había algún automóvil aparcado?

—No, señor.

—¿Roderas de automóvil?

—Sí, señor. Las correspondientes a un coche. Las vi cuando ya clareaba. El coche fue aparcado antes de que se formara la escarcha y partió cuando ya se había formado. Como ya he dicho, sólo vi las roderas correspondientes a un coche.

—¿Vio usted algo más la primera vez que estuvo en la casa?

—En realidad no me fijé demasiado. Cuando entré allí y vi aquella escena, me dio un escalofrío. Me imaginé que la mujer que había cenado allí se había ido a casa y…

—¿Por qué se lo imaginó?

—Francamente, no sabría explicárselo… quizá porque algo me hizo pensar que…

—No me diga qué es lo que pensó o bien se imaginó. Díganos lo que «vio».

—Es lo que trato de explicarle. Me parece que había por allí un vaso con una señal de pintura labial…

—¿Acaso examinó el vaso que se había estrellado contra el suelo?

—No. No examiné ningún vaso caído o estrellado contra el

suelo. Había tantas cosas… Creo recordar que había un vaso grande, un jarro, en el suelo. En el salón, cosas para proyectar películas. La verdad, estaba demasiado sobresaltado para que ahora recuerde lo que había y lo que no. La puerta frontal estaba cerrada con un pestillo de muelle. Me fui hacia la parte posterior de la casa. La puerta correspondiente estaba abierta. Entré y crucé por la cocina y cuando entré en lo que es comedor lo primero que vi fue el cuerpo encogido y caído, sentado en la silla de ruedas y… aquellas gotas de sangre que caían al suelo… Ahora recuerdo aquel vaso o lo que fuera. Vi algo rojo en él. Quizá fuera sangre. No lo miré de cerca, pero tenía este color y entonces me imaginé que era lápiz labial…

—¿En qué posición estaba la silla de ruedas?

—Quizás a unos dos metros de la ventana, medio vuelta de espaldas a ella.

—Según ha declarado, luego de haber avisado a la autoridad, regresó a su casa, pero al romper el día fue a determinado lugar. ¿Fue a casa de las señoras Adrian, para visitarlas?

—¡Protesto! —intervino Mason—. La pregunta está inmotivada y es ajena a la causa que se tramita.

—Intento demostrar la actitud de este testigo, su tendencia en las declaraciones…

—¿Anticipándose al interrogatorio de la defensa? —preguntó Mason.

—Opino que el tribunal tiene derecho a tomar nota de la tendencia, de la actitud de este testigo.

—Lo que usted pretende es interrogar a su propio testigo como si fuera la parte contrincante. No estoy conforme, pero estoy dispuesto a admitir que fue a ver a la señora Adrian.

El juez Norwood creyó que debía intervenir de nuevo, diciendo:

—Un momento, caballeros. Ya les he advertido que debían abstenerse de las frases con doble sentido. La presente pregunta, si no estoy equivocado, concierne a lo que hizo el testigo después de haber descubierto el cuerpo, luego de haber avisado a las autoridades y después que le dijeran que se fuera a su casa y aguardara. ¿No es así?

—Eso es, señoría. Con el propósito de demostrar su tendencia o

parcialidad. Señoría, es evidente que ha sustraído al conocimiento de la autoridad información valiosa. No quiero discutir si tenía motivo para ello, como al parecer alega el de la buena vecindad. Aseguro al defensor que no interpondré objeciones a sus preguntas a este testigo. Supongo que el señor Mason va a descuartizarlo, pero es algo que Sam Burris se lo ha buscado.

—¿Ha terminado con su argumentación para con el tribunal? —preguntó Mason al fiscal.

—Expongo al tribunal que no puedo perdonar la conducta de este testigo, ni dando por seguro que el abogado defensor va a despedazarlo, como ya he dicho antes, e incluso es probable que insinúe que pensaba hacer chantaje y todo cuanto cabe imaginar además. Eso es todo, ahí lo tiene. Puede comenzar.

Mason bostezó ostentosamente y con cuatro dedos hizo un gesto delicado como para cubrirse la boca, antes de responder:

—Fiscal, se expresa muy bien, pero para su tranquilidad le aseguro a mi vez que ahora no voy a interrogar a este testigo.

—¿Qué? —exclamó el acusador privado, preguntando con asombro.

Mason se contentó con sonreírle.

El fiscal a su vez miró a Mason como quien cree que su interlocutor ha perdido el juicio, y preguntándole:

—¿Pero no le interrogará?

—No.

—¿No le hará pregunta alguna?

—Ninguna.

El juez Norwood captó la situación y la resolvió diciendo al testigo:

—Señor Burris, su interrogatorio ha terminado. Puede retirarse.

Era evidente que el fiscal estaba sumido en un mar de dudas, no sabía que partido tomar. Susurró con el acusador privado, con sus ayudantes y por fin, dirigiéndose al juez que presidía el tribunal, dijo:

—Con la venia, señoría. Teniendo presente en la forma que se desarrolla la vista y que esta acusación preveía un dilatado interrogatorio del testigo por parte de la defensa, ruega…

—¿Quiere proseguir con su acusación? —interrumpió,

preguntando Mason.

—…a vuestra señoría se sirva disponer que haya un descanso de diez minutos —terminó diciendo el fiscal.

—Este tribunal acepta la sugerencia del fiscal. El tribunal se tomará un descanso de diez minutos.

En cuanto el juez Norwood abandonó su sitial, la mano de Belle Adrian se cerró sobre el brazo de Mason, con dedos temblorosos y preguntándole:

—Señor Mason, ¿qué pensará usted de mí?

—Lo siento, señora Adrian —contestó Mason, con palabra breve y concisa, en voz baja—: Aquel que contrata a un abogado y le deja que prepare su defensa basándose en una concepción errónea, comete una locura. ¿Sabía usted que Sam Burris la había visto allí en aquella madrugada?

—Sí. Me lo dijo.

—¿Cuando fue a verla aquel domingo por la mañana a primera hora?

—Sí. Entonces me lo dijo.

—¿Intentó hacerle chantaje?

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir?

—¿Le pidió dinero por callarse?

—¡Ni por asomo! Me dijo que lo hacía, mejor dicho, que callaría aquella circunstancia por razón de buena vecindad.

Mason, pensativo, respondió:

—Desde luego, es posible. Pero también lo es que le hubiera pedido la cantidad que fuera, entrega inmediata se comprende, en el caso de que usted fuera entregada a la jurisdicción del tribunal superior y antes de que se viera la causa ante un jurado. Francamente, señora, cometió una locura dejándose atrapar en esta trampa.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Belle con voz temblorosa.

—¿Ahora? ¿Quién puede preverlo? Tenemos una probabilidad favorable entre mil. Bien, por lo menos, ahora sea franca conmigo y dígame qué hizo usted. Pero sin ocultarme nada.

—Señor Mason… yo no sabía que Carlotta ya estaba en casa. Miré en el garaje y lo hallé vacío. En consecuencia, deduje que Carlotta todavía estaba en casa de los Cushing. Fui hasta nuestra

cocina y abrí la ventana. Miré por ella hacia la casa de los Cushing. Vi que había luces encendidas y entonces fue cuando oí aquel grito de mujer. Era un alarido de terror y me imaginé que… era de Carlotta.

—Entonces usted se vistió y se encaminó hacia allá —terminó el abogado.

—Eso es. Me puse algo encima y salí corriendo.

—¿Qué halló allí?

—Entré en la casa y encontré a Arthur Cushing muerto. En el suelo vi la polvera de Carlotta, rota, y… ¿qué hubiera hecho otra madre? La cogí y me la metí en el bolsillo. Miré a mi alrededor por si había cualquier otra señal o indicación de la presencia de mi hija.

—¿Quedó alguna? ¿Había algo que lo indicara?

—Lo ignoro. Hice cuanto pude… Froté los lugares en que podían haber huellas dactilares, lavé tres copas y las coloqué en el aparador. Froté botellas y las dejé en sus estantes. Incluso con un pañuelo froté las manijas de las puertas.

Mason, suspirando, exclamó:

—Sin duda que en su afán de ayudar a Carlotta, suprimió todo cuanto la hubiese justificado.

La señora Adrian asintió desconsolada y Mason le preguntó en voz baja:

—¿Cree usted que Carlotta lo mató?

—No… En algún momento creí que sí, pero ahora estoy segura de que no lo hizo, pero… ella cree que yo lo maté.

—Dígame la verdad, ¿fue usted hasta el automóvil de Carlotta? ¿Lo tocó?

—Le doy mi palabra de honor que no.

—Bien, si me ha dicho la verdad…

—Señor Mason, le juro solemnemente que le he dicho la verdad de lo que hice. No le hubiera mentido si no se hubiera tratado de Carlotta, pero… he intentado salvarla de todo esto. A pesar de mi mejor buena fe y deseo, muy a pesar mío, está hundida en este escándalo.

—Quien se halla en un compromiso es usted —le replicó Mason —. Procure serenarse y haremos lo posible para sacarla de este embrollo.

Capítulo 18

Cuando se reanudó la sesión, el fiscal Darwin Hale, que sin duda había mientras tanto planeado su mejor estrategia, dijo al juez Norwood:

—Con la venia, señoría: ruego que el sheriff comparezca de nuevo en el estrado de los testigos.

—Así sea.

El sheriff Elmore se sentó de nuevo en el estrado de los testigos y declaró que había examinado con todo detalle el automóvil que Carlotta Adrian había conducido la noche en que se perpetró el asesinato.

—¿Lo examinó con cuidado?

—Sí, señor.

—¿También el neumático de la rueda delantera izquierda?

—También aquél.

—¿Estaba la cámara algo deshinchada?

—Sí, señor.

—¿Determinó el porqué?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue la causa?

—Protesto —reclamó Mason—. Es una pregunta fuera de lugar y de la vista, además de carecer de motivo y fundamento.

—Por lo que atañe a la primera parte de la objeción de la defensa —arguyó el fiscal—, quizá convenga con ella. Pero no en que carezca de motivo y fundamento.

—No es así —retrucó el defensor—. La acusación solicita la conclusión del testigo, pero éste, que sepa esta defensa, no está calificado como un mecánico experto. Puede dar testimonio de cómo encontró el neumático e incluso de lo que halló en él, pero

por lo que concierne a la causa y los efectos subsiguientes debe dar su opinión un experto de cámaras y neumáticos, que podrá explicar la causa de por qué el neumático estaba deshinchado.

—¡Tonterías! —exclamó el fiscal, y dirigiéndose al magistrado prosiguió—: Señoría, esto es la reclamación de alguien que se agarra a una paja cuando se ahoga. Solicito que el tribunal oiga la declaración del testigo para que compruebe lo absurdo e inmotivado de la protesta.

—La protesta queda rechazada —determinó el juez.

—¿Cuál fue la causa de que el neumático se deshinchara? —preguntó el fiscal de nuevo.

—Un trozo agudo de vidrio.

—¿Puede mostrarlo, sheriff?

—Sí, señor.

—¿Dónde lo halló?

—Incrustado en la cubierta del neumático y con tal fuerza que había perforado la cámara de aire del neumático y, en consecuencia, se había escapado el aire.

El fiscal, con cierto ademán solemne, dijo:

—Señoría: solicito que este trozo de vidrio quede comprendido entre las pruebas del Estado y señalado con «E».

—Ninguna objeción —dijo Mason.

—Puede interrogar —respondió el fiscal.

—Veamos, sheriff —comenzó Mason—, ¿afirma usted que halló este trozo de vidrio en un neumático del automóvil?

—Así es.

—¿Y lo reconoce como un fragmento similar en apariencia como parte al espejo roto?

—Sí, señor.

—¿Hizo usted o bien encargó un examen espectroscópico para determinar si era del mismo vidrio que el del espejo roto?

—El examen no se llevó a cabo en mi presencia. Pero sé que así se hizo.

—¿Y el resultado o dictamen ha sido que se trata de un fragmento del espejo roto mencionado?

—Sí, señor.

—¿Espolvoreó usted el coche para hallar huellas dactilares?

—Eso hicimos. Puedo afirmar que lo examinamos centímetro a centímetro.

—¿Cuáles fueron las huellas que hallaron?

—Determinadas huellas dactilares de la acusada, huellas de la señorita Carlotta Adrian y algunas otras que al parecer se habían producido algún tiempo antes y que no pudieron ser identificadas.

—¿Había alguna reciente?

—Es aventurado afirmarlo.

—¿Dispone de un experto en huellas en su oficina?

—No, señor. El presupuesto de este condado no lo tiene previsto. Por lo que a mí atañe sé algo de huellas dactilares e incluso mis ayudantes han seguido unos cursos de la materia, pero todo esto no significa que seamos lo que sin duda usted calificaría de expertos en dactilografía.

—¿Quién reveló las impresiones que tomaron?

—Algunas las revelamos nosotros, pero se hizo venir un experto y éste llevó a cabo todo el proceso.

—Veamos algunas de las huellas que no pudieron identificar.

—¡Señoría! —exclamó el fiscal—. No creo que esto sea propio para un vista preliminar. Creo que va más allá de todo lo que corresponde.

—El sheriff ha declarado que examinó el coche con todo cuidado. Deseo que sea demostrado y saber qué es que lo halló —arguyó Mason.

—Se rechaza la objeción —decretó el juez.

—Deseo que nos explique algo concerniente a esas huellas dactilares que no pudieron ser clasificadas ni identificadas. ¿Había alguna que, a su parecer, fuera reciente, sheriff?

—En la manija de la puerta izquierda del automóvil, hallamos una que parecía muy reciente.

—¿Lo que podríamos calificar de latente?

—Eso mismo.

—¿Fue fotografiada?

—Sí, señor.

—¿Espolvoreándola primero para que se destacaran las peculiaridades de su conformación?

—Así se hizo.

—¿Tiene una copia de esa fotografía?

—Sí, señor.

Mason alargó la mano.

—Permita que la vea.

Pero el fiscal ya estaba de nuevo en pie y diciéndole al juez Norwood:

—¡Con la venia, señoría! ¡Protesto por el proceder de la defensa y objeto que no tiene derecho alguno a pedirle algo que pueda servir de prueba, dado que el testigo ha sido presentado por esta acusación!

—Este tribunal opina que su objeción no es procedente, señor fiscal. La fotografía de esa huella dactilar podría ser un detalle interesante para mejor información en esta vista preliminar. Sheriff, entréguemela —contestó el magistrado.

El interpelado sacó de un bolsillo de su chaqueta un sobre grueso y, de su interior, una fotografía que entregó al juez. Éste, luego de mirarla detenidamente, la pasó a Mason.

—Desde luego hay que advertir que es muy clara. La conformación de la piel se destaca perfectamente —comentó Mason.

—En mi opinión, esto es debido a que el pulgar fue apretado con bastante fuerza sobre la superficie de la manija —observó el sheriff.

Mason, dirigiéndose al juez, dijo:

—Señoría: Ruego se sirva disponer que esta fotografía sea introducida en el procedimiento como prueba número uno de la defensa.

—Esta acusación nada tiene que objetar —declaró el fiscal con aire de fastidio—. Mi objeción anterior era para evitar que se consuma un tiempo precioso con detalles ajenos a esta vista preliminar. No es una huella dactilar de la acusada, como tampoco de su hija Carlotta. No sabemos de quién es y tampoco le interesa demasiado a esta acusación.

Mason, dirigiéndose de nuevo al sheriff, le preguntó:

—¿Afirma que este fragmento de vidrio produjo el pinchazo del neumático?

—Sí, señor.

—¿En qué funda su creencia?

—Pues… lo natural.

—¿Es usted un experto en neumáticos?

—Conduzco coche desde hace varios años y he tenido tantos neumáticos entre mis manos, que casi me atrevo a contestar que sí.

Oyéronse de nuevo algunas risitas ahogadas. Mason esperó a que se restableciera el silencio y prosiguió:

—¿Se ha ganado alguna vez la vida reparando neumáticos, quiero decir las cámaras y sus cubiertas?

—Nunca.

—Supongo que la práctica que usted aduce se refiere a que cuando tiene un pinchazo o avería semejante, usted levanta el automóvil mediante el gato, retira el neumático pinchado, coloca el de repuesto y el deteriorado lo entrega a un taller especializado para su reparación. ¿No es así?

—Exactamente, señor.

—Siendo así, ¿cómo se atreve a considerarse como un experto y dictaminar acerca del pinchazo existente en el neumático de aquella rueda delantera?

—El neumático fue desmontado en mi presencia y cuando vimos el corte producido en la cámara del aire, pasé mi mano por el interior de la cubierta y en seguida hallé la causa. Incluso me corté la palma de la mano al pasarla por la superficie interior de la cubierta. Fue al rozar contra la punta o canto agudo del trozo de cristal incrustado en la cubierta, que asomaba por su superficie interior. Entonces hice un corte en la cubierta y retiré de allí intacto el trozo de vidrio mencionado.

—¿Un trozo de vidrio de unos treinta y ocho milímetros de longitud, de forma semejante a una cuña y terminado con un borde como cincelado muy cortante? —preguntó Mason.

—Eso es. Penetró directamente, en ángulo recto.

—¿Examinó las roderas para determinar cuánto trecho había recorrido el automóvil con un neumático deshinchado?

—Sí, señor. Puede decirse que el coche arrancó o partió prácticamente con el neumático deshinchado desde la casa de los Cushing. De la casa partían o arrancaban las roderas de un solo automóvil, que había sido puesto en marcha cuando ya se había comenzado a formar la escarcha, y las roderas indicaban claramente

que el neumático delantero de la izquierda comenzó a deshincharse a los pocos metros de rodar. El vehículo recorrió un centenar de metros con el neumático cada vez más deshinchado, entonces se detuvo y quedó aparcado.

—Gracias, sheriff. He terminado.

—¿La defensa no tiene más preguntas que formular? —preguntó el juez.

—No, señoría —respondió Mason.

—Tampoco la acusación, señoría —dijo el fiscal, poniéndose en pie, y seguidamente prosiguió, sin duda siguiendo un plan cuidadosamente trazado—: En consecuencia, con la venia de su señoría, concluye aquí nuestra presentación de la causa y vistos los extremos examinados, esta fiscalía solicita que la acusada sea trasladada a la jurisdicción de un tribunal superior para que sea juzgada conforme a las leyes del estado.

El juez Norwood asintió con leve gesto y respondió seguidamente:

—Este tribunal opina que hay evidencia indudable de que se ha cometido un crimen y que concurren circunstancias bastantes que indican a la acusada como posible…

—Con la venia, señoría —le interrumpió Mason y agregó—: ¿Acaso vuestro tribunal no quiere conceder a esta defensa la ocasión de presentar su informe?

El juez Norwood le miró unos instantes sorprendido y luego preguntó:

—¿Está la defensa dispuesta a que la acusada comparezca en el estrado de los testigos para que preste declaración?

—No he dicho eso, señoría. Sólo me he permitido advertir que esta defensa todavía no ha concluido.

—Muy bien. Este tribunal presenta sus disculpas a la defensa y le asegura que jamás ha tenido el propósito de coartar a la defensa de la acusada o bien de mermarle sus derechos. Mas es el caso que en este tribunal no es corriente el que se produzcan tales situaciones cuando se trata de una vista preliminar de precepto antes de que la causa pase a otro tribunal superior. En consecuencia, ruego a la defensa que prosiga.

—Gracias, señoría —respondió Mason con una ligera inclinación

y seguidamente en voz alta, dijo—: ¡Cito a Marion Keats!

Se produjo un revuelo en las últimas filas de los asientos del fondo de la sala, cuando Marion Keats avanzó por el pasillo hacia el lugar reservado al tribunal y se encaminó al estrado de los testigos.

El fiscal del distrito no alzó la mirada de sus papeles y el acusador privado parecía muy absorto tomando unos apuntes. La actitud de ambos confirmó a Mason lo que presumía: que ya habían hablado con ella.

Aguardó con calma a que le tomaran el juramento y los demás detalles propios del acto. Seguidamente, dirigiéndose al juez, declaró:

—Con la venia, señoría. Teniendo presente que este testigo es hostil a la defensa, solicito vuestra venia para dirigirle algunas preguntas preliminares…

—¿Cómo sabemos que es hostil? —preguntó el fiscal, puesto en pie.

—Mírela —respondió Mason, sonriendo.

—Comience la defensa con sus preguntas —ordenó el juez.

—¿Se llama usted Marion Keats?

—Sí.

—¿Señorita o bien señora?

—He… he estado casada.

—¿El nombre de su esposo era Keats?

—Sí.

—¿Responde usted a señorita Keats, o bien a señora Keats?

—Uso el de señorita Marion Keats. Creo que estoy en mi derecho.

—Desde luego. Sólo es una pregunta.

—Está contestada.

—¿Conoció en vida a Arthur Cushing?

—Sí.

—¿Fue a esquiar con él alguna vez?

—Sí.

—¿Estuvo usted en Bear Valley en la noche del dos al tres del mes actual?

—Estuve allí en la madrugada del día tres —respondió la interrogada con irritación.

—¿Estuvo también en el funeral del difunto Arthur B. Cushing?

—¡Protesto! Esta pregunta está fuera del procedimiento, es irregular e inadecuada —exclamó C. Crestón Iver, poniéndose en pie.

—Se acepta la objeción.

—¿Esquió usted con Arthur B. Cushing en diversas ocasiones?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo comprendió su amistad con el difunto?

—Unos seis meses.

De pronto, Mason se puso en pie y avanzando dos pasos rápidamente hacia la testigo y señalándola con el dedo índice casi hasta tocarle el rostro le ordenó, imperativo:

—¡Grite!

La testigo, sorprendida, se echó hacia atrás, dejando escapar una ligera exclamación de sorpresa.

Darwin Hale y C. Crestón Ives ya estaban de pie gritando y gesticulando a porfía. El juez empuñó su mazo y golpeando con él, gritó a su vez:

—¡Orden! ¡Orden en la sala! ¡Caballeros, cada uno a su vez! ¡Veamos, señor Hale! ¿Qué dice usted?

—¡Que se trata de una pregunta irregular y fuera del procedimiento, señoría! —tronó el fiscal—. ¡Es un intento de atemorizar al testigo! ¡Es intolerable!

C. Crestón Ives, con palabra mesurada y precisión académica, expresó su opinión diciendo:

—Con la venia, señoría. Si el propósito de esta pregunta es el de preparar una trampa para su propio testigo, es un proceder incorrecto. Pero si es que se persigue el propósito de identificar el grito del testigo con otro semejante, es evidente, como sin duda también lo apreciará vuestra señoría, que la prueba debe hacerse en iguales condiciones a las que existían cuando se emitió el anterior.

—¡Vamos! ¡Grite! —exclamó de nuevo Mason dirigiéndose a la testigo.

Antes de que nadie pudiera evitarlo, la testigo descubrió sus blancos dientes apretados convulsivamente y alzando algo la cabeza, emitió un grito inarticulado, mezcla de rabia y de odio, semejante al alarido de un animal, pero que no expresaba terror,

sino sólo furia irreprimible.

—Gracias, señorita Keats, muchas gracias —repitió Mason, inclinándose ligeramente.

Un silencio de sorpresa envolvió a toda la sala, que el juez Norwood rompió diciendo secamente:

—Al parecer esta testigo es una señorita muy emotiva, incapaz de dominar sus sentidos y por esta causa no ha podido aguardar hasta oír la decisión de este tribunal. En consecuencia, la objeción presentada carece de valor. Prosiga la defensa.

—¿He de soportar algo más? —preguntó Marion Keats al juez.

—Es usted un testigo y, como tal, goza de la protección del tribunal. La defensa le hará preguntas, pero usted sólo está obligada a dar respuestas pertinentes. La parte contraria a este tribunal cuidará de que sus derechos queden salvaguardados y por lo que atañe al incidente ocurrido, si usted se hubiera dominado sólo unos instantes, debo decirle que el tribunal iba a proclamar que admitía la protesta de la parte contraria.

—Lamento lo sucedido, señoría, pero estoy anonadada, con los nervios deshechos. Ruego que me permita consultar a un abogado antes de contestar a más preguntas. Todo esto es una intriga urdida para destruir mi reputación. Cuando el señor Mason me citó, ya me lo dio a entender. Creo, pues, que debo consultar a un abogado. Se me ha dicho que un abogado jamás puede utilizar las órdenes de un tribunal con el propósito de llevar al estrado a quien nada sabe de la causa que se ve, sólo con el propósito de exponerlo a la curiosidad pública.

El fiscal Hale asintió con un movimiento de cabeza y C. Crestón esbozaba una meliflua sonrisa de satisfacción.

El juez Norwood respondió:

—Cabe decir que en sentido general tiene usted toda la razón. Quien posea conocimientos concernientes a un proceso o causa en trámite está obligado a testimoniar, pero nadie puede ser convocado ante un tribunal con el solo propósito de… quiero abstenerme de opinar en este momento. Señor Mason, ¿tiene la defensa algo que objetar contra lo que solicita la testigo?

—Nada, señoría. Si desea aconsejarse por un abogado, es muy dueña de hacerlo.

—Perfectamente. Puede retirarse la testigo. Le aconsejo que consulte con un abogado y desde luego queda citada ante este tribunal para mañana por la mañana a las diez horas, con su abogado, si así lo desea —decidió el juez Norwood, y preguntó a Mason—: ¿Ha interrogado la defensa a otros testigos?

—Señoría, desearía dar por terminado mi informe, pero hay ciertos detalles técnicos que la acusación ha omitido y que a mi juicio son de importancia vital.

—¿Qué quiere usted decir? La acusación nada ha dejado de lado para establecer su demanda —arguyó el fiscal Hale.

—Opino lo contrario. Por ejemplo, la acusación no ha presentado la silla de ruedas en la que se halló el cadáver.

—He expuesto todas las evidencias relacionadas con esa silla —explicó el fiscal—. Pero, teniendo presente su peso y dimensiones, no he creído necesario traerla a la sala del tribunal.

—Esto es precisamente lo que quiero acentuar —replicó Mason—. La silla de ruedas es una de las piezas más importantes de la evidencia circunstancial, pero el fiscal se ha contentado con mencionarla como algo accesorio, dejando que el sheriff explicara y declarara que en sus llantas de goma no había ningún añico de vidrio.

—Muy bien. Accedo al antojo del abogado de la defensa. Si desea ver la silla de ruedas, aquí la tendrá. ¿Quiere traer esa silla de ruedas, sheriff?

—¿Es que va a cambiar su informe? —preguntó Mason.

—¿Por qué no? —retrucó el fiscal—. Traeremos la silla y la incluiremos entre las pruebas.

—Conforme —respondió Mason.

El sheriff regresó trayendo la silla de ruedas que hasta entonces había quedado depositada en el depósito judicial. Colocándola ante el tribunal, dijo:

—Ésta es la silla de ruedas.

—¿Desea que el sheriff así lo declare desde el estrado de los testigos? —preguntó el fiscal.

Con un encogimiento de hombros, Mason respondió:

—¿Para qué? Si usted afirma que ésta es la silla de ruedas en cuestión, pues ésta es. Estoy conforme con que sea incluida entre las

pruebas.

—De acuerdo.

Mason, dirigiéndose al magistrado, solicitó:

—Señoría: Deseo que comparezca Sam Burris como testigo de la defensa.

—¿Como testigo de la defensa? —preguntó Hale asombrado.

—Eso es.

—Conforme. Que Sam Burris comparezca en él estrado de los testigos a declarar. Como ya se le ha tomado juramento, no es necesario tomárselo de nuevo. Comparece como testigo de la defensa. Proceda, señor Mason —decretó el juez.

—Señor Burris —comenzó Mason indicando con un gesto a la silla de ruedas con manchas de sangre que tenía a su lado—. Esta silla, salvo error, es en la que el cuerpo de Arthur Cushing estaba sentado cuando usted lo encontró en la madrugada del día tres de este mes. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Observa alguna diferencia entre su estado actual y el que vio en aquel entonces?

—No, señor.

—Señor Burris, ¿ha oído el grito que dio la señorita Marion Keats hace algunos minutos desde ese mismo estrado?

—No la he oído gritar, porque a mi entender lo que ha hecho ha sido chillar. Ha emitido un chillido… por lo menos, para mí no ha sido un grito. Me he preguntado, señor Mason, si acaso quería que gritara para que yo pudiera identificarla. Si así fuera, debo decirle que los sonidos que aquí ha hecho, en la sala del tribunal, no son semejantes al grito que oí aquella madrugada.

—Deseo poner algo en claro —advirtió Mason—. ¿No hubo grito cuando usted oyó cómo era arrojado el espejo contra Arthur Cushing?

El fiscal se levantó de un brinco, furioso, gritándole al testigo:

—¡No conteste! ¡No conteste a esta pregunta!

Dirigiéndose seguidamente al juez, exclamó:

—¡Con la venia, señoría! ¡Esta pregunta no se puede permitir! ¡Esto no es interrogar al testigo! ¡Es inducirle a que afirme un hecho del que no hay evidencia! ¡Apela a la conclusión del testigo y esto

atribuye una condición contraria a lo que ocurrió!

»La defensa sabe muy bien que el espejo no fue arrojado por algún hombre o mujer contra Arthur Cushing sino que al contrario fue arrojado por Arthur Cushing contra su atacante en defensa propia, en un esfuerzo desesperado de librarse de aquél, y luego fue asesinado de un disparo.

El magistrado decidió:

—Sin querer entrar en los méritos de los diversos considerandos que han expuesto las partes, este tribunal decide aceptar la objeción, porque induce al testigo a deducir unas conclusiones. Pero el testigo puede declarar en lo concerniente al grito con referencia al momento en que oyó las roturas de los vidrios.

—Perfectamente —respondió Mason con rostro risueño—. Repetiré la pregunta en forma distinta. ¿Cuándo oyó usted el grito con referencia al ruido de los vidrios rotos, señor Burris?

Sam Burris dudaba en contestar y por fin explicó:

—Es algo difícil de recordar bien las cosas cuando uno se despierta súbitamente.

—Desde luego que le comprendo, señor Burris —observó Mason con simpatía—. Pero, en fin, le ruego que haga cuanto pueda.

—Veamos… creo, por lo que recuerdo, que oí el ruido de vidrios que se rompían, luego oí un disparo y cuando debía estar todavía medio turbado por el sueño y un poco después de lo que he explicado, debí oír aquel grito de mujer.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted así, medio dormido?

—Quizá sólo algunos segundos.

—¿Digamos un minuto?

—También pudo ser más.

—¿Pongamos cinco minutos?

Con rostro pensativo y dudando, Burris respondió:

—Quizá cinco minutos fuera la medida de tiempo apropiada. Francamente, señor Mason, creo que dormité algún tiempo, mas no mucho. Pero no demasiado… quisiera poner un límite… quizá… bien, la verdad, no puedo determinarlo.

—Señor Burris, ha dicho que iba a poner un límite. ¿Qué es lo que le hace dudar? ¿Qué es lo que se lo impide?

—Pues, que no parece razonable. No puede serlo.

—Con otras palabras y expuesto con toda franqueza: Usted no recuerda qué intervalo hubo entre el ruido de los cristales que se rompían y aquel grito, pero cuando intenta señalar un límite de espacio de tiempo entre ambos, siente que es un absurdo, en vista de los hechos comprobados. ¿No es esto?

—Debo disentir y protestar por la pregunta, por el fundamento que pretende cimentar —intervino el fiscal—. Además de esto, la defensa está montando un espectáculo en el interrogatorio de este testigo…

El juez Norwood le interrumpió, diciendo:

—La objeción es desestimada. Parece que el fiscal no comprende que este interrogatorio tiene por objeto informar con mayor detalle al tribunal y no el de representar ante él unos ejercicios legales o bien demostrar la habilidad en utilizar o emplear prácticas propias de la jurispericia. Prosiga la defensa y conteste a la pregunta, señor Burris.

—Estaba por decir que quizá pudieron transcurrir como unos quince minutos desde el momento en que oí el disparo y el de los vidrios que se rompían hasta que se produjo aquel grito. Quizá no esté en lo cierto y no fue así… pero creo que hubo este intervalo.

—¿Se levantó inmediatamente al oír aquel grito? —preguntó Mason.

—No fue así exactamente. Me levanté cuando oí el ruido de los vidrios que se rompían. Permanecí de pie unos dos o tres minutos. Miré por la ventana, pero excepto de que vi que en la casa de los Cushing las luces estaban encendidas, nada más observé. Entonces no tomé los prismáticos. Me decidí a despertar a mi mujer y en aquel momento oímos el grito.

Mason preguntó:

—¿Tiene usted idea de si el ruido de los vidrios de la ventana al romperse y el del espejo arrojado fue producido por alguien que lanzara dicho espejo contra Arthur Cushing y fallara en darle o bien, por lo contrario, que fuera causado al arrojar Arthur Cushing el espejo citado contra alguien?

—No, señor.

El fiscal intervino de nuevo, comentando:

—Es una cuestión obvia. La respuesta habla por sí misma. Para

la acusación no cabe duda de que el espejo fue arrojado por el fallecido señor Cushing en un último y desesperado esfuerzo para defenderse.

—Entonces… tuvo que lanzarlo hacia atrás —observó Mason.

—Señoría: la acusación está convencida y sostiene que el espejo fue arrojado por el difunto señor Arthur Cushing contra alguien que le atacaba. Su contrincante se encontraba entre la silla en la que estaba sentado y la ventana. El agresor saltó hacia un lado y fue entonces cuando el señor Cushing hizo girar su silla para hacerle frente de nuevo y en esta posición fue cuando recibió el disparo que le causó la muerte.

—La exposición de la acusación parece muy plausible —observó el juez Norwood.

—Creo recordar que se ha dicho que la silla no había sido movida —advirtió Mason.

—No fue movida luego de que el vidrio se esparció por el suelo.

—¿Y todo el vidrio desmenuzado debió caer inmediatamente sobre el suelo al ser arrojado el espejo? —preguntó Mason.

—Cuando el suelo ya estaba cubierto de vidrio debió desmenuzarse al ser pisado por alguien que anduvo alrededor de la silla en la que yacía Arthur Cushing. Creo que el tribunal y la acusación tenemos una acertada visión de lo que allí ocurrió.

—El tribunal no acaba por adherirse a esta tesis —advirtió el juez Norwood, frotándose las sienes ligeramente—. No cabe duda de que la defensa ofrece unas sugerencias harto interesantes.

—Que desearía desarrollar algo más —afirmó Mason—. Veamos… señor Burris, ¿tendría la bondad de sentarse en esta silla de ruedas? Adopte la posición que tenía el señor Cushing cuando usted lo vio allí.

El testigo se sentó en la silla.

—Ahora —prosiguió Mason—, sin mover el cuerpo, excepto los hombros y la cabeza, afírmese en la silla. Esto es, está bien. Deseo que coja el espejo éste y lo arroje hacia atrás. Pero mantenga inmóviles la cintura y las piernas.

Mason entregó el espejo antiguo a Burris, preguntándole:

—¿La silla ésta estaba a unos dos metros de la ventana?

—Sí, señor.

—El borde de la mesa del tribunal está también a esta distancia, aproximadamente. Veamos si usted puede lanzar hacia atrás este espejo y que choque contra dicho borde.

—¡Un momento! ¡No puede hacerse esto! —exclamó el fiscal, levantándose precipitadamente de su silla—. ¡No, señor! ¡No puede hacerse una prueba en tales condiciones!

—Además, el tribunal no desea que se lancen espejos sobre su mesa —advirtió el juez Norwood.

Mason afirmó con palabra segura:

—No hay cuidado, señoría. El testigo no puede arrojar el espejo hacia atrás y a tal distancia, a pesar de que es mucho más fuerte y musculoso que lo fue Arthur Cushing en vida. Si insiste en alzar sus brazos y los echa para atrás, intentando alcanzar con el lanzamiento del espejo la mesa del tribunal, permaneciendo sentado, esta silla de ruedas se volcará también hacia atrás. No puede lanzar el espejo a tal distancia a su espalda, y tampoco pudo hacerlo Arthur Cushing.

—¡Cushing lo arrojó! ¡No cabe otra explicación! —insistió el fiscal.

—Vamos, arrójelo —ordenó Mason a Sam Burris.

Éste alzó el espejo con gesto decidido que se trocó inmediatamente por el de sorpresa.

Al verlo, el juez Norwood exclamó decidido:

—¡Voy a probarlo!

Se levantó de su sitial, rodeó su mesa, sentóse en la silla, asió el espejo, lo levantó y bajó los brazos inmediatamente, preguntando al fiscal, al mismo tiempo:

—¿Lo ha sopesado?

—No, señoría.

—Pues, sopéselo —sugirió el juez, tomando de nuevo asiento.

—¡Pero, señoría, sabemos que el espejo fue arrojado! ¡No cabe otra explicación! —repitió, insistiendo, el fiscal.

—Pero no por alguien sentado en esa silla de ruedas —replicó el juez con firme acento—. No puede arrojar ese espejo a una distancia de dos metros a su espalda. Este espejo pesa por lo menos catorce o bien quince kilogramos.

—Pero, señoría —porfió el fiscal—. Lamento no estar de acuerdo con el tribunal, pero si éste examina todas las evidencias

desapasionadamente comprenderá que es imposible que alguien arrojara este espejo a Arthur Cushing.

—Es lo que no sabemos, pero lo cierto es que Arthur Cushing jamás pudo haber arrojado, sentado en esta silla de ruedas, un espejo semejante a éste, hacia su espalda, por encima de su cabeza y a dos metros de distancia.

—Señoría, perdone que discrepe de su opinión. En primer lugar, no fue este espejo el que fue arrojado. Recuerde el tribunal que ya protestamos por la forma con que este espejo fue introducido en el procedimiento. Perry Mason preguntó, insinuándole al testigo, si este espejo era de un tamaño aproximado y también de peso semejante al que fue arrojado en el lugar del homicidio.

—Este tribunal conviene con el fiscal que éste no es aquel espejo, pero está convencido de que es uno semejante, en peso y dimensiones. En consecuencia, una persona, un hombre, sentado en esta silla de ruedas podría alzarlo y tenerlo sobre sus rodillas, por ejemplo, e incluso arrojarlo ante sí, pero jamás alzar los brazos y arrojarlo hacia atrás por encima de su cabeza.

»La señorita Keats desea consultar a un abogado y el tribunal quiere examinar el lugar donde se afirma que se cometió el crimen.

»El tribunal se retira y la vista queda aplazada hasta mañana por la mañana en que se reanudará a las diez.

Mientras el público salía de la sala, Paul Drake se acercó a Perry Mason y le dijo en voz baja:

—Perry, hay algo que no me gusta. Parece que Marion Keats, tan pronto llegó aquí, se fue a la oficina del fiscal. Allí lo planearon todo y le dijeron lo que tenía que hacer cuando compareciera en el estrado de los testigos: Contestar a unas pocas preguntas e inmediatamente solicitar el concurso de un abogado. Éste, ya lo tiene dispuesto. Es un tal Lansing, uno de esos tipos hipócritas y disputadores que siempre se hacen lenguas con la ética. El picapleitos éste le acusará de abuso del procedimiento y le culpará, fundándose en que de antemano usted ya sabía que Marion Keats nada tiene que ver con el proceso, pero que intenta insinuar la existencia de una relación ilícita entre ella y Cushing al objeto de favorecer a su defendida.

»Esté prevenido, porque los de la fiscalía no se pararán en

barras.

Mirando a Drake, Mason contrajo los labios hasta formar una línea, pero unos instantes más tarde respondió con voz reposada:

—Sí, la verdad sea dicha, no me sorprende demasiado lo que me dice. Cuando al entrar esa chica he observado que ni Ives ni Hale alzaban la cabeza para mirarla, ya me he imaginado que me preparaban algo.

—¿Pero pueden perjudicarle?

—Si pueden probar que yo no tenía motivo ni razón para citarla, puede resultar algo muy desagradable para mí.

—Pues esté prevenido, porque intentarán ser lo más «desagradables» posible —reiteró Paul Drake—. Además, tenga presente que según dicen por ahí, este juez Norwood no tolera que se abuse del procedimiento judicial en lo que concierne a su tribunal y el leguleyo ése, además de echar por delante la ética, siempre reclama sanciones disciplinarias contra los miembros de la profesión.

Mason, con gesto preocupado, respondió:

—Le confieso que cuando fui a verla, eché mano de un recurso desesperado, Paul. Creía que vendría a verme, rogándome que no la hiciera comparecer y que entonces podría conseguir de ella alguna información interesante; en último extremo, le habría dicho que no la necesitaba. Pero han fallado mis cálculos y en lugar de lo que preveía se ha ido a contárselo todo al fiscal. Resultará algo muy desagradable para mí, si no demuestro que tenía razones fundamentales para citarla ante el tribunal.

—El fiscal e Ives le han jugado una mala pasada, Perry. Lo correcto hubiese sido advertirle de su visita… pero han preferido ponerle sobre las parrillas, a ver si lo asan a fuego lento.

—Paul, no deje de mano lo de esa huella dactilar… si no puedo justificarme con algo, esto me costará caro. He querido avanzar con una baladronada, pero ese par me la han jugado… Paul, por lo que más quiera, necesito saber a qué viene esa huella…

Capítulo 19

Cuando Mason, Della Street y Paul Drake llegaron a las oficinas instaladas en el hotel donde se alojaban, la ayudante de Della Street les informó de que el abogado George Henry Lansing había telefoneado en nombre de su cliente Marion Keats. Deseaba hablar inmediatamente con Perry Mason.

—Pues vamos a por ello —respondió Mason—. Llámele al teléfono y pásemelo.

Unos instantes más tarde y obedeciendo a una indicación de la ayudante, Mason tomó el auricular, diciendo:

—Soy Perry Mason, señor Lansing…

Alguien, hablando con mesura deliberada, le respondió:

—Señor Mason, me he encargado de la representación legal de la señorita Marion Keats. Mi cliente me ha dicho que usted la ha citado como testigo de la defensa en la causa cuya vista preliminar se celebra estos días.

—Así es —admitió Mason.

—He examinado las circunstancias que concurren a su citación y no puedo por menos que advertirle que considero esta citación como algo inadmisible.

—Señor Lansing, tengo por costumbre citar a quien creo necesario en los asuntos de que me hago cargo. ¿Desea decirme algo más?

—Opino que lo más conveniente sería que usted prosiguiera su actuación prescindiendo de mi cliente.

—Quizá.

—Si usted la cita de nuevo a que declare como testigo, le acompañaré como su abogado y haré constar mi protesta contra su proceder, insistiendo en que su derecho a la vida particular y

privada es indudable. Demostraré ante el tribunal que usted ha abusado del procedimiento judicial y, lamentándolo, aconsejaré a mi cliente que se niegue a contestar a sus preguntas. Aparte de todo ello pasaré mi protesta al colegio.

—¿Algo más? —preguntó Mason amablemente.

—Nada más.

—Que no haya algo más, es una presunción suya. Pero he de advertirle que si su cliente no comparece mañana ante el tribunal, la demandaré por ofensa.

—Mi cliente estará allí, pero reiteraré lo de la citación indebida y lo demandaré oficialmente por abuso del procedimiento judicial.

—Permítame… ¿su cliente se lo ha dicho todo? —preguntó Mason.

—Ciertamente.

—Muy bien —repuso Mason, y prosiguió—. En vista de que usted no duda en poner toda su experiencia al servicio de su cliente e incluso se permite amenazar, ¿qué le parece si se la acusara del intento de ocultar o suprimir, incluso, pruebas evidentes, obstruir la acción de la justicia y, en resumen, convirtiéndose en un cómplice del hecho?

—Señor Mason, no trate de amedrentarme. No vale conmigo.

—Usted ha tratado de hacerlo conmigo amenazándome, ¿no ha sido así? Veamos, ¿dónde está su despacho? Supongo que me habla desde allí.

—En el Equitable Bank Building.

—Esto… está frente al hotel donde me hospedo, ¿verdad?

—Eso es.

—Pues no se vaya. Voy a ir ahí inmediatamente.

—Lo siento, pero en este momento yo…

—Quiero jugar limpio —le interrumpió Mason, y añadió—: Si no me recibe y habla conmigo, le aseguro que será usted la persona más desagradablemente sorprendida que jamás se haya hallado ante un tribunal.

—Señor Mason, una vez más debo advertirle que no consentiré que…

—Usted no se mueva de ahí, que dentro de tres minutos estaré en su despacho.

Colgó el teléfono con gesto brusco y al mismo tiempo que cogía el sombrero, les dijo a Della Street y a Paul Drake:

—No se muevan de aquí. Podría necesitarles.

Salió al pasillo, cerrando tras de sí la puerta con cierta violencia y, desdeñando el ascensor anticuado, se lanzó sobre la escalera bajando los peldaños de dos en dos. Cruzó el vestíbulo a paso de carga, atravesó la calle con grandes zancadas, entró en el Equitable Bank Building y tomó el ascensor hasta el tercer piso donde George Henry Lansing tenía el despacho. Caminó por el corredor hasta hallar una puerta con el nombre de su colega y la franqueó para enfrentarse con una secretaria que con aturdimiento pretendía explicarle que en aquel momento el señor Lansing tenía una conversación muy importante y que… En voz alta, pero tranquila, Mason le interrumpió diciendo:

—Dígale al señor Lansing que he venido para demostrarle que su cliente está comprometida hasta la coronilla en un asesinato. Tiene diez segundos para oírlo aquí en su despacho o bien escucharlo mañana ante el tribunal. Si lo prefiere así, demostraré que fui a su despacho para explicarle lo que yo sabía y convencerle de la verdad de mi aserción, pero que él se negó a escucharme. En consecuencia, si se atreve a afirmar ante el tribunal que yo he abusado del procedimiento judicial respecto a su cliente, mi actual presencia aquí será la demostración de su felonía. Quizá sea algo duro de mollera y teniendo presente esta circunstancia, prorrogaré mi espera hasta treinta segundos. ¡Dígaselo!

La secretaria, que no sabía qué partido tomar, repitió:

—Es que… es que el señor Lansing me ha dicho que le dijera… que él… pues, esto, que está… esto es, muy ocupado…

—Ya me lo ha dicho usted. Tomo nota de su mensaje y transmítale mi respuesta. ¿Va a hacerlo? ¿Sí o no?

Sin osar replicar, la muchacha se volvió hacia la puerta del despacho y desapareció en su interior. Treinta segundos más tarde reaparecía, seguida por un individuo de rostro alargado, pómulos salientes, calvo, de cuello largo y delgado, ojos azules y pálidos labios, delgado y de porte semejante al de un empleado de pompas fúnebres, que saludó a Mason, diciéndole:

—¿Cómo está usted, señor Mason? Con referencia a nuestra

conversación por teléfono y en calidad de abogado de la señorita Marion Keats, creo que debe aclararse que todo cuanto…

Mason, con voz firme, le interrumpió, afirmando:

—Permítame. He venido a decirle para qué deseo el testimonio de la señorita Marion Keats. A usted sólo le ruego que me escuche y, cuando se entreviste de nuevo con su cliente, pregúntele cuánto pagó para que le avisaran de que Carlotta Adrian estaba cenando a solas con Arthur Cushing y pregúntele también dónde estaba hacia las dos y media de la madrugada aquélla.

—Esto son asuntos particulares de mi cliente y no veo la razón por qué debe explicarlos —contestó Lansing.

—Perfectamente —admitió Mason, continuando con tono de voz elevado—. No es mi intención privarla de la oportunidad de explicarse. Estoy dispuesto a escucharla y evitar así unos trámites, que como usted bien sabe, no son agradables. Si sus explicaciones son comprensibles, no tendré por qué citarla al estrado de los testigos. Pero si…

La puerta del despacho de Lansing se abrió de pronto y en su marco apareció Marion Keats, pálida, diciendo con palabra trémula:

—Señor Mason, si me permite…

—¡Vuelva adentro y cierre la puerta! —le ordenó Lansing, sin volver la cabeza.

—Es que deseo explicarle al señor Mason…

—¡No es más que una baladronada! —interrumpió Lansing, y prosiguió—: ¡Le he dicho que vuelva a mi despacho y cierre la puerta!

Esbozando una mueca, Mason prosiguió:

—Lansing, no pretendo hablar con su cliente, porque sería contra la ética de la profesión. Es por esto que quiero hablar con usted. Si su cliente desea que todo esto se airee en plena sala del tribunal desde el estrado de los testigos con la consiguiente publicidad y escándalo de la prensa, desde luego puede cumplirse su deseo. Ahora está en sus manos hablar con ella y…

—Señor Mason, parece que no ha comprendido usted que he intentado exponerle mi opinión y considero que esta conversación ya no tiene objeto. Le ruego que se retire.

—Gracias, así voy a hacerlo. Su mente es muy lenta y quizá

necesite de toda la noche para digerir lo que le he dicho. He intentado explicarle el porqué he citado a su cliente, pero usted no ha querido escucharme. Le he ofrecido la posibilidad de evitar que su cliente, Marion Keats, tenga que comparecer en el estrado de los testigos, pero usted me ha rechazado y me ha echado de su despacho y oficina. Explíqueselo a su amigo el fiscal del distrito y no se sobrecoja por lo que él le diga.

Girándole la espalda, tomó la puerta, dejando tras él a un abogado desconcertado y a una cliente de éste, asustada y furiosa.

De nuevo en su despacho en el hotel, halló a Della Street y a Paul Drake que estaban ansiosos por saber lo ocurrido.

—Lancé de nuevo una baladronada —explicó Mason—. Estaba convencido de que Marion Keats estaba en su despacho, cuando ese Lansing me habló por teléfono. Si hubiese sido un chico listo, al decirle que yo iba a verle habría alejado a Marion Keats de su oficina. Pero cometió la ligereza de enviarme un recado por mediación de su secretaria y yo me aproveché de ésta para enviarle un mensaje en voz alta para que me oyera Marion Keats, insistiendo en sostener una conversación. A ella le impresionó, pero él se mantuvo imperturbable. Es de esas personas que cuando conciben una idea se agarran a ella y son incapaces en pensar en otra cosa.

—¿Significa algo malo para usted? —preguntó Drake.

—Lo será, si no hallamos algo con que detener el golpe…

Repiqueteó el teléfono, contestó Drake y cuando colgó de nuevo le dijo a Perry Mason:

—Esto, quizá, fuere ese «algo» que ha mencionado, Perry. La huella del dedo pulgar es de Nora Fleming, la sirvienta o ama de llaves de la casa de los Cushing. Sam Burris ha llamado también, diciendo que Marion Keats es la chica que él dijo a la señora Adrian que había visto varias veces en aquella casa.

Capítulo 20

Cuando por la mañana se reanudó la vista, la sala estaba llena de público hasta rebosar.

—Se reanuda la vista. Que continúe el interrogatorio de la señorita Marion Keats como testigo presentado por la defensa —decretó el juez Norwood.

—Con la venia, señoría —contestó Mason—. Cito a la señorita Marion Keats, que según tengo entendido se presenta con un abogado para asesorarla.

George Lansing, poniéndose en pie y enderezando su larga y escuálida figura, con voz cavernosa y dirigiéndose al magistrado, declaró:

—Con la venia, señoría: Como asesor legal de la señorita Keats, aquí presente, protesto de que sea citada como testigo y acuso al abogado de la defensa de abuso del procedimiento judicial por esta citación.

—Fundamente su querella —requirió el juez Norwood.

—Ha citado a la testigo sólo con el objeto de distraer la atención de este tribunal en lo que concierne a la acusada. Mi cliente nada sabe acerca de la causa que se examina en esta vista preliminar, ni posee información alguna que pueda considerarse de la menor importancia relacionada con lo que ante este tribunal se examina. Tomando por base la amistad que tenía mi representada con el difunto, el señor Mason la ha citado mediante una cédula que no puedo por menos que calificar de fraudulenta ante este tribunal, con propósito evidente, repito, de distraer su atención respecto a su cliente.

El magistrado miró unos instantes a Perry Mason con ceño fruncido, antes de decirle:

—No dudo que la defensa habrá advertido que se trata de una acusación seria, presentada por un distinguido y conocido miembro de este colegio. Sírvase la defensa explicar su proceder.

—Ruego a su señoría que decrete la presentación de la testigo citada en el estrado y que me permita hacerle «sólo» cinco preguntas. Vuestra señoría juzgará si la testigo ha merecido ser citada —contestó Mason.

—Señor Mason —reiteró el juez Norwood—. Creo que es mi deber advertirle ahora que todavía está a tiempo que si la protesta del señor Lansing está fundamentada, constituirá para usted una acusación muy grave. Sírvase reflexionar si no es preferible que usted prescinda de esta testigo.

—Señoría: la protesta y acusación consiguiente ya se han hecho y, desde luego, convengo con vuestra señoría que es algo muy serio y grave. Ahora bien, pregunto yo, ¿cabe condenarme por mala conducta profesional por el simple hecho de haberme acusado un colega de la profesión?

—Desde luego no es posible —admitió el magistrado.

—¿Habrá de prescindir esta defensa de un testigo y de su interrogatorio, y que ello redunde en perjuicio de la acusada? —preguntó Mason.

—De ninguna manera —afirmó el juez.

—Pues bien, señoría. Reitero mi petición de que la testigo comparezca en el estrado.

Darwin Hale se interpuso, diciendo:

—Señoría: Esta acusación opina también que la defensa sólo pretende distraer la atención del tribunal en lo que concierne a la causa y su motivo.

—No pido más que poder hacer cinco preguntas, y luego de haber oído las respuestas, el tribunal decidirá lo que crea justo y adecuado —reiteró Mason.

Lansing, por su parte, afirmó:

—He intentado apartar a la defensa de un camino erróneo, evitar al abogado que la dirige que sea sancionado.

—Ruego al señor Lansing que cuide de su ética y no dude que yo tendré siempre presente la que me corresponde.

—¿Quiere explicarme sus palabras?

—¿Cuándo le consultó por vez primera la señorita Keats?

—Esto es secreto profesional, como usted sabe bien.

—Lo que haya dicho y lo que haya hecho son materias de secreto profesional, pero si usted había preparado de antemano en combinación con el fiscal del distrito el que ella se presentara en el estrado, contestara un par de preguntas fingiendo ignorar los derechos que le concede la ley y seguidamente pidiera, como solicitó y consiguió, permiso para consultar a un abogado, cuando la verdad era y es que ya obraba conforme a sus instrucciones, no cabe duda de que todo este asunto toma un matiz muy distinto.

—Esto lo discutiremos en otra parte —respondió Lansing.

—Esto ya lo veremos. Ahora niéguelo si se atreve —le desafió Mason.

Lansing se frotó las manos unos instantes, echó una ojeada al fiscal Hale, que de pronto había hallado los papeles que tenía ante sí muy interesantes, y decidió:

—Señorita Keats, ya que la defensa insiste, sírvase comparecer en el estrado.

La interpelada le miró con asombro y exclamó entrecortadamente:

—Pero tenía entendido… usted me dijo… que no…

—Pase al estrado, señorita Keats —repitió Lansing, y añadió—. Mientras tanto voy a redactar y fundamentar mi protesta y acusación.

Irritada y preocupada, Marion Keats ocupó de nuevo la silla en el estrado de los testigos.

Lansing le advirtió:

—Señorita Keats, no se precipite en sus contestaciones, porque supongo que el fiscal objetará algunas de las preguntas, aparte de que yo las objetaré todas. Debe aguardar hasta que el tribunal decida acerca de cada una de las objeciones que se formularán, para contestar. Es muy probable que no tenga que contestar a ninguna. No pierda la calma, que yo estoy aquí para cuidar de sus derechos.

Por fin, Mason preguntó:

—Señorita Keats: ¿Conocía usted a Nora Fleming, ama de llaves o sirvienta de la casa de los Cushing?

—Se protesta esta pregunta por no estar relacionada con la

causa, ser improcedente e irregular —objetó el fiscal, siguiendo sin duda un plan de acción meditado detenidamente.

—Como abogado de la señorita Keats —prosiguió Lansing—, objeto contra la pregunta en un fundamento, porque evidentemente es sólo un intento de abusar del poder que la ley otorga al tribunal. La defensa no ha explicado ni definido el propósito que tiene. Afirmo que sólo desea difamar a la testigo presentando una amistad normal y natural con el difunto como una relación inmoral entre ambos, mediante preguntas capciosas.

Mason replicó:

—He de señalar que hasta ahora las implicaciones de la índole que señala, sólo las ha sugerido el abogado de la testigo.

—Tenga presente la defensa que la objeción presentada de que pretende utilizar a la testigo sin propósito determinado y que no tiene relación con la causa presente, está sometida a la consideración y decisión de este tribunal —advirtió el juez Norwood.

—Esta objeción está relacionada con otras afirmaciones que ya se han hecho durante la mañana en esta sala y es errónea. Si su señoría lo permite, expondré los motivos de mi pregunta, si bien con ello perderá la defensa la ventaja que significa la sorpresa —arguyó Mason.

El magistrado reiteró su opinión, diciendo:

—Teniendo presente las graves acusaciones que se han formulado contra el abogado de la defensa, opino que sería conveniente que explicara la finalidad que tienen sus preguntas.

—Señoría: Espero demostrar que esta testigo estaba enamorada de Arthur Cushing y de que éste, aparte de otros antojos, no era persona para ser fiel a una mujer y que, por ello, la testigo se sentía celosa hasta lo indescriptible de las relaciones del difunto.

»Espero demostrar que la testigo había acordado con la sirvienta Nora Fleming que la telefonearía cuando Carlotta Adrian y Arthur Cushing cenaran a solas, para que la testigo pudiera presentarse y sorprenderlos.

—¡Señoría! —exclamó Lansing—. ¡Estas afirmaciones son pura imaginación! ¡Invaden la vida privada de la testigo! ¡El abogado de la defensa lo admite con sus propias palabras!

—¡El tribunal me ha pedido que explique mis razones y lo estoy haciendo! —replicó Mason en alta voz, y añadió—: ¡En consecuencia, cállese hasta que haya terminado! ¡Entonces diga lo que le plazca!

—¡Le advierto que si difama a la testigo…!

—¡Ya me ha advertido por lo menos una docena de veces! —le interrumpió Mason—. Ahora vamos a ver si puedo contestar a la pregunta del tribunal.

Lansing, visiblemente perplejo, miró a Darwin Hale, sorprendido de que éste no interviniera.

Mason elevó la voz con la intención de evitar otra interrupción y prosiguió:

—Espero demostrar que Nora Fleming en la noche del día dos del mes actual, hacia las nueve y veinte, luego de haber servido la cena, salió de la casa sigilosamente dirigiéndose a una cabina de teléfonos cercana, desde donde llamó por conferencia a Marion Keats. Cuando la comunicación fue establecida sólo dijo una palabra: «Sí» y colgó el aparato inmediatamente.

»Espero demostrar que Marion Keats comprendió perfectamente lo que significaba aquella llamada tan particular, mantenida conforme a un código previamente convenido; que inmediatamente tomó un automóvil y se vino aquí a la mayor velocidad y por el camino más corto. Que Nora Fleming se encontró con ella en un lugar previamente designado y que al marchar por la carretera hacia la casa de los Cushing encontraron el automóvil abandonado de Carlotta Adrian, aparcado junto a la cuneta. Nora Fleming o bien Marion Keats continuó andando hasta llegar a la casa de los Cushing hacia las dos y media de la madrugada, a la misma hora en que Sam Burris oyó gritar a una mujer.

—¡Esto es prepóstero! —exclamó Lansing, indignado—. ¡Es sólo una imaginación de la calenturienta mente de la defensa! ¡No hay ni el menor rastro de evidencia que soporte tal afirmación! ¡Es otro flagrante abuso de procedimiento judicial de la vista que yo he anunciado que ocurriría! ¡Repito que no hay ni la más leve prueba que permita suponer tal absurdo!

—¡Sí la hay! —prosiguió Mason como si no hubiese oído las frases indignadas de Lansing—. ¡Lo repito! ¡Sí la hay! ¡Quiero

preguntar a esta testigo cómo fue que Nora Fleming imprimió la huella dactilar de su pulgar derecho en la manija de la portezuela del automóvil de Carlotta Adrian, y si el tribunal necesita de otra prueba, no tiene que hacer más que mirar al rostro de Marion Keats que…!

—¡No! —gritó de pronto Marion Keats, levantándose de su asiento—: ¡Esto no va a cargármelo a mí! ¡Nada tuve que ver con aquello! ¡Entré precipitadamente en el salón y allí lo hallé! ¡Fue tal mi sorpresa y horror que…!

Calló de pronto, sentándose y ocultando el rostro entre sus manos.

Mason la miró un instante y seguidamente, con leve inclinación hacia el magistrado, añadió con voz tranquila:

—Señoría: Creo que esto es todo. Oídas las palabras de «mi testigo» y vista la prueba que ofrezco a este tribunal, vuelvo a sentarme a mi sitio, ofreciendo ocasión para que el señor George Lansing pueda discutir con el tribunal acerca de mi abuso del procedimiento judicial, de que no tenía objetivo mi deseo de interrogar a la testigo y de que mi intención era sólo la de distraer la atención del tribunal en lo que concierne a la vista.

Lansing se frotaba la calva lentamente y con gesto preocupado, mientras en la sala se producía un intenso silencio, que interrumpió el juez preguntándole:

—¿Tiene algo que objetar, señor Lansing?

—Señoría: Me sorprende la situación creada. Opino que la testigo ha sucumbido a un ataque histérico, está abrumada por la tortura mental que ha significado para ella el pensamiento, la idea de que tendría que presentarse ante un tribunal. Ya se conocen otros casos. En su estado actual no puede declarar la verdad, porque ya no sabe lo que dice. Pido que antes de proseguir con su declaración consulte al psiquiatra…

—Ayer este tribunal accedió a interrumpir su declaración para que consultara a un abogado —le advirtió el magistrado.

—Ahora necesita del cuidado de un médico, señoría.

—Quizá sea así, pero este tribunal considera que puede declarar. Se rechaza la objeción. ¿Desea la defensa proseguir con el interrogatorio?

—Sí, señoría.

—¡No! ¡No! —gritó Marion Keats—. ¡Lo diré todo! ¡Lo explicaré todo! ¡Pero aparten a este hombre de mi vida! ¡Que me deje tranquila!

»Arthur Cushing iba a casarse conmigo, esto era por lo menos lo que él afirmaba. Supongo ahora, que también se lo decía a otras. Intuía que se entretenía con otras mujeres y por esto convine con Nora Fleming que me avisara cuando invitara a su casa de aquí a otra chica. Nora me llamó el sábado por la noche. Vine inmediatamente con mi coche y me encontré con Nora. Proseguimos hacia la casa de Arthur y hallamos el coche de Carlotta aparcado. Nos detuvimos y Nora se apeó, fue hasta el coche de Carlotta y volvió, diciéndome: «Esta bribona ha dejado el coche sólo hace algunos minutos. La capota del motor todavía está caliente». Al mismo tiempo me mostró una polvera y prosiguió: «Quizás esto le interese».

—¿Una polvera? —preguntó el juez Norwood—. ¿Acaso quiere usted indicar la polvera que…?

—La misma, sí, señoría —completó Marion Keats y prosiguió—: Era una polvera de oro, de mucho precio. Con diamantes y una dedicatoria: «Arthur a Carlotta, con amor».

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó el juez, en medio del silencio.

—Sentí en mí una angustia indecible, mezclada con la frustración de que no podía ya sorprenderles juntos. Por fin, cogiendo la polvera, le dije a Nora Fleming: «Nora, no se mueva del coche, quédese aquí. Esto voy a ponerlo en claro inmediatamente». La casa de los Cushing estaba a menos de cien metros de nosotros. Creo que fui hasta allí a todo correr.

—¿Qué más?

—Tenía una llave de la puerta principal, Nora me la había dado. La necesitaba. Si quería sorprenderles, tenía que entrar sin llamar. Quería enfrentarme con Arthur cuando estuviera haciendo el amor a otra mujer… Bien, abrí la puerta y entré.

—¿Y mató usted a Arthur Cushing? —preguntó el juez, mas como si se arrepintiera de aquella pregunta involuntaria, prosiguió —: Desde luego, señorita Keats, no está obligada a responder a mi

pregunta. Nada ni nadie puede obligarla a acusarse a sí misma. Puede…

—¡No lo maté! ¿Por qué tenía que hacerlo si le amaba con toda mi alma? Pero una sola ojeada me mostró lo que allí había y mi horror y sorpresa me arrancaron aquel grito que Nora oyó claramente. Inconscientemente dejé caer la polvera y salí corriendo, huyendo de aquel lugar. Nora Fleming confirmará cuanto he dicho. Oyó mi grito, pero ningún disparo.

»Cuando llegué de nuevo junto a mi coche, le dije a Nora que se había sentado frente al volante: «¡Vayámonos inmediatamente, Nora! ¡Está muerto! ¡Alguien lo ha asesinado, la ventana está destrozada y los añicos del vidrio cubren todo el suelo!».

Mason se levantó de su silla y, dirigiéndose al juez, dijo con voz queda:

—Señoría: Nada más. No tengo otras preguntas que formular.

El juez Norwood contempló unos instantes a los que estaban ante su mesa y exclamó:

—¿Conque no hay otras preguntas, eh? Pues a este tribunal le parece que hay montones de ellas. Incluso le asalta la idea de que ha habido una confabulación para silenciar diversos extremos, de supresión de evidencias… ¡Señor Lansing!

—Señoría…

—¿Sabía usted algo de lo que acaba de declarar la testigo?

—Doy mi palabra de honor a vuestra señoría que estoy tan sorprendido y confuso por lo que acabamos de oír como el que más.

—¿Sabía algo la acusación, señor fiscal?

—Señoría… ni por asomo.

Tras unos instantes de recogimiento, el juez Norwood le dijo a Marion Keats:

—Señorita Keats, quizás usted ha explicado la verdad de lo que hizo, pero también hay que considerar, y no dudo que usted también lo comprenderá, que si el revólver estaba en la bolsa de la portezuela del asiento del conductor del automóvil de Carlotta Adrian, como ésta afirma, tuvo usted la oportunidad de cogerlo y cometer un crimen vengándose en el difunto de una ofensa que usted podía juzgar como imperdonable, al mismo tiempo que hacía aparecer a su rival como la culpable. Cabe suponer que usted fue

hacia la casa empuñando el revólver con una mano y la polvera con la otra, entró sin llamar y…

—¡Pero no lo hice, señoría!

—Lo que quiero significar es que pudo hacerlo, que tuvo todas las oportunidades… ¿Me comprende?

—Si vuestra señoría lo cree…

—Repito que no se le hace ninguna pregunta concreta, como que tampoco está obligada a contestar a preguntas acusatorias —prosiguió el magistrado—. Puestos en claro estos distingos, le pregunto si abrió la bolsa de la portezuela del coche.

—Es que… teníamos motivos para creer que Carlotta Adrian…

—He preguntado si abrió la bolsa de la portezuela —reiteró el juez.

Marion Keats alzó la cabeza y mirando de frente al magistrado contestó:

—Sí, registramos el coche con todo cuidado. No había ningún revólver. Para entonces ya había sido arrojado. Sí…

—¡Un momento, por favor! —le interrumpió Lansing con su voz cavernosa—. Como bien sabe este tribunal, el procedimiento por homicidio no es mi especialidad. No obstante, teniendo presente mi posición y responsabilidad contraída en el caso presente, así como las circunstancias que se han evidenciado en el curso de la vista y que han significado una gran sorpresa para mí, me hallo en la situación de representar a un cliente que puede ser acusado de homicidio. En consecuencia, señorita Keats, le exhorto a que no conteste a más preguntas.

—¡Vamos, eso es lo que faltaba! —exclamó Marion Keats, volviéndose hacia el abogado con ojos llameantes y gritándole—: ¡Usted y sus malditas exhortaciones! ¡Si ha sido por su culpa que estoy metida en este lío!

—Señorita Keats —reiteró Lansing—. Le repito que no está obligada a contestar a más preguntas. Debe negarse a contestar, porque todo cuanto pregunten está hecho con el propósito de acusarla de este homicidio. En consecuencia, le ruego que abandone el estrado de los testigos.

—¡Esto es lo primero que he oído de usted que tenga sentido común! —respondió Marion Keats, bajando precipitadamente del

estrado.

El juez Norwood golpeó su mesa con el mazo diciendo:

—Sugiero al sheriff que arreste a esta mujer y la mantenga en custodia hasta que se haya puesto en claro su intervención en este caso. El tribunal se retira a descansar y ruega a las diversas partes que se presenten en su despacho.

Seguidamente el magistrado se levantó, retirándose de la sala.

Mason aguardó a Hale para ir juntos hacia el despacho del juez, pero el fiscal, enfrascado en una animada conversación con Ives, parecía querer evitarlo. Sin esperar más, se dirigió al despacho del magistrado, entró, y detrás de él lo hicieron Lansing, el fiscal Hale y, por último, C. Crestón Ives.

—Señor juez, le aseguro que nada sabía de todo esto —reiteró Lansing, en cuanto entró en el despacho.

—George, estoy plenamente convencido de que así es —repuso el juez Norwood.

—Lansing, recuerde que anoche no quiso escucharme —advirtió Mason.

Lansing asintió con un suspiro y frotándose de nuevo la calva.

—Si me hubiera escuchado —prosiguió Mason— quizá le habría evitado a su cliente el disgusto de la escena lamentable que acabamos de presenciar.

—¿Evitado? —preguntó el juez Norwood manifestando sorpresa —. ¡Pero si ella lo mató! Señor Mason, si esto está tan claro como…

—Evitado —le interrumpió Mason, y añadió—: Ella no lo mató.

—¿Pero usted sabe lo que dice, señor Mason? Recuerde que es el defensor de la señora Belle Adrian. Si el crimen no lo cometió Marion Keats, fue obra de Carlotta Adrian y su madre es su cómplice.

—¿Qué es lo que le induce a creerlo así, señor juez?

—Fueron las únicas personas que entraron en la casa, luego de que se hubo marchado Carlotta Adrian. Sabemos de cierto que una fue Marion Keats y no cabe duda que la otra fue Belle Adrian. Si Marion Keats ha dicho la verdad, es evidente que fue Carlotta Adrian quien mató a Arthur Cushing. Cometido el homicidio se fue a su casa, le contó a su madre lo ocurrido y la madre se fue a la casa de los Cushing para borrar cualquier indicación o prueba que

acusara a su hija, convirtiéndose en cómplice… Tal como usted ahora lo presenta, una de ambas cometió el asesinato…

—No lo creo así —contestó Mason, sin poder evitar una sonrisa al ver la perplejidad del juez Norwood, y tras unos instantes de silencio, prosiguió—: Fíjese en las circunstancias, señor juez. Sea por cualquier causa o razón, Belle Adrian fue a la casa de los Cushing y una vez allí comenzó a limpiar. Tanto Sam Burris como su esposa han afirmado que la vieron moverse como si estuviera recogiendo y limpiando cosas. No cabe duda de que recogió del suelo la polvera de su hija, se la llevó a su casa y la escondió en aquella bota.

—¡Es lo que estoy diciendo! ¿Qué quiere decir con esto? ¿Acaso demostrar la culpabilidad de su cliente? —preguntó el juez, sorprendido.

—Sencillamente llamar su atención hacia las circunstancias siguientes. Veamos: Arthur Cushing prácticamente no se podía mantener de pie, y como, además, tenía una sirvienta para limpiar los platos y demás vajillas, es de suponer con fundamento que él no la lavaría.

—¿De qué habla ahora? —preguntó el fiscal Hale, extrañado.

—Prosigamos. Cuando la señora Adrian entró en aquel salón-comedor, se encontró con el cadáver de Arthur Cushing y halló también aquel vaso o copa grande con señales de pintura labial. No cabe duda de que debió presumir que en él también había huellas dactilares de su hija. En consecuencia, lo lavó y lo secó con sumo cuidado y luego lo colocó en el aparador.

El juez Norwood miró a Mason con el ceño fruncido unos instantes antes de contestar lentamente:

—No estoy muy seguro que si comprendo sus deducciones, señor Mason, ni hacia dónde apunta, pero…

—¿Cree usted? Fíjese bien, señor juez. Sólo había un vaso o copa en el suelo, roto, en medio de todos aquellos añicos. Sólo un vaso o copa… el otro había sido lavado por la señora Adrian y devuelto con sumo cuidado al aparador…

—¿Qué significa todo esto? —preguntó de nuevo e impaciente el fiscal—. ¿Se da cuenta, señor Mason, de que aquí estamos perdiendo un tiempo precioso intentando seguirle en sus

deducciones que por otra parte a nada conducen?

Mirándolo fijamente, Mason contestó:

—Desde luego, si así lo creen, es inútil que prosiga. Pero quizá comprendan hacia dónde voy si leen de nuevo y con cuidado las declaraciones de los testigos. Ustedes, caballeros, no se han recatado en acusarme de que abusaba del procedimiento judicial. Ahora, al parecer, quisieran que pensara por ustedes. Señores, esto ya es pedir demasiado.

De pronto el juez Norwood se enderezó en su sillón y mirando a Mason, exclamó:

—¡Por todos los santos, señor Mason! ¿Cree usted que la evidencia de la copa significa que…?

—Sí, señor. Así lo creo.

El fiscal miró perplejo al juez, luego a Lansing y a Ives. Por fin, dijo:

—Pues la verdad. No sé de qué va.

—Medite, reflexione y lo comprenderá también —le recomendó Mason, mientras abría la puerta y la cerraba lentamente detrás de sí; dejando solos a sus interlocutores.

Capítulo 21

Cuando Perry Mason, Della Street y Paul Drake entraron en la serie de habitaciones que tenían reservadas en el hotel, el primero, enjugándose la frente, exclamó:

—¡Uf! Por un momento he creído que no conseguiríamos pasar por entre esos periodistas. Me han ensordecido con sus preguntas acerca de lo que sucedía.

—¿Y qué es lo que ocurre? —preguntó Della Street.

—No puedo decirlo —contestó Mason, pero echando una ojeada a su reloj, añadió—: Pero quizá dentro de quince o veinte minutos mis doctos colegas hayan compuesto el rompecabezas.

—¿No se lo habrá usted compuesto ya? —preguntó a su vez Drake, con mal velada ironía.

—¡Qué va! Sólo les di una indicación y salí de allí —contestó Mason.

—¿Pero por qué no se lo ha expuesto todo detalladamente? —quiso saber Drake.

—Habrían desconfiado. Se habrían dicho que el célebre abogado de la gran ciudad quería darles gato por liebre. Ahora le están dando vueltas a la indicación y no dudo que por el hilo sacarán el ovillo. Entonces el éxito será suyo.

—¿Cree de veras que lo verán claro? —preguntó Della Street, con tono de duda.

—El juez Norwood ya lo captó.

—¿Qué fue? —inquirió Drake.

—Que hay tres series de huellas hacia la casa de los Cushing y una serie que sale de ella.

—¿Las de Carlotta?

—Las mismas, sí.

—Conforme, Carlotta pudo matarle. Es desde luego el sospechoso más…

—No es así. Contemple y examine todo el caso desapasionadamente. Hubo premeditación y deliberación. Aquella copa, o vaso, como algunas veces se ha dicho, fue lanzada al suelo intencionadamente. Nadie arrojó el espejo contra Arthur Cushing, como tampoco él lo lanzó contra nadie.

—Entonces, ¿por qué fue destrozado?

—Por dos razones. Una, para que el asesino dispusiera de un fragmento de cristal que pudiera clavar en el neumático de la rueda delantera del automóvil de Carlotta, de forma tal, que apareciera evidente que Carlotta había salido de la casa luego de haberse roto el espejo. Otra, para justificar aquel ruido que despertó a Sam Burris. Éste ha declarado que lo despertó el ruido de la rotura de cristales y el de un disparo.

—¿Pero de qué habla? ¿Acaso Sam Burris…? —preguntó Drake.

—Es el asesino.

—¡No puede ser! Si hubiera ido allí, habría dejado huellas.

—Y las dejó.

—Si fue a la casa luego de haber oído el disparo, después de oír aquel grito de mujer, después de…

—¿Cómo sabe usted que fue allí luego del disparo?

—¡Caramba! Su mujer lo declaró bien decidida.

Mason hizo un gesto negativo con la cabeza y seguidamente dijo:

—En algún momento del sábado por la tarde, Sam Burris se hizo con aquel espejo antiguo que estaba depositado en el garaje y lo rompió. Mientras Carlotta estaba de palique con Arthur Cushing abrió la válvula de la cámara del neumático, dejó escapar dos tercios del aire, y con su cuchillo practicó una incisión en la cubierta e insertó en ella ese fragmento largo de cristal azogado. Así, como la cámara estaba deshinchada, el trozo de cristal la perforaría casi de inmediato. Luego cogió el revólver de la bolsa de la portezuela y aguardó a cierta distancia.

»Esto ocurría a primeras horas de la noche.

»Cuando Carlotta hubo partido, la escarcha ya se había formado. Sam Burris entró en la casa con un saco de cristales rotos. Mató a

Cushing, destrozó la ventana, el vidrio de aquel cuadro, tiró al suelo la copa con la que había bebido Arthur Cushing, esparció añicos de cristal por el suelo, salió de nuevo, entró en su casa, esperó media hora y entonces despertó a su mujer diciéndole que «acababa» de oír el ruido de vidrios que se rompían. Entonces también comenzaron a ocurrir cosas, favorables para él. Oyóse el grito de una mujer, la señora Adrian se mostró a la vista de ambos. Ya no le quedaba más que dar los últimos toques a lo que tenía planeado, diciendo que tenía que ir a ver qué es lo que había ocurrido. Salió de su casa y aguardó durante diez minutos en el garaje. Volvió junto a su mujer, diciéndole que tenía que ir a avisar al sheriff. Tomó su automóvil, se fue con él hasta donde había encontrado aparcado el de Carlotta y sin apearse arrojó el revólver entre los matorrales y desde allí se fue a casa del sheriff para seguir con su plan.

—¿Pero cómo es capaz de describir todo esto? ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede probarlo? —preguntó Drake.

—Es muy sencillo. Recuerde que al describir Sam Burris lo que halló en el comedor-salón, mencionó una copa con señales o rastros de lápiz labial. Mas inmediatamente se dio cuenta de lo que había dicho. Entonces intentó explicarlo, como de pasada, que se refería al vaso o copa roto manchado de sangre que había en el suelo.

»Amigo Paul, si usted hubiera interrogado tantos testigos como yo, habría advertido inmediatamente el síntoma de su reacción contra sus propias palabras, el ansia que sentía en disimular su desliz. Pero para su desgracia, hablaba con alguien acostumbrado a advertir estas reacciones. Inconscientemente, mi mente comenzó a revisar todo el caso y los interrogatorios.

»Ahora resultaba que «había» una copa encima de la mesa cuando Sam Burris salió de la estancia y que esta copa tenía señales de lápiz labial. Pero esta copa ya la había lavado, secado y colocado en su lugar la señora Adrian. Si Sam Burris hubiese declarado la verdad, es decir, lo que todos esperábamos, habría dicho que encima de la mesa no había copa alguna. Pero cuando hablaba, se imaginó o bien se dijo que había una allí, mas de pronto comprendió que si la señora Adrian lo había limpiado todo, también en el «todo» estaba comprendida aquella copa. Por esto comenzó

inmediatamente a desdecirse y me mostró todos los síntomas que acompañan a esta reacción.

»El juez Norwood ha captado mi sugerencia y mis ilustres colegas no tardarán en adherirse a su opinión.

Tras un bostezo y desperezándose, Mason prosiguió:

—Bien, esto está terminado. Hagamos las maletas y regresemos a nuestra ciudad. Por lo que me concierne, por favor, en los próximos seis meses que nadie me hable de «la tranquilidad y sosiego del campo».

—Vamos, Perry, no va usted a decimos que con esas palabras casi cogidas al vuelo en el interrogatorio ha puesto usted en claro lo ocurrido —comentó Drake.

—Hombre, todo no. Desde luego. Pero eso fue lo que me indujo a pensar y a reflexionar, y siguiendo las deducciones consiguientes pude designar al asesino.

—Continúo sin entenderlo.

—Es muy sencillo. Sam Burris rastrea muy bien. Lo admitió en el estrado de los testigos, y como persona que se ha pasado la vida en el monte, sabe que cuando comienza a formarse escarcha, ésta muestra las huellas de las pisadas. Sabía que la señora Adrian había ido a la casa aquélla. En consecuencia, sabía que sus huellas estaban marcadas en la escarcha y que al amanecer se podrían seguir sin dificultad alguna.

»A pesar de esto, apenas apuntó el amanecer lo hallamos en casa de la señora Adrian, advirtiéndole que lo mejor que puede hacer es no decir una palabra de que ha estado en la casa de los Cushing, algo que en aquellas circunstancias era lo peor que podía hacer; algo que indefectiblemente, como él bien sabía, atraería luego y contra ella las mayores sospechas. Al mismo tiempo implantaba en la mente de la señora Adrian la sospecha y el sentimiento de que Carlotta había cometido el homicidio, dando por supuesto que la señora Adrian llegaría incluso al sacrificio de su vida para proteger o salvar a su hija.

»Tenga presente que todos los extremos del crimen perpetrado convergían en señalar a Carlotta Adrian como culpable. Cometido el homicidio, Burris intentó crearse una aureola simpática pretendiendo, o aparentándolo, proteger a Carlotta y a su madre.

Así se desvanecía cualquier sospecha que pudiera surgir más adelante de que fuera él el asesino.

»Lo ideó todo muy bien. Chico avispado… de los tipos listos y expertos en preparar una trampa en el monte.

—Pero ¿qué motivo tuvo? Porque supongo que alguno debió tener —objetó Drake.

—Todos los que cabe imaginar, o por lo menos así lo ha creído él. Odiaba a Arthur Cushing hasta las entrañas, porque había tenido la idea del hotel para el deporte. Hasta que los Cushing demostraron el valor de las tierras de su propiedad, éstas eran consideradas como de labor y los impuestos consiguientes muy reducidos. Pero Burris les vendió cierta extensión donde construyeron la casa, y además les concedió no sólo una opción para otra parcela donde construir el hotel proyectado, sino para quedarse con la propiedad entera. Los impuestos comenzaron a subir, conforme el aumento del valor de las tierras, y amenazaban con arruinarle por completo.

»Sus convecinos sabían algo, pero no todos los detalles. Cuando lo convenido fuera público, Burris se convertiría en el hazmerreír del pueblo. No podía con ello. Odiaba a Arthur Cushing con la intensidad de quien ha vivido siempre en las comunidades pequeñas. Se convenció asimismo de que siendo Arthur Cushing el promotor del proyecto, si éste desaparecía, su padre, muerto su heredero, ya no tendría interés en proseguirlo. Daría de lado la construcción del hotel, olvidaría lo de la opción y, en resumen, se desinteresaría de todo cuanto estuviera relacionado con Bear Valley. Burris podría buscar otro promotor, pero conviniendo un contrato más conveniente para sus intereses que el anterior.

»Hay que tener presente la mentalidad del individuo con quien nos enfrentamos, el ambiente en que vive y la concepción que reina en éste. Esta mentalidad, como la de Sam Burris, induce a que cuando se cree engañado, el individuo quiera vengarse de la única manera que concibe adecuada, es decir, matando. Pero Burris careció del coraje necesario para plantarse delante de Arthur Cushing y pegarle un tiro. Es más astuto que valiente. Cuando se enteró, como ya lo sabía todo el pueblo, de que Carlotta guardaba en la bolsa del coche el revólver de Harvey Delano, creyó que tenía

la oportunidad de llevar a cabo impunemente lo que estaba rumiando.

»Bien, basta de charla. Hagamos el equipaje y salgamos de aquí antes de que comience la inundación de las felicitaciones, de las preguntas aclaratorias y de los intentos de conseguir consejos legales gratuitamente. En ocasiones como ésta, donde mejor está un abogado es en su bufete.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] Nueva Inglaterra: Denominación dada en otros tiempos a la parte de los EE.UU. que hoy comprende los Estados de New Hampshire, Massachusetts, Rhode-Island, Connecticut, Vermont y Maine. (N. del T.) < <

[2] En los EE.UU. los cargos de juez y de fiscal son de elección popular. (N. del T.) <<